

ANGUSTIA, FOBIA, DESPERTAR

JUAN CARLOS
COSENTINO




eudeba

ANGUSTIA, FOBIA, DESPERTAR

JUAN CARLOS COSENTINO



materiales de cátedra psicología

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Decano

LIC. RAÚLCOUREL

Secretario de Cultura

LIC. OSVALOO MELIENI

ANGUSTIA, FOBIA, DESPERTAR

JUAN CARLOS COSENTINO



Secretaría de Cultura
Facultad de Psicología
Universidad de Buenos Aires



Eudeba
Facultad de Psicología

Universidad de Buenos Aires

1ª edición: julio de 1998
1ª reimpresión: agosto de 2006

@ 1998

Editorial Universitaria de Buenos Aires Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (I033)
Tel: 383-8025 Fax: 383-2202

Diseño de colección: *María L.aura Piaggio* Eudeba Diseño de tapa: A y D berón -
Eudeba
Corrección y composición general: Eudeba

ISBN 950-23-0766-6

Impreso en Argentina.

Hecho el depósito que establece la ley 11. 723

A Juliana

PRESENTACION*

A partir del enigma freudiano sobre el “origen” y la fuente de la angustia, presente en los inicios de la indagación que realiza sobre las neuropsicosis de defensa y las neurosis actuales, revisamos las diferentes versiones de su teoría. Con el cambio de pregunta que se instala en el momento en que la angustia se anticipa a la represión queda abierto el trayecto que inicia Lacan.

En 1963, es posible situar el lugar propio de la angustia y en consecuencia diferenciar su fenómeno, teniendo como eje el desplazamiento que va de lo familiar a lo extraño.

En 1970, allí donde la angustia no es *sin objeto*, surge con la pérdida que introduce la repetición el *plus de goce* y, a su vez, el objeto causa de deseo.

¿Qué es allí la verdad, es hermana del goce?

En 1974, se produce, con la angustia, un desplazamiento: del campo del deseo al del goce. El deseo de saber, atribuido al Otro, le deja lugar al *horror* de saber.

El falo designa un goce sexual radicalmente forcluído. El sujeto es el elemento ilegítimo de la unión de dos series diferentes: cuerpo y lenguaje. ¿Cómo se inscribe este sujeto dividido?

Con la imperfección que Freud ubica en la neurosis, en el momento en que se constituye el aparato, se recorta muy inicialmente la posición del sujeto ante el goce. Se agrega, en el momento de angustia, la indefensión psíquica y la vuelta de la pulsión masoquista —interior— hacia la persona propia —como exterior—.

Con esta coincidencia entre *defecto*, *desvalimiento* y *goce* se modifica el estatuto freudiano del objeto, de la satisfacción y del peligro.

Las fobias a la altura le permiten ubicar la vuelta de la pulsión de destrucción como ese más allá de la pérdida de objeto: breve instante donde atrae el terror de caer al vacío.

La verdad, pues, se da la mano con la castración. Pero contraerá diversos rasgos de acuerdo a la relación particular de cada sujeto con lo real del goce.

Con *R.S.I.*, la angustia se ha desplazado del deseo (del Otro) al campo del goce; es, pues, la que como parte de lo real da sentido a la naturaleza del mismo.

El testimonio de lo que es inevitable para su abordaje: ¿pasar por un *cuerpo*, que esta afectado por la estructura?

Se vuelve necesario revisar esa operación fundante, vale decir, la disyunción que divide al sujeto entre el lenguaje y el cuerpo. Y como nuestra experiencia procede del malestar, es llamativo que el cuerpo contribuya a ese *malestar*.

Con la fobia, luego de un amplio recorrido que efectuamos en distintos momentos de la enseñanza de Freud y de Lacan, ingresa el embarazo del falo que atañe al pequeño *Hans*: un goce excéntrico asociado a ese cuerpo que el niño no puede asumir.

Tropezamos, cuando interrogamos fobias graves, con el enigmático problema de saber, más acá de lo fantasmático, de dónde viene la neurosis, allí donde el sujeto, determinado por la estructura, se diferencia del fantasma.

Las fobias extienden los límites del campo analítico y, por lo mismo, las operaciones posibles en el marco de la transferencia, al no coincidir con la estructura del fantasma.

Continuamos con la revisión del lugar del despertar en Freud y en Lacan: ¿quién llama?, ¿qué despierta? La misma estructura del deseo como deseo del Otro salvaguarda la función del sueño y protege al sujeto de la hiancia del despertar.

Basta que el Otro desee para que se caiga bajo su efecto. No es, pues, el deseo el que preside el saber, sino, tal como lo introducen los sueños de despertar, el horror. ¿No hay, entonces, el más mínimo deseo de inventar el saber?

Cuando en un análisis se atraviesa el borde mismo de la estructura fantasmática hay un momento en el cual algo del orden del “despertar” aparece. Tiempo de corte: la interpretación se liga al acto, se suspende el deseo de saber.

Pero es imposible despertar: el despertar es lo real. Sólo puede haber, en ese borde, una escritura. Hace falta, aún, revisar la construcción del dispositivo analítico y la posición del analista pues lo que allí se escribe cuestiona la “naturaleza” de su posición.

Para esta publicación hemos agregado dos trabajos:

En el anexo I: “Constitución del sujeto”. Forma parte de J. C. Cosentino, “Variaciones del horror: el destino de la neurosis”, en *Lo siniestro en la clínica psicoanalítica*, Bs. As., Imago Mundi, 2001, pp. 15-17.

En el anexo II: Discurso psicoanalítico: sueño y escritura. Publicado en *A psicanálise e os discursos*, en revista Escola Letra Freudiana N° 34-35, ISSN 1516-5221, Rio de Janeiro, Brasil, Livraria Sette Letras, 2004, págs. 101-15.

JCC

* Mi agradecimiento a M. Lucía Silveyra que fue la primera lectora y ayudo en el trabajo final.

ÍNDICE

PRESENTACION	9
I. ANGUSTIA	
1. Introducción	15
2. La neurosis de angustia: las fobias ocasionales .	19
3. La histeria de angustia: la irreversibilidad de la angustia	27
4. El peligro externo: angustia, miedo, terror	45
5. Angustia del nacimiento: primeros estallidos de angustia	59
6. Angustia del nacimiento: perturbación económica	73
7. Indefensión y peligro: trauma y señal	87
8. La función de la angustia.....	101
ANEXO I	
8a. Constitución del sujeto.....	115
II. FOBIA	
9. Fobias: castración-perturbación económica....	119
III. DESPERTAR	
10. Despertar: la temporalidad del objeto .:	141
ANEXO II	
10a. Discurso psicoanalítico: sueño y escritura	161
ANEXO III	
11. Del Pequeño <i>Hans</i> a Herbert Graf	175

I. ANGUSTIA

1. INTRODUCCIÓN

El enigma sobre el “origen” de la angustia está presente en los inicios de la indagación que Freud realiza sobre la neurosis. Retorna, modificado y ya no como origen, luego de años de teorización analítica, en 1932.

En los comienzos “el signo de interrogación” acompaña esa pregunta que subtítulo el *Manuscrito E* en 1894: “¿Cómo se origina, de dónde nace la angustia?”. Entonces, se separa de la transferencia y queda situada por fuera del campo analítico.

Con la publicación del historial del pequeño *Hans*, introduce la histeria de angustia que reubica en el campo del análisis. La pregunta, algo modificada, insiste: ¿en esta fobia, cuándo sobreviene la angustia? La respuesta se demora pero, es la ocasión, con efecto retroactivo, en que introduce el complejo de castración.

Con la 25ª conferencia se incluye un nuevo fenómeno. El terror (*Schreck*), a diferencia de la angustia (*Angst*) y del miedo (*Furcht*), “hace resaltar el efecto de un peligro -¿*exterior?*- que no es recibido con disposición a la angustia”. ¿De qué peligro se trata si “el hombre se protege del horror mediante la angustia?”

La pregunta reaparece con la 32ª conferencia, *Angustia y vida pulsional*, pero en el interín se ha producido un giro, consecuencia de ese segundo paso teórico que va de la fobia al terror. “¿De qué se tiene miedo en la angustia neurótica? ¿Cómo se concilia ésta con la angustia realista ante peligros externos?”.

La primera versión de la teoría, con la neurosis de angustia que no corresponde al mecanismo de la defensa, no se sostendrá mucho tiempo. La satisfacción sexual, que se volverá problemática para el sujeto humano con la introducción de la pulsión, no alcanza para curar la neurosis de angustia. Al contrario, dicha neurosis, con la angustia, a partir de las fobias típicas, inicia el desanudamiento entre la añoranza y la satisfacción.

El fracaso de la función de un sueño clave en el análisis del pequeño *Hans* introduce la irreversibilidad de la angustia. “Llamamos *angustia patológica* a una sensación de añoranza angustiada desde el momento en que ya no se la puede cancelar aportándole el objeto ansiado”.

La angustia se adelanta. Separa añoranza (deseo) y satisfacción (pulsión), modifica el estatuto del objeto y cuestiona el imperio del principio de placer.

El fenómeno del terror colabora. Lo familiar, de repente, se vuelve *unheimlich*: ya no se trata del “objeto anhelado”. La satisfacción se torna paradójica: se goza del horror. ¿Cómo ocurre esa transformación del objeto? ¿Dónde ubicar ese momento de mudanza? Hará falta definir, *a posteriori*, un punto de exterioridad para el aparato psíquico diferente al principio de placer.

Otro sueño de angustia introduce la dimensión de lo inmemorial: “para un tipo particular de importantísimas vivencias, sobrevinidas en épocas muy tempranas, es imposible despertar un recuerdo” (1). En el célebre *sueño de los lobos* “la activación de la escena primaria —cuando falla la función onírica— opera también como un nuevo trauma”: de golpe la mirada (de los lobos) es el propio sujeto.

De nuevo, *lo siniestro* se adelanta; en el momento en que lo *heimlich* se vuelve inquietante, “como una intervención ajena” (2) se insinúa: “ese doble que escapa de mí” (3). Pero, más allá de lo que aparece como fenómeno en ese instante de extrañeza, hará falta preguntarse por la función de la angustia.

Entre 1926 y 1932 se opera, en verdad, un cambio de pregunta. Lo anticipan, primero, las fobias típicas, luego, la histeria de angustia y, finalmente, la diferencia angustia-miedo-terror. Dicho cambio no apunta al origen sino a la función de la angustia y se sostiene de un nuevo vínculo, la relación, anticipada, *angustia-peligro exterior*. Este nuevo vínculo permite, en el *Complemento sobre la angustia*, distinguir la situación traumática de la indefensión, de la situación de peligro.

A partir de esta distinción, en 1963, se erige un nuevo fundamento para la angustia que permitirá situar “el lugar propio” de la misma y, en consecuencia, diferenciar “su fenómeno” (4).

La diferencia *indefensión-situación de peligro*, al ubicar el desvalimiento del lado del Otro introducirá la función de la angustia con la cesión del objeto y con la división del sujeto. Momento de afirmación: *marca* de un goce excluido, *testimonio* de un resto no medible. Posibilidad de la construcción del deseo.

La serie freudiana *angustia-peligro-indefensión*, al ubicar el desvalimiento del lado del sujeto recortará el fenómeno de la angustia. Momento de horror: temporalidad del instante e inminencia del objeto.

Notas y referencias bibliográficas

1. S. Freud, *Recordar, repetir y reelaborar*, A.E., XII, 151. Las remisiones corresponden a OC., Amorrortu Editores (A.E.), Buenos Aires, 1978-85; las revisiones para la traducción del alemán corresponden, salvo aclaración, a *Studienausgabe*, S. Fischer Verlag, Francfort del Meno, 1967-77.
2. S. Freud, *De la historia de una neurosis infantil (el Hombre de los Lobos)*, A.E., XVII, 99.
3. J. Lacan, *El Seminario, libro X*, “La angustia”, lección del 9-I-63, inédito.
4. Idem, 5-XII-62.

2. LA NEUROSIS DE ANGUSTIA: LAS FOBIAS OCASIONALES

Freud se enfrenta, pues, desde los inicios al problema de la angustia. Como fenómeno demasiado frecuente lo conduce a separar la neurastenia, de una neurosis independiente: la neurosis de angustia. Llama la atención que a esta entidad clínica diferente la aísle conjuntamente con la creación de otra nueva entidad, la neurosis obsesiva.

Entre 1894 y 1895 distingue la neurosis de angustia, de la neurastenia y, al mismo tiempo, diferencia las obsesiones de las fobias.

Como escribe en *Obsesiones y fobias*, unas y otras, así se encontraban hasta allí indiferentemente agrupadas, no pertenecen a la neurastenia propiamente dicha, como tampoco dependen de la degeneración mental. “Son neurosis separadas, de un mecanismo especial y de una —¿distinta?— etiología” (1).

Y es precisamente sobre el fenómeno de la angustia que Freud va a fundar su distinción, lo que le permite, al mismo tiempo, introducir la neurosis obsesiva.

En las fobias el “estado emotivo es siempre la *angustia*, mientras que en las verdaderas obsesiones puede ser, con igual derecho que la ansiedad, otro estado emotivo, como la duda, el remordimiento, la cólera” (2).

Pero, en la neurosis obsesiva mientras “el estado emotivo se eterniza”, vale decir, permanece idéntico, la idea asociada ya no es “la idea original”. Es sólo un reemplazante, un sustituto de la idea sexual *inconciliable* “en relación con la etiología de la obsesión”. Esta *mesaillance* entre el estado emotivo y la idea asociada “explica el carácter absurdo propio de las obsesiones” (3).

A su vez, entre las fobias, distingue dos grupos caracterizados por el objeto del miedo. Las fobias *comunes*: un miedo exagerado a las cosas que todo el mundo aborrece o teme un poco (la noche, la soledad, la muerte, etc.). Las fobias *ocasionales*: un miedo a condiciones especiales que no inspiran temor al hombre sano (por ejemplo, la agorafobia y las otras fobias de la locomoción).

Estas últimas no son obsesivas como las verdaderas obsesiones y como las fobias comunes. Con lo cual, a la especificidad de la angustia se agrega otra diferencia con las fobias que, *entonces*, forman parte de la neurosis obsesiva. Las fobias ocasionales, junto con la angustia, no aparecen sino en condiciones especiales que se pueden pues evitar cuidadosamente.

Recordemos que en *Las neuropsicosis de defensa* las fobias y las representaciones obsesivas forman parte de la neurosis obsesiva, y que, para Freud, “existen fobias puramente histéricas” (4). Cuando se refiere a la obsesión de Pascal, quien siempre creía ver un abismo a su izquierda después que estuvo a punto de precipitarse en el Sena con su carruaje, señala que estas obsesiones y fobias, *traumáticas*, “pertenecen a los síntomas de la histeria” (5). Como indicamos al

referirnos a *Obsesiones*, las fobias comunes aún las ubica con las fobias de la neurosis obsesiva.

No obstante, “para el enlace *secundario* del afecto liberado —de las fobias comunes (neurosis obsesiva) o de las ocasionales (neurosis de angustia)— se puede aprovechar cualquier representación. Por ejemplo, una angustia liberada, cuyo origen sexual no se debe recordar, se vuelca sobre las fobias primarias comunes del ser humano ante ciertos animales, la tormenta, la oscuridad, etc., o sobre cosas que inequívocamente están asociadas con lo sexual (el orinar, la defecación, el ensuciarse, el contagio en general)” (6).

Entonces, ambas, las comunes y las ocasionales, introducen una novedad: el objeto y el miedo. Las fobias pues se presentan con un estatuto muy particular con respecto a la angustia, con la emergencia de un objeto que provoca miedo, como un medio de canalizarla. Vale decir, “el estado emotivo no aparece (...) sino en esas condiciones especiales que el enfermo evita cuidadosamente”.

La segunda diferencia entre la angustia de la fobia y la de la neurosis obsesiva, en ese momento, se ubica en la etiología.

Para llegar a la etiología parte de otro punto: “el mecanismo de la fobia es totalmente diferente del de las obsesiones” (7). El mecanismo de la sustitución no vale para las fobias de la neurosis de angustia. No se revela, vía análisis, una idea inconciliable, sustituida. Nunca se encuentra otra cosa que la angustia que no proviene de una representación reprimida y “que por una suerte de elección ha puesto en primer plano todas las ideas aptas para devenir objeto de una fobia” (8). El enlace del afecto liberado aprovecha cualquier representación, pero es secundario.

Vale decir, “la angustia se enlaza con un contenido de representación o de percepción —el estatuto del objeto—, y el despertar de ese contenido psíquico es la condición capital para que aflore la angustia” (9).

Ahora bien, “el grupo de las fobias *típicas* (u ocasionales), de las cuales la *agorafobia* es el prototipo, no se deja reconducir al mecanismo psíquico” de la histeria y de la neurosis obsesiva; “al contrario, el mecanismo de la agorafobia diverge en *un* punto decisivo del mecanismo de las representaciones obsesivas genuinas y de las fobias reducibles a éstas: aquí no se encuentra ninguna representación reprimida de la que se hubiera divorciado el afecto de la *angustia*” (10).

Novedad sorprendente, con alguna diferencia del segundo paso teórico y lejos aún de la angustia de castración, como no se ha separado de ninguna representación reprimida, aquí la angustia no tiene representación, es de otra naturaleza que la representación. Se ubica, anticipando la dimensión de la falta, en la abertura misma que constituye el inconsciente.

Sin embargo, la pregunta del *Manuscrito E* decide el rumbo. En la agorafobia se puede hallar el recuerdo de un ataque de angustia, y en verdad lo que el enfermo teme es su retorno. Pero como la angustia de esta fobia no se ha divorciado de ninguna representación reprimida, “tiene otro origen” (11). De nuevo, “es preciso preguntarse: ¿cuál puede ser la fuente?” (12).

Freud establece pues una neurosis especial, la neurosis de angustia, cuyo síntoma principal es ese “estado emotivo”. Y “así, *las fobias forman parte de la neurosis ansiosa*, y casi siempre van acompañadas por otros síntomas de la misma serie” (13).

Retorna la etiología. La sustitución que opera en la neurosis obsesiva se la puede considerar “como un acto de defensa —inconsciente— contra la *idea* sexual inconciliable” (14). En cambio, la neurosis de angustia es también de origen sexual pero no se enlaza a *ideas* tomadas de la vida sexual: “carece de mecanismo psíquico en sentido propio” (15).

En 1894, todo cuanto aparte de lo psíquico la tensión sexual somática, todo cuanto perturbe el procesamiento psíquico de dicha tensión conduce a la neurosis de angustia. Entonces, la abstinencia sexual, el comercio sexual con satisfacción insuficiente, el *coitus interruptus*, el desvío del interés psíquico, aparecen como los factores etiológicos específicos.

En la discusión con Löwenfeld sostiene que lo esencial para entender la neurosis de angustia es que en ella la angustia no admite una derivación psíquica. Vale decir, la disposición (*Bereitschaft*) a la angustia, el *núcleo* (*Kern*) de la neurosis, no se adquiere por un *afecto de terror* (*Schreckaffekt*), único o repetido, como ocurre con una histeria o con una neurosis traumática. Más tarde, será diferente. En 1916 la *disposición*, al contrario, recorta la angustia como señal. Y en 1932 la angustia automática como fenómeno, irrumpe como “consecuencia directa del factor traumático”.

¿En qué consiste, entonces, el mecanismo de la angustia? Corresponde a una excitación sexual somática desviada de lo psíquico —de lo contrario habría cobrado vigencia como libido— que recibe, a causa de ello, un empleo anormal: el ataque de angustia.

No obstante, la angustia de las fobias obedece a otras condiciones. “Tienen una estructura más complicada que los ataques de angustia simplemente somáticos” (16). En ellas la angustia se enlaza posteriormente con una representación, que vale como objeto, y el miedo la dosifica.

El despertar de esa representación es la condición capital para que aflore la angustia. “En tal caso, la angustia es *desprendida*, de un modo que se asemeja a lo que sucede, por ejemplo, con la tensión sexual por el despertar de unas representaciones libidinosas” (17). Pero, a decir verdad, para Freud, no está claro aún el vínculo que mantiene este proceso, en las fobias, con la teoría que sostiene sobre la neurosis de angustia.

Mientras las fobias privilegian el vínculo con el objeto del miedo, anticipando su tercer paso teórico (la relación angustia-peligro exterior), la neurosis de angustia, en cambio, acentúa el vínculo con la acumulación de la excitación, debido a una “insuficiente satisfacción”, que no admite derivación psíquica y que se libera como angustia.

En esta tensión entre el exterior de la fobia y el interior de la neurosis de angustia una pregunta que Freud formula introduce otra perspectiva: ¿por qué el aparato

psíquico, cuando funciona con insuficiencia para dominar la excitación sexual, “cae en el peculiar estado afectivo de la angustia?” (18).

La psique cae en el afecto de la angustia —responde— cuando es incapaz de tramitar un peligro que se *avecina de afuera*; cae en la neurosis de angustia cuando es incapaz para reequilibrar la excitación (sexual) *endógenamente producida*.

Pero con su funcionamiento, el aparato psíquico, en la neurosis de angustia, produce un desplazamiento: “se comporta entonces como si proyectara al exterior (hacia afuera) esa excitación”. Reaparece el exterior de la fobia, el objeto del miedo y, con él, se anticipa el giro que retroactivamente introduce en 1926. Ese auténtico peligro exterior: el de la castración-perturbación económica. (19)

A su vez, afecto y neurosis correspondiente se sitúan en un estrecho vínculo recíproco, vale decir, mantienen entre sí una relación fija; el primero es la reacción a una excitación exógena, y la segunda, frente a una situación endógena análoga. Pero mientras el afecto es un estado pasajero, la neurosis es crónica. La excitación exógena actúa como un golpe único, y la endógena como una fuerza constante.

Sobre el estrecho vínculo, o la relación fija, exterior-interior Freud introduce, con anticipación, una diferencia que veinte años más tarde, en *Pulsiones y destinos de pulsión*, alojará, como una *fuerza constante*, y no como una fuerza de choque momentánea, a la pulsión.

Este otro vínculo excitación endógena-pulsión reorienta la pregunta del *Manuscrito E*: ¿de dónde nace la angustia?

Freud se atiene, en el *Manuscrito K*, al modelo de la neurosis de angustia donde, de igual modo que en la neurosis compulsiva (*Zwang*), “una cantidad proveniente de la vida sexual causa una perturbación dentro de lo psíquico”, a pesar del principio regulador, el de constancia (20).

La fuente de la angustia así como la fuente de la representación compulsiva de la neurosis obsesiva (se redefine esa distinta etiología) hacen confluír, sin borrar su especificidad, fobias y obsesiones que Freud, cuando aísla la neurosis de angustia, había diferenciado.

La intuición de la participación, dentro de la vida psíquica, de una fuente independiente del principio de constancia de desprendimiento de displacer ilumina, luego de la separación fobias-obsesiones, la actual confluencia en un punto distinto. Para llegar a esta confluencia fue necesario, como señalamos, que aislara la neurosis de angustia, creara la neurosis obsesiva y separara las obsesiones de las fobias.

Pero hará falta, para ubicar ese punto distinto de encuentro, la entrada conceptual de la exigencia pulsional. En 1920 no es un peligro en sí misma; lo es sólo porque conlleva un auténtico peligro exterior. Habrá lugar, entonces, para que, en ciertas circunstancias, irrumpa fuera-de-representación la perturbación económica: como núcleo genuino del peligro y como uno de los nombres freudianos del goce.

La exigencia pulsional está presente en 1896: las obsesiones tienen curso psíquico compulsivo (*Zwangskurs*) a causa “de la fuente que ha contribuido a su vigencia” (21). Retorna en 1909: el objeto del miedo, en la fobia, canaliza la angustia y a su vez en ciertas circunstancias puede acentuarla. Freud se referirá al caballo como imagen del terror en el historial del pequeño *Hans*. Comienza a esbozarse, cuando pasa de la obsesión a la histeria de angustia, un cambio: posteriormente dejará la fuente para interrogarse por el lugar de la angustia.

Previamente, con la neurosis de angustia, como neurosis actual, apuesta, para su curación, a la añorada satisfacción sexual como placer psíquico. Solución insuficiente, aún no sabe que, con la excitación endógena, ha introducido la exigencia de la pulsión que opera siempre como una fuerza constante. Con la angustia de las fobias típicas, en la disimetría que va a introducir el objeto del miedo, comenzarán a distanciarse añoranza y satisfacción.

Notas y referencias bibliográficas

1. S.Freud, *Obsesiones y fobias*, A.E., III, 75.
2. Idem.
3. Idem, 76.
4. S.Freud, *Las neuropsicosis de defensa*, A.E., III, 58.
5. S.Freud, *Obsesiones*, ob.cit., 75.
6. S.Freud, *Las neuropsicosis*, ob.cit, 55.
7. S.Freud, *Obsesiones*, ob.cit., 81.
8. Idem.
9. S.Freud, *A propósito de las críticas a la “neurosis de angustia”*, A.E., III, 133.
10. S.Freud, *Las neuropsicosis*, ob.cit., 58, llam. 26.
11. Idem.
12. S.Freud, *Obsesiones*, ob.cit., 81.
13. Idem, 82.
14. Idem, 80.
15. Idem, 82.

16. S.Freud, *A propósito*, ob.cit., 133; *Zur Kritik der Angstneurose*, Gesammelte Werke (G.W.), Bd. I, S. 360, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1991.

17. Idem.

18. S.Freud, *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"*, A.E., III, 111.

19. Idem, 112. Véase también *supra*: "6. *Perturbación económica*", págs. 81-2.

20. S.Freud, Fragmentos de la correspondencia con Fliess: *Manuscrito K*, A.E., I, 262.

21. S.Freud, *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, A.E., III, 171.

3. LA HISTERIA DE ANGUSTIA: LA IRREVERSIBILIDAD DE LA ANGUSTIA*

1. *Psicoanálisis silvestre*

Una dama de mediana edad “que se quejaba de estados de angustia” se presenta en el consultorio de Freud. Esta consulta lo conduce, en 1910, a diferenciar la histeria de angustia, y a retornar, no sin cierta interrogación, a la neurosis de angustia.

Esta no será la última oportunidad en que vuelva a la neurosis de angustia, pero con la introducción de la histeria de angustia como nueva entidad clínica, la angustia ya no quedará disociada de la transferencia.

En el texto “*Sobre el psicoanálisis silvestre*” escribe que la ocasión del estallido de angustia en esta mujer, que no había dado por concluida su feminidad, acontece con la separación de su último marido; y el acrecentamiento de la misma ocurre luego de consultar a un joven analista.

Este había determinado que la causa de la angustia era su privación sexual y había concluido proponiéndole, con distintas alternativas, que retomara, como se entiende popularmente, su “vida sexual”.

Se trataba, según ese supuesto analista, de un descubrimiento nuevo, en relación a las neurosis actuales, que Freud había hecho. Entonces, con el *reforzamiento* de la angustia, la paciente no se demoró en consultarlo.

Freud la recibe, la escucha y señala que no hay que dar “por verdadero sin más todo cuanto los neuróticos refieren acerca de su analista”. En el campo del análisis interviene la transferencia: el analista tiene que asumir, en ciertas oportunidades, la “responsabilidad” de los secretos deseos reprimidos de los neuróticos. Pero luego, tales inculpaciones de los pacientes “en ninguna parte encuentran más credulidad —aunque no deja de ser curioso— que entre los demás analistas” (1).

Hecha esta aclaración, anuda esta situación clínica a sus puntualizaciones sobre el psicoanálisis “silvestre”.

Comienza por los errores que llama científicos. El concepto de lo sexual es mucho más amplio en el psicoanálisis: “también se le atribuye a la *vida sexual* todo quehacer de sentimientos tiernos”. Su fuente: las mociones sexuales primitivas, aunque experimenten una inhibición de su meta sexual o la hayan permutado por otra, ya no sexual, si ésta consiste en la función biológica de la reproducción.

“Preferimos —entonces— hablar de *psicosexualidad*: pues no omitimos, ni subestimamos el factor anímico de la vida sexual”. La palabra “sexualidad” se emplea en el mismo sentido amplio en que la lengua alemana usa el vocablo “*lieben*”.

Es que una insatisfacción anímica con todas sus consecuencias puede estar presente cuando no falta un comercio sexual normal. Al contrario “el coito u otros actos sexuales sólo permiten descargar una mínima medida de las aspiraciones sexuales

insatisfechas” (2). Lo testimonian las satisfacciones sustitutivas, vale decir, los síntomas neuróticos, que el análisis combate.

En 1914 reaparecen las pulsiones de *meta inhibida*: “procesos a los que se permite avanzar un trecho en el sentido de la satisfacción pulsional, pero después experimentan una inhibición o una desviación”. No obstante, en ellos “va asociada una satisfacción parcial”. Con lo cual la pulsión puede alcanzar la satisfacción sin alcanzar su meta como fin reproductivo. Es decir, la pulsión puede satisfacerse justamente porque es parcial y porque su meta “sólo puede alcanzarse... en la fuente de la misma”(3). De allí el síntoma que como paradójica satisfacción sustitutiva releva a la pulsión.

Sin duda, su joven colega simplificó mucho el problema, sólo insistió en el factor somático de lo sexual; en consecuencia “tiene que asumir la total responsabilidad por su proceder”.

Ese proceder de su colega lo lleva a ubicar un segundo malentendido. Según el psicoanálisis, hasta allí, una insatisfacción sexual (genital) es la causa de las neurosis. Sin embargo, los síntomas neuróticos surgen de un conflicto entre la libido y la represión. Ha quedado atrás esa *vita sexualis* que llevaría a la anhelada satisfacción. La existencia del conflicto pone en cuestión “que la satisfacción sexual (genital) constituye en sí la panacea universal” (4). Si la paciente no tuviera ningún conflicto ya habría apelado, mucho antes, a alguno de los recursos que el joven analista le propuso.

Hasta aquí todo le parece muy claro; pero como en el horizonte diagnóstico reapareció la vieja neurosis de angustia aún retorna para el veredicto, junto con cierta dificultad, el factor somático.

Las llamadas neurosis actuales —como la neurosis de angustia pura— dependen de ese factor somático para la vida sexual. No obstante, respecto de ellas no cuenta “todavía con una representación cierta sobre el papel del factor psíquico y de la represión”.

Con lo cual —como anticipamos— el valor estructural que han adquirido el factor psíquico y la represión interrogan y cuestionan la supuesta pureza de la neurosis de angustia. En 1910 apela a las neurosis mixtas

Nuevamente, la apuntada satisfacción, con los diferentes recursos (marido, amante, masturbación) que le aconsejan a esta mujer, deja afuera, junto con el diagnóstico de una histeria de angustia que Freud propone, conflicto y represión. Entonces, ya no queda espacio alguna para el psicoanálisis. Sin lugar para el conflicto entre la libido y la represión: “¿dónde intervendría aquí el tratamiento analítico, en el que vemos el principal recurso para el caso de los estados de angustia?” (5).

2. El pequeño Hans

En 1909 propone, como nueva entidad clínica, la histeria de angustia a partir del análisis del pequeño *Hans*. Con esta propuesta recupera las fobias típicas. Pero ahora se

produce una novedad: el mecanismo psíquico de éstas —antes se ubicaban por fuera del mismo— concuerda, salvo en un punto, con el de la histeria.

Se trata de un punto decisivo. Es apto para establecer la separación: en las fobias la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es convertida en una inervación corporal como en la histeria, sino que se libera como angustia.

En la primera versión de su teoría no se halla ninguna representación reprimida de la que se haya divorciado el afecto de angustia. Hay lugar, dejando de lado el “origen”, para la *falta*, mientras que la angustia con mucha anticipación, es anterior a la represión. Pero habrá que esperar a 1926.

En la segunda versión, la libido liberada como angustia se ha divorciado de una representación reprimida, mientras que la formación sustitutiva —un animal más o menos apto para ser objeto de angustia— se establece por la vía del desplazamiento.

Pero la parte cuantitativa no ha desaparecido, sino que se ha transpuesto en angustia. Con lo cual, a raíz de cada acrecentamiento de la moción pulsional, “la muralla protectora que rodea a la representación sustitutiva debe ser trasladada un tramo más allá”(6).

Otra vez falta el representante para la angustia y la angustia no puede ser amarrada. Esta muralla protectora posterga el problema. Sólo se ha introducido, junto con el mecanismo psíquico y la represión, el objeto que vale como representante psíquico y el miedo que mediatiza la angustia.

La pregunta algo modificada, pues ha introducido la histeria de angustia como novedad, retorna, pero ya no se trata del “origen”: ¿en esta fobia a los caballos, cuándo surge la angustia?

En relación con la aparición de la fobia, que acontece a los 4 $\frac{3}{4}$ años, no hay en el historial del pequeño *Hans* un acontecimiento crítico que la explique.

No se trata del nacimiento de la hermana que ocurre cuando tiene 3 $\frac{1}{2}$ años. Tampoco de la amenaza de la madre que coincide con el comienzo de la masturbación activa, también a esa edad.

A posteriori tienen un rol, pero, al menos directamente, no son desencadenantes. Frente a la amenaza materna *Hans* “responde todavía sin conciencia de culpa, pero es la ocasión en que adquiere —con efecto retroactivo— el *complejo de castración*” (7).

La pregunta sobre la aparición de la angustia permanece abierta. Un sueño que fracasa le va a permitir diferenciar la emergencia de la angustia de la constitución de la fobia. Dos sueños previos —que retomaremos— anticipan la llegada de la crisis.

Dentro de las comunicaciones iniciales, de los primeros días de 1908, como nota del padre a Freud, leemos:

“Hans (4 $\frac{3}{4}$ años) aparece a la mañana llorando; la mamá le pregunta por qué llora, y él dice: —su tercer sueño— cuando dormía he pensado tú estabas lejos y yo no tengo ninguna mami para que me acaricie (lieblosen).

Por lo tanto, un sueño de angustia.

Algo parecido le he notado ya en el verano (julio-agosto) en Gmunden. Al anochecer, las más de las veces se iba a la cama con un ánimo muy sentimental, y una vez hizo la observación (aproximada): Si yo no tuviera ninguna mami, si tú te fueras, o cosa parecida; no lo recuerdo con exactitud. Por desgracia, cuando él estaba con ese ánimo triste, la mamá lo acogía siempre en su lecho.

Más o menos el 5 de enero se llegó temprano a la mamá, que estaba en la cama, y le dijo con esa ocasión: ¿Sabes tú? Tía M. ha dicho: 'Pero qué lindo pichilín tiene'. (La tía M. se había alojado en nuestra casa unas cuatro semanas antes; cierta vez vio cómo mi mujer bañaba al muchacho, y de hecho le dijo quedamente eso a mi mujer, Hans la oyó y procuraba aprovecharlo.)

El 7 de enero va, como de costumbre, al Stadtpark (parque municipal situado cerca del centro de Viena) con la niñera; por la calle empieza a llorar y pide que lo lleven a la casa, quiere hacer cumplidos (schmeicheln) con la mami. Cuando en casa le preguntan por qué no quiso seguir y se puso a llorar, no quiere decir nada. A la tarde está alegre como de costumbre; al anochecer tiene visible angustia, llora y no se lo puede separar de la mamá; una y otra vez quiere hacerse cumplidos (acariciarse) con ella. Después recobra la alegría y duerme bien.

El 8 de enero, mi propia mujer lo saca de paseo para ver qué pasa con él, y lo lleva a Schönbrunn, adonde le gusta mucho ir. De nuevo empieza a llorar, no quiere seguir camino, tiene miedo. Al fin va, pero por la calle, es visible, siente angustia. En el viaje de regreso de Schönbrunn dice a la madre, tras mucha renuencia: Tuve miedo de que un caballo me mordiera. (De hecho, en Schönbrunn se intranquilizó cuando vio un caballo.) Al anochecer me dicen que tuvo un ataque parecido al del día anterior, con pedido de hacer cumplidos. Se lo tranquiliza. Dice llorando: Sé que mañana me llevarán de nuevo a pasear, y luego El caballo entrará en la pieza.

Ese mismo día, la mamá le pregunta: ¿Te pasas la mano por el hace-pipí?. Y sobre eso, él dice: Sí, cada anochecer, cuando estoy en la cama. Al día siguiente, 9 de enero, le previenen, antes de la siesta, que no se pase la mano por el hace-pipí. Preguntado al despertar, dice que se la pasó durante un ratito” (8).

A partir de este fragmento clínico, “suficiente para orientarnos”, Freud ubica “el comienzo de la angustia, así como de la fobia”. Pero, nos indica que tenemos buen fundamento para separarlas entre sí: ningún otro *punto temporal* es tan favorable para ello como este *estadio inicial*, que las más de las veces se descuida o se silencia.

La *perturbación* se introduce, en el verano de 1907, con unos pensamientos *tiernos-angustiosos*, y luego, en los primeros días de 1908, con un *sueño de angustia* que despierta.

El contenido del sueño es perder a la madre, de suerte que él ya no pueda “acariciarse” con ella. Deduce, con su segunda teoría de la angustia, que la ternura hacia

la madre se ha acrecentado enormemente: “es el fenómeno básico de su estado”. Y nos recuerda, para confirmarlo así, sus dos intentos de seducir a la madre. El primero de los cuales se produce, cuando el pene de *Hans* es sancionado como “una porquería” por su madre, aún en el verano. Y el segundo, cuando encomia su genital aprovechando el comentario de la tía M., poco antes de que estalle su angustia a andar por la calle.

“Es esta acrecentada ternura por la madre lo que súbitamente se vuelca en angustia”, vale decir, sucumbe a la represión. En 1909 se trata de la transformación de la libido reprimida en angustia, pero la misma angustia interroga a la represión.

¿De dónde proviene el empuje para la represión?, se pregunta. ¿De la intensidad de la moción, no dominable por el niño? ¿Acaso cooperan otros poderes aún no discernidos?

Con el empuje para la represión se constituye la fobia. Pero, como la angustia indica cierto fracaso de la represión, hay lugar también para que irrumpa esa intensidad de la moción pulsional no dominable, pues no puede ser ligada.

Y aun sosteniendo que la libido reprimida se transforma en angustia, la aparición como *perturbación* de dicha *angustia* interroga —anticipando el más allá del principio de placer— el estatuto de la satisfacción y del objeto.

El sueño de angustia constituye ese estadio inicial que marca el comienzo de la angustia que se anticipa a la constitución de la fobia.

En ese "punto temporal" (*Zeitpunkt*), muchas veces descuidado o silenciado, se introduce la perturbación que al comienzo *carece de objeto*. Es todavía, angustia y no miedo. *Hans* (al comienzo) no puede saber de qué tiene miedo. Y cuando, en ese primer paseo con la muchacha, no quiere decir de qué tiene miedo, es que tampoco él lo sabe. Dice lo que sabe: que por la calle le falta la mamá con quien pueda acariciarse, y que no quiere apartarse de la mamá. Para Freud deja traslucir así el sentido *primero* de su aversión a andar por la calle.

"Por otra parte, sus estados angustiados —dos veces repetidos antes de acostarse— y, no obstante, de nítida coloración tierna, prueban que al comienzo de la enfermedad no existe una fobia a andar por la calle o a pasear, ni tampoco a los caballos".

¿Cómo explicar pues el estado del anocheecer?

"La angustia corresponde entonces a una añoranza reprimida, pero no es lo mismo que la añoranza; la represión cuenta también en algo".

Dicha represión inscribe un antes y un después y vuelve disimétricas añoranza y angustia y, en consecuencia, placer y satisfacción.

"La añoranza se podría mudar en satisfacción plena (*voll in Befriedigung*) aportándole el objeto ansiado; para la angustia esa terapia no sirve, ella permanece aunque la añoranza pudiera ser satisfecha, ya no se la puede volver a mudar plenamente en libido: la libido es retenida en la represión por alguna cosa" (9).

La angustia —como indicamos— desanuda añoranza y satisfacción, modifica el estatuto del objeto e interroga el imperio del principio de placer.

En esa imposibilidad de volver a mudar la angustia en libido no sólo cae la "satisfacción plena" y el objeto ansiado, ésta cambia de signo y aquél se vuelve inquietante.

No obstante, en el historial comenta que los “estados de angustia no son provocados por una satisfacción” (10). Vale decir, se refiere a esa satisfacción, acorde con el principio, cuando *Hans* está alojado como objeto de placer para la madre. Pero el niño descubre la dimensión de la falta, es decir, “el deseo de algo más allá de él mismo por parte de la madre”. Entonces, “más allá del objeto de placer que siente que es para la madre... y que aspira a ser” (11), se introduce la angustia. Con la emergencia de la angustia hay desacuerdo entre placer y satisfacción. Hará falta, entonces, referirse al displacer de la satisfacción, al placer en el displacer, para producir un giro y anticipar el nombre freudiano del goce.

En el sueño de angustia se trata, según Lacan, "de una separación" (12). Los llamados pensamientos tiernos-angustiados, previos al sueño, la preparan. Sin embargo, como señala Freud en la *Epicrisis*, las relaciones cronológicas nos impiden atribuir demasiado influjo a la *ocasión* para el estallido de la enfermedad —el vuelco de la añoranza libidinosa en angustia— pues “en *Hans* se observan indicios de estados de angustia *desde mucho tiempo atrás*, antes que viera tumbarse en la calle al caballo de diligencia” (13).

A posteriori —comenta— la neurosis se anudó directamente a esa vivencia accidental y conservó su huella en la entronización del caballo como objeto de angustia. Pero en ese punto temporal se trata, ya no de la angustia sino de la fobia.

Retornando, pues, a la angustia, establecida dicha separación —como falta y como fracaso del sueño—, no hay retorno posible: *Hans* ya no es más el objeto de placer. Con la adquisición retroactiva del complejo de castración, esa nueva separación de la madre, cae el juego de las escondidas: hijo-madre-falo. La comparación, en 1957, introduce, para Lacan, sin el recurso de la metáfora paterna ante la falta del Otro, la angustia como *angustia de la insuficiencia*: la diferencia entre aquello por lo que es amado (cuerpo=falo) y su pene “como algo miserable” (14).

Luego del sueño, "está con la madre, a pesar de lo cual tiene angustia"(15). Es —nos indica Freud— lo que se muestra en *Hans* a raíz del segundo paseo. “También tiene miedo cuando la madre va con él. Se revela, entonces, que *esta angustia ya no puede retraducirse en añoranza*” (16).

En la *Epicrisis* escribe que se trata de un genuino sueño de castigo y represión, “en el cual, además, *fracasa la función del sueño*, puesto que el niño despierta con angustia de su dormir”.

Nuevamente considera que *Hans* ha soñado sobre ternuras con su madre, sobre dormir con ella; con lo cual “todo *placer* se ha mudado en *angustia* y todo contenido de representación se ha mudado en su contrario (pues) la represión —otra vez, un antes y un después— ha obtenido la victoria sobre el mecanismo del sueño” (17).

Supone la existencia en *Hans* de una excitación sexual acrecentada. Y aunque el objeto de dicha excitación continua siendo la madre, lo decisivo, “consecuencia del rechazo de la misma” (18), nuevamente, es el vuelco de la excitación sexual en angustia. Pero ese *objeto*, con el vuelco, se modifica; anticipadamente, vale como “investidura libidinosa del Edipo” (19).

Entonces, en dicho vuelco hay lugar, a raíz del “ocasionamiento” (20) de la enfermedad, para ubicar el despertar contingente de impresiones anteriores, vale decir, esos indicios de estados de angustia desde mucho tiempo atrás: ¿el encuentro traumático con la sexualidad?

Previamente sus dos sueños anteriores.

Hans a la edad de 3 $\frac{3}{4}$ años brinda el primer relato de un sueño, tres meses después del nacimiento de Hanna: “*Hoy, cuando estaba dormido, he creído yo estoy en Gmunden con Mariedl*”.

Se trata de la hija del propietario de la casa de veraneo; tiene 13 años y ha jugado a menudo con *Hans* —igual que Berta, Olga y Fritzl— en el verano de 1906, unos tres meses antes del “gran acontecimiento”.

Cuando el padre le cuenta a la madre su sueño en presencia de él, *Hans* le observa, rectificándolo: “*No con Mariedl; yo totalmente solo (ganz allein) con Mariedl*”.

Ahora que tiene una hermana y lo interroga el problema del origen de los niños, su sueño, seis meses después del verano, “debe comprenderse —opina Freud— como una expresión de su añoranza —otra vez— de Gmunden” (21).

Antes de la emergencia de la angustia y del sueño de angustia privilegia que la añoranza se mude como realización de deseo “en satisfacción plena” (22): no solamente se puede estar “con” sino “sólo con”, vale decir, “se puede estar con ella *completamente solo*, sin tener, como ocurre con la madre, a esa intrusa” (23).

Pero, la estructuración subyacente de la relación del niño con la madre está marcada por la falta fundamental: *Hans*, a pesar de este sueño, no está nunca completamente solo con su madre. ¿Qué ocurre en este caso? El niño es para ella, como totalidad, la metonimia del falo. La diferencia, vía comparación, sin la mediación de la metáfora ante la falta del Otro, surge en cuanto interviene el *Wiwimacher* real convertido para *Hans* en un objeto de satisfacción. En ese momento comenzará a producirse angustia. Para ello hace falta que aparezca el tercer sueño.

No obstante, lo que se ha incluido “sin derecho”, entre este sueño y la rectificación que hace *Hans*, “lo que permite concebir—con anticipación— la llegada de la crisis”, esa *intrusa*, es “la intervención del pene real” (24), vale decir, la participación velada de la realidad sexual.

Ese primer sueño pues es un anticipo de la crisis. Bajo el aguijón de las pulsiones que lo gobiernan se despierta entonces su “empuje de saber”; se trata de la investigación sexual infantil (25). Pero aún la *pulsión de saber*, a partir de ese “detalle

que nunca ha sido comentado”, vale decir, la asociación que produce *Hans* luego del sueño, canaliza la fuerza pulsionante del hace-pipí (26). Sólo así, se puede permanecer completamente solo con él, vale decir, totalmente solo con el apetito de saber. Dicha pulsión de investigación entraña que el goce pueda ser incluido en los circuitos facilitados del deseo. Como realización de deseo —una de sus caras— que conlleva una recuperación de goce, Freud recorta al hace-pipí como “el principal objeto sexual *autoerótico*”, que produce “un cierto monto de placer” (27).

Pero, a poco de andar —la otra cara— se observará que estar completamente solo, en ese momento de “encuentro, con su propia erección, no es autoerótico en lo más mínimo. Es de lo más *hétero* que hay” (28).

El segundo sueño aparece a los 4 ¼ años, en la misma época en que la madre, ante el pedido de *Hans*, reacciona con horror. “*Uno dice: ‘¿Quien quiere venir conmigo?’*. Entonces alguien dice: ‘Yo’. Entonces tiene que hacerlo hacer pipí”. Para Freud en ese sueño “falta todo elemento visual y pertenece al *type auditif* puro”.

Ese sueño, nueve meses después del nacimiento de *Hanna*, imita a ese juego de prendas, sólo que *Hans* desea que quien extrajo la prenda no sea condenado a los habituales besos o bofetadas, sino a hacer pipí; “más precisamente: alguien tiene que hacerlo hacer pipí”.

En un segundo relato reemplaza “entonces alguien dice” por “entonces *ella* dice”: *Olga o Berta*, sus amiguitas, con quienes ha jugado.

“Es claro que el hacerlo hacer pipí ... está para *Hans* teñido de placer”. ¿Por qué pues este sueño?. Desde hace poco tiempo “no quiere ser visto cuando hace pipí”: el placer de exhibición ha sido reprimido de su vida. Entonces, en el sueño “se ha procurado un lindo disfraz mediante el juego de prendas” (29).

Freud lo elige para introducir el “entrelazamiento pulsional”. El placer en el miembro sexual propio se enlaza con el placer de ver o de ser visto. Es decir que ubica dicho entrelazamiento a nivel de la curiosidad sexual: procura ver el hace-pipí de otros y gusta de mostrar el propio (aún no hay lugar para lo *ajeno*). En este sueño que corresponde al “primer período de la represión” aparece pues “el deseo de que una de sus amiguitas lo asista para hacer pipí, vale decir, participe de esa visión” (30). De allí que en 1957 este juego de mostrar o de ver “está en la base de su relación escotofílica con las niñas”.

Esta primera parte de la observación del pequeño *Hans*, después de la cual comienza la fobia, “termina en un fantasma” (31). Retorna, como en el primer sueño, el goce del *Wiwimacher* pero en el marco de una escena de seducción: alguien tiene que hacerlo hacer pipí. Como realización de deseo se satisface su placer de ser visto. Vale decir, la satisfacción de la pulsión de ver se vehiculiza por el deseo.

Pero detrás de ese goce fálico, como sueño auditivo puro, esa voz enmarca en un fantasma esa escena de seducción. Y como se trata de un sueño, dicho fantasma “sólo lo es en el límite” (32). Entonces, “uno dice”, “alguien dice”, son formas gramaticales en las que la pulsión ordena fantasmáticamente su destino.

En este sueño se pasa del juego de mostrar o ver a lo puramente auditivo, sin elemento visual, que reordena el juego visual. Con lo cual se insinúa otro nivel —que retomaremos— del entrelazamiento pulsional: la comodidad del ser visto se enlaza, en su diferente modo de funcionamiento, con esa voz fantasmática. Cuando “el juego ha pasado al símbolo” entonces *alguien pregunta*: ¿está? ¿no está? (33). Pero, no hay angustia. Aún como voz fantasmática que le da marco a esa escena de seducción, no es ni el “pánico auditivo” (34) del *Krawallmachen* ni ese momento en que la falta del Otro “lo mira”.

Nos interrogábamos por el descubrimiento traumático: el despertar de “esas impresiones puramente contingentes”; vale decir, ese momento que la naturaleza ofrece a esa estructura eventual de cesión subjetiva (35).

Cuando “*la angustia ha resistido la prueba*”, que sólo ocurre a partir de su tercer sueño, no se trata, pues, de la añoranza “no saciada” (*ungestillt*) por el objeto, ni de la nostalgia por la madre, ni aun de la comparación, sino, con su transformación, de la *inminencia* del objeto: interviene la pulsión. Con el cambio de estatuto del objeto, la novedad del pene real —en 1957 ese pequeño órgano que se mueve— se vuelve “un elemento muy difícil de integrar” cuando *Hans* tiene sus primeras erecciones, vale decir, con la primera excitación sexual (36).

Se puede ubicar pues la relación de la angustia con el descubrimiento del pequeño pipí. Allí donde al comienzo la angustia *carece de objeto*, que la dosifique, con el giro que se produce, *no es sin objeto*: hay lugar para esa libido retenida. Pero su valor se ha modificado: no corresponde al objeto de una añoranza erótica reprimida sino al descubrimiento traumático de la realidad sexual en su propio cuerpo.

Participa la pulsión. Se trata del pene como traumático, como perteneciente al exterior del cuerpo, como una cosa separada, como un caballo —cuando a pesar de la fobia retorna la angustia— que comienza, introduciendo una variante, a levantarse y dar coces.

"Quizás aún —escribe Freud— se habría podido aprovechar la angustia al “hacer barullo con las patas” para llenar lagunas en nuestro procedimiento de prueba. (...) El padre no pudo confirmar mi conjetura de que en el niño se moviera una reminiscencia sobre un comercio sexual entre los progenitores, observado por él en el dormitorio" (37). En 1957 también para Lacan resta un enigma. La cuestión de saber si el *Krawallmachen*, vale decir, el hacer jaleo o ruido con las patas, uno de los temores que el niño experimenta delante del caballo, no está en relación con el orgasmo, incluso con un orgasmo que no sería el suyo (*extraño*): una escena percibida entre los padres.

Se comprende entonces el giro que se produce en 1976. Ya no se trata ni de la comparación, ni de la angustia de la insuficiencia, pues “el goce que resulta de ese *Wiwimacher* le es *ajeno* hasta el punto de estar en el principio de su fobia” (38). Como ocurre en el sueño del *Hombre de los Lobos* con la fascinación de la mirada, el goce del hace-pipí opera también como “un nuevo trauma” y adquiere la dimensión de “una intervención ajena” (39). La insuficiencia es del Otro: el goce no puede ser ligado y, en tanto tal, no puede ser comparado.

El caballo —leemos en el historial— "fue siempre para el niño el modelo del placer de movimiento (*Soy un potrillo*, dice *Hans* en tanto da brincos), pero como este placer de movimiento incluye el impulso al coito —e introduce el goce—, la neurosis lo limita, y el caballo es entronizado —para nuestra sorpresa— como *imagen sensorial del terror*. Parece que la neurosis no deja a *las pulsiones reprimidas* otra dignidad que la de brindar *los pretextos para la angustia* dentro de la conciencia" (40). Del placer al momento de terror, se modifica el valor del objeto: se pasa de la nostalgia al apremio del objeto. Interviene el objeto de borde de la pulsión.

La angustia *resiste la prueba* del paseo con la madre —no se trata de la añoranza— y se ve precisada a hallar un objeto; en dicho paseo "se exterioriza por primera vez el miedo de ser mordido por un caballo", instalándose la histeria de angustia. La mudanza de libido en angustia —para Freud—, se ha proyectado sobre el objeto principal de la fobia: el caballo; vale decir, se trata "de los caballos de la angustia" (41).

El caballo *muerde*, pero también *cae*. Se anticipa lo que precedió al estallido de la enfermedad, ese accidente observado por casualidad: el tumbarse en la calle el caballo de diligencia. También "de paseo con la mamá, vio a un caballo de diligencia *tumbarse y patalear*. Esto le causó una gran impresión. Se aterrorizó mucho, creyó que el caballo estaba muerto; a partir de entonces, todos los caballos se tumbarían".

Tras "la angustia primero exteriorizada, la de que el caballo lo morderá, se ha descubierto en un plano más hondo la angustia de que los caballos se tumbarán" (42). Ambos, el caballo que muerde y el que se cae, sustituyen al padre, a la madre, a la hermana y también al propio *Hans*. Pero aún, en tanto se tumba y patalea —el *Krawallmachen*—, al propio pene como traumático.

No hay lugar para la reversión de la angustia, una vez liberada, nuevamente en libido. Esta no reversión comienza a desanudar *los complejos* de los que proviene la libido. Hay lugar para una libido de objeto y, también, allí donde interviene la pulsión, para una libido-resto.

Es esta irreversibilidad de la angustia en libido la que modifica, junto con la introducción del goce, el valor del objeto. Ahora, la *perturbación* la introduce ese *hacer ruido* y ya no aquellos pensamientos tiernos-angustiosos. Reaparece la fantasía de *espíar con las orejas* y el displacer de la satisfacción. Se trata de lo desagradable. Se infiltra, vía *Krawallmachen*, la dimensión de la voz, en el marco de la activación de la escena primaria, en el instante en que el caballo piafa, da coces, corcovea, cae al suelo. El *pánico auditivo*: un disfraz de la voz del Otro.

"¿Cuál es la estructura particular de la fobia del pequeño *Hans*?" (43). ¿De dónde viene, cuál es su motivo último, particular?" (44).

En la observación resta un enigma. Una fobia no es tan simple: incluye elementos casi irreductibles. Aquí, "es muy difícil saber de qué tiene *miedo* el niño", a pesar del mismo significativo caballo y de la sensible diferencia entre la angustia y la fobia.

El pequeño *Hans* “lo articula de mil maneras, pero siempre queda un residuo muy singular”. Ese mismo caballo que muerde, se tumba o hace barullo —marrón, blanco, negro o verde— plantea un nuevo interrogante que permanece no resuelto hasta el final de la observación: esa *mancha negra* que tiene delante de la boca.

“Lo borroso, la mancha negra, tal vez tenga cierta relación con *la marca de la angustia*, como si los caballos recubrieran algo que aparece por debajo y cuya luz se ve por detrás, esa negrura que empieza a flotar” (45), vale decir, “lo negro alrededor de la boca” (46).

Cuando algo pues del orden de un agujero negro se presenta a nivel escópico el pequeño *Hans* se angustia: la falta del Otro “lo mira”. La libido-resto no termina de quedar oculta y el niño se mantiene más acá del nivel escópico, vale decir, más acá del cuadro del fantasma.

Pues bien, en ese residuo que deja el significante caballo, el enigma se desliza del hacer ruido con las patas, a la mancha negra que tiene alrededor de la boca. “El mismo objeto —*caballo*— sirve simultáneamente a la satisfacción de varias pulsiones”. Se trata del *entrelazamiento pulsional* que Freud introdujo con el segundo sueño. Con su redefinición se opera un “cambio de vía” (47): el goce invocante se enlaza con el campo escópico. En esta oportunidad se observa la comunidad topológica de ambos objetos, frecuentemente velada, como sucede en su segundo sueño, por sus distintos modos de intervenir.

Pero no habrá que olvidar que en la fobia, como ocurre aquí, ambos objetos quedan enmarcados por el orden de lo oral, vale decir, sobre el fondo de un Otro *devorador*. “El tema de la devoración siempre puede encontrarse por algún lado en la estructura de la fobia” (48).

Sobre ese fondo, en ese llamado mudo o en esa presencia invisible hay que ubicar el nudo que conecta al deseo con la angustia, en el instante de la *inminencia del objeto*. “Sin duda el privilegio de esos objetos se esclarece por estar *cada uno* en una cierta homología de posición, en ese nivel de juntura, entre el sujeto y el Otro” (49).

Pero habrá que esperar a 1963: con la función de la angustia y con la cesión del objeto como libido-resto. Se habrá recuperado, entonces, la importancia de la no reversión de la angustia: con la indefensión del Otro, con la pérdida de la “libido” y con la división del sujeto. Operación fundante que tan sólo determinará al sujeto. Con la construcción del deseo se producirá su inscripción.

No obstante, ¿qué ocurre en la fobia entre la operación de fundación y la inscripción del sujeto? ¿Cuales son los medios de que dispone el fóbico para situarse como sujeto dividido? (50)

Con el pequeño *Hans* hemos ubicado el fenómeno. Esa irreversibilidad de la angustia en libido, anuncia que allí donde el sujeto —momento de desvalimiento— “se aterra de su satisfacción” (51) interviene la libido-resto, vale decir, la pulsión.

Notas y referencias bibliográficas

* Este trabajo se encuentra publicado en revista Seminario Lacaniano, nº7, Factoría Sur, Bs.As., 1996. Se reproduce aquí con modificaciones.

1. S.Freud, *Sobre el psicoanálisis “silvestre”*, A.E., XI, 221-2.
2. Idem, 222-3.
3. S.Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, A.E., XIV, 118.
4. S.Freud, *Sobre el psicoanálisis*, ob.cit., 223.
5. Idem, 224-5.
6. S.Freud, *Lo inconsciente*, A.E., XIV, 18.
7. S.Freud, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)*, A.E., X, 9.
8. Idem, 21-3.
9. Idem, 23-4.
10. Idem, 25.
11. J.Lacan, *El Seminario*, libro 4, *La relación de objeto* (cáp. XIV, 20-III-57), Paidós, Bs.As., 1994, pág. 243.
12. Idem, 245.
13. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 109.
14. J.Lacan, *La relación* (cáp. XIII, 13-III-57), ob.cit., pág. 228.
15. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 24.
16. Idem, 94.
17. Idem, 96.
18. Idem, 97
19. S.Freud, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, A.E., XIX, 270 y 275 (“las investiduras de *objeto* del complejo de Edipo”, vale decir, “sus investiduras *libidinosas*”)
20. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 97.
21. Idem, 12-3.
22. Idem, 24.

23. J.Lacan, *La relación* (cáp. XIV, 20-III-57), ob.cit., pág. 242.
24. Idem.
25. S.Freud, *Sobre las teorías sexuales infantiles*, A.E., IX, 189.
26. J.Lacan, *La relación* (cáp. XIV, 20-III-57), ob.cit., pág. 242.
27. S.Freud, *Sobre las teorías*, ob.cit., 192; *El esclarecimiento sexual del niño*, A.E., IX, 117.
28. J.Lacan, *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*, en “Intervenciones y textos 2”, Manantial, Bs.As., 1988, pág. 128.
29. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 19-20.
30. Idem, 88.
31. J.Lacan, *La relación* (cáp. XX, 25-V-57), ob.cit., págs. 341-2.
32. Idem.
33. Idem.
34. Idem (cáp. XV, 27-III-57), pág. 267.
35. S.Freud, 23ª conferencia. *Los caminos de la formación de síntoma*, A.E., XVI, 329; J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 25-VI-63.
36. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 24; J.Lacan, *La relación* (cáp. XV, 27-III-57), ob.cit., pág. 259-60.
37. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 109.
38. J.Lacan, *Conferencia en Ginebra*, ob.cit., pág. 128.
39. S.Freud, *De la historia (el Hombre de los Lobos)*, ob.cit., 99.
40. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 111-2.
41. Idem, 24; 99.
42. Idem, 101-2.
43. J.Lacan, *La relación* (cáp. XIV, 20-III-57), ob.cit., pág. 246.
44. S.Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, XX, 140.
45. J.Lacan, *La relación* (cáp. XIV, 20-III-57), ob.cit., págs. 246-7.
46. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 36.

47. S.Freud, *Pulsiones*, ob.cit., 118. En el segundo sueño esa comunidad esta velada pues se entrelazan el agrado de ser visto y la voz fantasmática que pregunta por la falta.
48. J.Lacan, *La relación* (cap. XIII, 13-III-57), ob.cit., pág. 230.
49. J.Lacan, *El Seminario, libro XII*, “Problemas cruciales para el psicoanálisis”, lección del 17-III-65, inédito.
50. Ver *supra*: “Fobias”, págs. 121-38.
51. S.Freud, *Análisis*, ob.cit., 97.

4. EL PELIGRO EXTERNO: ANGUSTIA, MIEDO, TERROR*

En 1916 “el problema de la angustia sigue siendo un punto nodal y un enigma” en el que confluyen, sin ponerse de acuerdo, angustia neurótica y realista.

La angustia realista, como antes la fobia, le da entrada al peligro externo: ¿es posible tratarla sin considerar para nada el estado neurótico?

Freud cuestiona, criticando lo que inicialmente comenta en la “25ª conferencia”, que la angustia realista es racional y adecuada, y que es una manifestación de la pulsión de autoconservación.

La única conducta adecuada frente a un peligro sería la fría evaluación de las propias fuerzas, comparadas con la magnitud de la amenaza, y el decidirse en consecuencia: la huida, la defensa, o aun, llegado el caso, el ataque. Pero “en una situación así —comenta— no hay lugar alguno para la angustia”; al contrario, la eficacia de la reacción es “mejor si no se llega al desarrollo de angustia”.

Si irrumpe angustia, si la angustia alcanza una fuerza desmedida, la irrupción resulta inadecuada: “paraliza toda acción, aun la de la huida”. Entonces, a la reacción frente al peligro le hace falta conciliar angustia y acción de defensa.

Y como “el *desarrollo o invasión de angustia* nunca es adecuado” Freud descompone “la situación de angustia”. Lo primero que encuentra en dicha situación es la *disposición* o predisposición (*Bereitschaft*) *para el peligro (Gefahr)*. Se evidencia en un aumento de la atención sensorial y en una tensión motriz. En 1894 es diferente, la disposición a la angustia es el núcleo de la neurosis respectiva. En 1916, en cambio, esta disposición *expectante (Erwartung)* es el antecedente de la angustia señal y su falta introduce el *terror*.

En esta disposición se origina, por un lado, la acción motriz y, por el otro, “lo que sentimos como estado de angustia”. Si el desarrollo de angustia se ajusta a un mero amago o se limita a una señal, entonces la *disposición a la angustia (Angstbereitschaft)* lleva a la acción: la huida, la defensa activa o el ataque.

De allí que la disposición a la angustia le parece lo más adecuado al fin, y el desarrollo o irrupción de angustia lo más inadecuado.

El vínculo angustia-peligro exterior, que ha introducido con la angustia realista, no es posible tratarlo —como veremos— sin considerar la angustia neurótica, pero aún no se conecta, como en 1926, con la castración *en* la madre y con el más allá pulsional.

Sólo el *terror*, en su diferencia con la angustia y el miedo, adelanta el efecto de un peligro que no es recibido con disposición a la angustia.

El fenómeno del terror, pues, introduce un nuevo peligro tan exterior para el sujeto como ese peligro exterior, haciendo confluír, por un instante, angustia neurótica y realista. Anticipa, con la pulsión, un *objeto-borde* que escapa a aquel de la reversibilidad

de la libido. Y prepara, junto con la “inquietante extrañeza”, iniciando un cambio, esa paradójica satisfacción del horror que clama también por un punto de exterioridad para el aparato psíquico, distinto al principio de placer.

El fenómeno del terror, como indicamos, facilita el acercamiento peligro exterior-angustia neurótica. Freud lo intuye al sostener “que el hombre se protege del horror mediante la angustia”. No obstante, como aun no ha sido redefinido como ocurre en 1920, la pregunta insiste: “¿qué nuevas formas de manifestación y qué nuevos nexos nos presenta la angustia neurótica?”

En primer lugar introduce la angustia expectante o la espera angustiada (*Erwartungsangst*). “Una angustia libremente flotante” dispuesta a prenderse de cualquier representación pasajera. Dicho estado de alerta, con angustia, influye sobre el juicio, escoge expectativas y acecha la oportunidad de justificarse.

Quienes la padecen “prevén, entre todas las posibilidades, la más terrible, interpretan, cada hecho accidental como indicio de una desgracia y explotan en el peor sentido cualquier incertidumbre” (1).

La inclinación a dicha expectativa de desgracia vale, por una parte, como rasgo de carácter en muchos sujetos que en lo demás no podríamos llamar enfermos: los hiperangustiados o pesimistas. Y, por otra parte, un grado importante de angustia expectante corresponde a la antigua neurosis de angustia.

Nuevamente retorna aquella neurosis actual y su etiología sexual, pero la angustia libremente flotante dispuesta a prenderse de alguna representación, como ocurre con la paciente de 1910, deja abierto el camino para el conflicto, la represión y lo que la excede.

Con el *Complemento sobre la angustia* retornará la *Erwartung*. Mucho después, en 1963, Lacan la ubicará como *espera*. Un estado de alerta, de atención, de preparación: “la constitución de lo hostil —referencia freudiana— como tal”. Una respuesta que vale como defensa y “que puede servir para enmarcar la angustia: el primer recurso más allá de la *Hilflosigkeit* (indefensión)”. De allí que el surgimiento de lo *heimlich* en el marco es el fenómeno de la angustia (2). Pero en esta conferencia Freud no ha ubicado ese punto de exterioridad y se desliza, a pesar del terror y de su diferencia con la espera, entre la autoconservación y el principio de placer.

Una segunda forma de la angustia, a diferencia de la anterior que flota libremente, se encuentra “psíquicamente ligada y anudada a ciertos objetos o situaciones”.

Vuelven las fobias, pero en el campo del análisis: ahora cuenta con la histeria de angustia. Diferencia tres grupos que se pueden superponer, con alguna pequeña diferencia, a los dos iniciales: las fobias comunes y las ocasionales (o típicas).

Pero con esta vuelta, se inicia un cambio de pregunta: no se trata, como en el *Manuscrito E*, de interrogarse por el “origen” de la angustia. El vector que orienta dicho cambio de pregunta es el peligro exterior.

a. En el primer grupo muchos de los objetos y situaciones temidas adquieren también para los sujetos normales en su vida habitual, tal como lo posibilita la diferencia terror-angustia-miedo que ha introducido en esta 25ª Conferencia, “algo de siniestro” (*etwas Unheimliches*) y, tal como lo anticipamos con el vector que orienta el inicio del giro, “una dimensión de peligro”. Por ejemplo, en fenómenos cotidianos como son los sueños que fallan o el *déjà vu*.

Con lo cual se introduce, junto con estas fobias, la fuerza de un otro peligro, también exterior, que aparece de manera inopinada en el momento de horror en que lo *heimlich* se vuelva *unheimlich*.

b. En un segundo grupo, la mayoría de las fobias a una situación, “sigue habiendo una dimensión de peligro”, pero dicho peligro, se suele minimizar y no anticipar.

No pensamos en esos peligros (accidente, choque, hundimiento) —señala—, y viajamos libres de angustia por tren y por barco. Lo mismo vale para las multitudes, los espacios cerrados, las tormentas. Y también ocurre con la soledad: podemos tolerarla, siquiera un momento, en condiciones normales.

Lo que le extraña, cuando aparece la fobia correspondiente, es, de nuevo, su intensidad: “la angustia —comenta— es directamente abrumadora” (3).

Y como la intensidad de la angustia insiste, “sucede que el psicoanálisis debe interesarse por un ámbito determinado de la estética ..., marginal, descuidado por la bibliografía especializada. El de lo *ominoso* que pertenece al orden de lo terrorífico, vale decir, lo que excita angustia y espanto” (4). Pero esa estética del horror que va a introducir un poco después, diferente de la estética kantiana, marcará el camino: para cualquiera vale, en la temporalidad del instante y en el momento de indefensión, el encuentro fallido con lo real.

No obstante, la nota al pie de *Tótem y tabú* muestra que ya en 1913 el tema rondaba su pensamiento: “¿a qué conferimos el carácter de lo siniestro?” (5).

En *Lo ominoso*, al contrario, los pasajes referidos a la compulsión de repetición debieron ser revisados ya que incluyen una síntesis de gran parte de *Más allá del principio de placer*.

c. El tercer grupo de fobias, para Freud “fuera de nuestra comprensión”, acentúa la dificultad para establecer el nexo con el peligro. ¿Cómo establecer el nexo con el peligro que evidentemente existe? En esta dificultad —la agorafobia, las fobias a los animales— insiste el cambio de estatuto del objeto libidinal. Hace falta confrontarlas con el historial del *Hombre de los Lobos*, y con su sueño de angustia, que escribe en 1914 y publica en 1918. La *activación* de la escena primordial (Freud explícitamente evita utilizar el término recuerdo) introduce, allí donde fracasa la función onírica, una mirada no visible, cuyo paradigma son los lobos, sólo entrevista en la “inmovilidad” de la imagen (el árbol cargado de lobos) enmarcada por la ventana.

Si en 1956 Lacan se interroga por ese residuo muy singular —la mancha negra— que queda del miedo del pequeño *Hans* a los caballos, en 1963 afirma que el sueño del

Hombre de los Lobos “muestra la aparición ... de una forma pura del fantasma ... pues alude a la relación de dicho fantasma con lo real” (6). De repente irrumpe en el sueño, como doble del sujeto —*inmovilidad, mirar*— en la escena del fantasma, una presencia invisible que marca el giro en el estatuto del objeto libidinal: el objeto *a*. Se anticipa la función de marco de la angustia en su conexión y diferencia con el marco del fantasma.

Con la tercera de las formas de angustia neurótica pierde de vista el nexo entre la angustia y la amenaza de un peligro. En la histeria, por ejemplo, la angustia puede aparecer desligada de cualquier condición, como un ataque gratuito, tan incompresible para el analista como para el paciente. ¿Cómo “hablar entonces de un peligro o de una ocasión que, exagerada, pudiese elevarse a la condición de tal?”.

Freud, que estuvo a punto de articular la angustia neurótica y la realista con la introducción del fenómeno del horror, insiste en el texto: “¿puede la angustia neurótica, en la cual el peligro no desempeña papel alguno o lo tiene muy ínfimo, vincularse con la angustia realista, que es, en todo, una reacción frente al peligro? ¿Y cómo hemos de entender la angustia neurótica?”.

Su expectativa, una vez que el vector que orienta el cambio de pregunta se mantiene, no cede. “Donde aparece angustia —afirma—, tiene que existir *algo* frente a lo cual uno se angustia” (7).

En 1919 con *Lo siniestro*, Freud introduce ese efecto de aparición de lo inquietante en lo familiar que será retomado por Lacan en 1963: “esa fantasía terrorífica —*ser enterrado vivo*— no es más que la trasmudación de otra que en su origen no presentaba en modo alguno esa cualidad, la fantasía de vivir en el seno materno”. En Nathaniel, con el *Hombre de la Arena* que arranca *los ojos* a los niños: “el despertar de una angustia infantil” como dimensión horrorosa de la castración. “¿Qué es el momento de la angustia?” Es ese instante en que “una imposible visión amenaza desde los propios ojos echados por tierra” (8).

Este *algo*, un poco después, lo lleva a interrogar la reacción anímica frente al peligro exterior. Con la novedad de la compulsión de repetición, las investiduras no ligadas y la insistencia de la pulsión, en 1920, examina el funcionamiento del principio de placer, el estatuto de la satisfacción, y la transformación del objeto libidinal.

En la conferencia vuelve a la observación clínica.

Con la neurosis de angustia, se trata nuevamente de la desaparición de la excitación libidinosa y su emergencia como angustia. Pero se ha operado el pasaje de la genitalidad a la sexualidad pulsional. Reaparece en el horizonte la paradoja de la satisfacción. Hacen falta, junto con la histeria de angustia, el conflicto y la represión.

Con el análisis de las psiconeurosis —histeria de conversión y neurosis obsesiva— “los síntomas sólo se forman para sustraerse a un desarrollo o irrupción de angustia que de lo contrario sería inevitable”.

Y como su vector de giro sigue operando, esta nueva concepción, guiada por el peligro externo, “sitúa a la angustia en el centro de nuestro interés en cuanto a los problemas de la neurosis”.

El enlace buscado entre angustia realista y neurótica aparece cuando toma como premisa la oposición entre yo y libido. Si “el desarrollo de angustia es la reacción del yo frente al peligro —externo— y la señal para que se inicie la huida”, en el caso de la angustia neurótica el yo emprende un idéntico intento de huida frente al reclamo de su libido. Y, así, ese peligro interno es tratado como si fuera externo. “Se cumple nuestra expectativa”: ahí donde aparece angustia, dicha angustia se produce frente a *algo*. Con lo cual, la angustia realista aporta el peligro. Para la angustia neurótica, en ese breve lapso de transformación, vale como externo. Esta novedad, pivoteando aún en la fuente de la angustia, ya había surgido en 1894.

La analogía puede proseguirse. Así como el intento de huida frente al peligro exterior puede ser relevado al adoptar las medidas adecuadas para la defensa, también el desarrollo de angustia —salvo en las fobias— cede paso a la formación de síntoma, que produce una ligazón de la misma.

Esta ligazón asegura el funcionamiento del principio de placer y deja en el fenómeno del terror, que reaparecerá con *Más allá*, un punto distinto de encuentro, a partir de la pulsión y su objeto de borde, entre peligro interno y externo.

Ahora, el problema radica en otro lugar: ¿cómo es que la angustia, que significa una huida del yo frente a su libido, es, sin embargo, engendrada por esa libido misma?

¿Cómo contraponer la libido que en el fondo le pertenece al sujeto, “*como algo exterior al mismo*”? (9). ¿Se trata de la modificación de la naturaleza del objeto?

En 1915 se refiere a un breve sueño de despertar. En el mismo la soñante escucha que “hacen toc toc” y en ese momento se despierta. Nadie había llamado a su puerta —comenta—, pero la noche anterior la habían despertado sensaciones *penosas* de excitación sexual; vale decir, una sensación de latido en el clítoris.

“Esto fue, pues, lo que con posterioridad se proyectó hacia afuera, como percepción de un objeto exterior” (10): una sensación de “toc toc” que anticipa, bajo la forma de un llamado no audible, ese inquietante ruido exterior. En ese momento ya no se trata de una libido que le pertenece al sujeto. Tal como señala en *Algunas consecuencias psíquicas* “el análisis nos permite vislumbrar que acaso la acción de *espíar con las orejas* el coito de los progenitores a edad muy temprana dé lugar a la primera excitación sexual —la primera experiencia sexual traumática— y, por los efectos que trae a posteriori, pasa a ser el punto de partida para todo el desarrollo sexual” (11).

En el pequeño *Hans* “ese goce fálico —anómalo— que queda asociado a su cuerpo” y “que pertenece al exterior del cuerpo” (12). En el *Hombre de los Lobos* ese goce anal —la inicial evacuación durante la escena primaria— que no termina de ser alcanzado por la significación fálica.

En la conferencia, con el vector que canaliza el cambio de pregunta, surgen entonces otras dos pistas: la angustia en el niño y la angustia neurótica que está ligada a las fobias.

En los niños Freud cuestiona el sentimiento de inferioridad adleriano, como condición de la angustia y de la formación de síntoma.

Mediante una observación cuidadosa, es muy diferente lo que es posible averiguar. Al comienzo el niño se angustia frente a personas *extrañas* (las cosas solo más tarde entran en cuenta).

Pero no se angustia frente a esos extraños porque les atribuya malas intenciones y compare su debilidad e indefensión con la fuerza de ellos, ubicándolos como peligros para su vida, su seguridad o la ausencia de dolor. “Un niño así, aterrorizado por la pulsión de agresión que gobernaría al mundo, es sólo una malograda construcción teórica”.

El niño “se aterroriza frente al rostro *extraño* porque espera ver a la persona *familiar*: en el fondo a la madre” (13).

Otra vez, el terror, que ubica en otro nivel a la indefensión, y el giro de lo familiar a lo extraño.

Otra vez, para Freud, como en el pequeño *Hans*, son su desengaño y añoranza las que se transforman en angustia; vale decir, la libido inaplicada, que no puede, en ese momento, mantenerse en suspenso, se descarga como angustia.

De nuevo, surge la irreversibilidad de la angustia. Ahora ese antes y ese después desanudan el objeto libidinal.

En ese *relámpago* tiene lugar “el entrelazamiento de libido y angustia, y la sustitución final de la primera (libido) por la segunda (angustia)”. La libido *como algo exterior* se contrapone al sujeto. Ya no le pertenece, “falta libido y en su lugar se observa angustia” (14). No hay lugar para la añoranza por el objeto, interviene, en ese breve lapso, la *amenazadora proximidad* del objeto-resto. “La angustia ha resistido la prueba” (15): participa la pulsión.

Allí donde al comienzo la angustia carece de objeto que la dosifique, con el giro, no es sin objeto: se produce frente a “*algo exterior*”. Con ese *etwas* hay lugar para esa “libido inaplicada”. Pero su valor se ha transformado: repentinamente lo familiar es invadido por *algo exterior*, inquietante y extraño; súbitamente la escena fantasmática se desvanece.

En esta situación arquetípica de la angustia infantil, apela a la repetición del primer estado de angustia durante el acto del nacimiento: la separación de la madre. Pero aún no cuenta como en *Inhibición* con la angustia traumática que en analogía con la angustia del nacimiento se presenta como exceso económico e introduce, para el sujeto, la situación de la indefensión. En 1926, para Freud, dicha situación de desvalimiento “psicológicamente no nos dice nada” (16) pues es ese breve momento en que se borra para el sujeto la significación de la escena fantasmática en la que se sostiene.

En la conferencia esta angustia primordial, que luego será la situación traumática de la indefensión (*Hilflosigkeit*), es la que todavía no puede terminar de conectar con lo siniestro.

De allí que el desamparo freudiano constituye *a posteriori* ese momento cuya estructura lo siniestro revela: estar a merced de ese otro peligro externo, vale decir, un llamado mudo o una presencia invisible.

Con las primeras fobias situacionales de los niños —a la oscuridad y a la soledad—, nuevamente, retorna la nostalgia por la persona amada que cuidó al niño, vale decir, la madre. Sin embargo, la añoranza *en* la oscuridad se transforma, para Freud, en angustia *frente* a la oscuridad. Otra vez, en ese tiempo de transformación, no hay retorno.

Una vez oí —comenta—, desde la habitación vecina, exclamar a un niño que se angustiaba *en* la oscuridad: “Tía, háblame, tengo miedo”. “Pero, ¿de qué te sirve, si no puedes verme?”; y el niño respondió: “hay más luz cuando alguien habla” (17).

Ese niño se angustia cuando se esboza ese otro peligro externo: de nuevo, una inquietante presencia. Pero, en ese momento de angustia *frente* a la oscuridad, cuando alguien habla se restablece cierta escena: entonces, hay un poco más de luz.

No se huye porque se siente angustia. Se siente angustia y se emprende la huida por un motivo común, “el que nace de la percepción —*inexplicable*— del peligro” (18).

Ese otro peligro pone en cuestión a la angustia realista, en sentido estricto, como protectora de la vida. La tarea de la vigilancia, destinada a impedir que el niño se exponga a un peligro tras otro —“hará todo lo que pueda causarle daño y preocupar a quienes lo tienen a su cargo”— sólo se ilumina con el más allá.

Se comprende pues que en esta conferencia la angustia infantil tiene muy poco que ver con la angustia realista, si ésta es la exteriorización de la pulsión de autoconservación y, en cambio, se acerca a la angustia neurótica de los adultos. Como ésta, se genera a partir de una libido no aplicada. Y de igual forma, sustituye al objeto (libidinal) de amor, que se echa de menos, por un objeto externo o una situación.

Pero en las fobias, tanto en los niños como en los adultos, ocurre lo mismo que en la angustia infantil; una libido inaplicada “se transmuta en una aparente *angustia realista* y, así, un minúsculo peligro externo se erige como sustitución de los reclamos libidinales”.

En ese punto la libido ha cambiado de signo: es un cuerpo fuera-de-cuerpo y fuera-de-representación. Se trata del objeto *a*.

De allí que la fobia puede compararse a un atrincheramiento contra el peligro externo que sustituye ahora a la libido temida. Sin embargo, nunca puede conseguirse del todo la proyección del peligro libidinal hacia afuera (19). En el pequeño *Hans* ese resto que deja el significante caballo: el pánico auditivo y la mancha negra.

Y como “la angustia es siempre inadecuada”, sobre todo cuando irrumpe, Freud para eliminar toda dificultad teórica, atribuye, en la conferencia siguiente, la angustia

realista a la libido yoica (que intenta limitar el desarrollo de angustia a una señal) y la acción a la pulsión de autoconservación (20).

¿Y el núcleo del afecto?

El núcleo del afecto —de angustia—, para Freud, es la “repetición de una determinada vivencia significativa” (21). Una impresión muy temprana que sitúa, como consecuencia de “las lagunas de la verdad individual” (22), en la prehistoria. Dicho estado afectivo adopta la misma construcción que un ataque histérico y apunta, como éste, a “la decantación de una reminiscencia” (23).

La *Carta 52* nos orienta en este punto. El ataque histérico es *acción* (*Aktion*) y no mera descarga y como tal retiene el carácter original de toda acción: ser un medio para la reproducción de placer. “Se dirige al *otro*, pero sobre todo a ese otro prehistórico, inolvidable a quien ninguno posterior igualará” (24).

Desde esta perspectiva: ¿qué se repite?, ¿de qué impresión se trata?, ¿qué decanta?

Sobre el fondo de aquellas *lagunas*, esa impresión muy temprana vuelve en *Inhibición* como lugar de la angustia con la indefensión y como fenómeno con el terror: en ambos niveles ese Otro —prehistórico— está irremediabilmente perdido. Allí donde la primera mítica satisfacción se repite como fallida, el enfrentamiento con un peligro que no es recibido con disposición a la angustia reproduce, en 1926, introduciendo un cambio, el “placer” del horror. Y deja —como una paradójica reminiscencia— la insuficiencia del lado del Otro que no puede ser garante de ese goce.

En la conferencia, en cambio, el acento se desplaza en otra dirección. La impresión temprana que, cuando se repite, reproduce el afecto de angustia, introduce el acto del nacimiento.

Esta inicial versión del acto, con el enorme incremento de los estímulos que sobreviene en el nacimiento, ubica a esta primera angustia como una angustia tóxica. “El nombre *angustia* (*Angst*) —*angustiae*, angostamiento (*Enge*)— destaca el rasgo de la falta de aliento, que en ese momento fue consecuencia de la situación real, y hoy se reproduce casi regularmente en el afecto”.

Resta, como anticipo, que ese primer estado de angustia —como señalamos— se origina en la separación de la madre. Pero aún no aparece la comparación, como ocurrirá en 1926, con la castración *en* la madre. La separación se ordena en otra dirección: conduce a que ningún sujeto puede sustraerse a ese afecto (ese primer estado de angustia profundamente incorporado), por más que, “como el legendario Macduff, haya sido *arrancado prematuramente* del seno materno, y por eso no haya experimentado por sí mismo el acto del nacimiento”.

Sin embargo, el mismo acto del nacimiento, en 1916 “fuente y modelo del afecto de angustia”, lo conduce a otro sitio cuando se inspira en el pensamiento ingenuo del pueblo (25).

Este “nexo importante” entre la angustia y el nacimiento, puesto certeramente en descubierto por la sabiduría popular, se detiene en otro lugar: “ante el singular y pequeñísimo objeto que, con la aparición del niño, *fue* el meconio” (26).

Hace muchos años —comenta— un asistente relató, entre un grupo de jóvenes médicos de hospital, una “cómica historia que había sucedido en el último examen de parteras. Cuando se le preguntó a una candidata qué significaba el hecho de que en el parto apareciese meconio en el agua del nacimiento, respondió sin vacilar —y calladamente, tomé partido por ella—: *que el niño está angustiado*” (27).

Con la angustia del nacimiento, Freud ubica la indefensión del lado del sujeto anticipando, sin mediación, la dimensión del fenómeno.

Habrá que esperar para que ese desamparo —como indicamos— alcance al Otro.

No obstante, el análisis del *Hombre de los Lobos* se anticipa. Cuando escribe sobre “el sueño y la reconstrucción de la escena primaria” se reserva “un fragmento” de dicha escena. Un detalle central que incluye en un segundo tiempo. “En el momento en que el campo del Otro se abre sobre su fondo” —confrontación radical—, para Freud “el niño interrumpe al fin el estar—juntos de sus padres mediante una evacuación que le da motivo para berrear”. Esa primera excitación sexual en la zona anal que se presenta como deposición. “Una reacción del niño mismo cuya concepción no es dudosa” pues “no puede ser sino reconstruida como un eslabón de toda la determinación ulterior” (28).

Ese hallazgo freudiano, llevará en 1963, con la indefensión del Otro en el tiempo de la angustia, a la cesión de “un singular y pequeñísimo objeto”, *prematuramente arrancado*, como operación de fundación, en la construcción del deseo del sujeto.

Notas y referencias bibliográficas

* Este trabajo se encuentra publicado en ficha, Teóricos, Facultad de Psicología, U.B.A., Bs.As., 1996. Se reproduce aquí con modificaciones.

1. S.Freud, 25^a conferencia. *La angustia*, A.E., XVI, 357-60, 362.
2. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit, 19-XII-62.
3. S.Freud, 25^a conferencia, ob.cit., 362-4.
4. S.Freud, *Lo ominoso*, A.E., XIX, 219.
5. S.Freud, *Tótem y tabú*, A.E., XIII, 89-90.
6. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit. 19-XII-62
7. S.Freud, 25^a conferencia, ob.cit., 364-5.

8. S.Freud, *Lo ominoso*, ob.cit, 233. J.Lacan “La angustia”, ob.cit. 6-III-63.
9. S.Freud, 25^a conferencia, ob.cit., 365-9.
10. S.Freud, *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*, A.E., XIV, 270.
11. S.Freud, *Algunas consecuencias psíquicas*, ob.cit, 269.
12. J.Lacan, *El Seminario*, libro XXII, *R.S.I.*, lección del 17-XII-74, *Ornicar?*, N° 3, Le Graphe, París, 1975, págs. 104-5; “Conferencias y encuentros en las universidades norteamericanas”, *Scilicet* 6/7, Seuil, París, 1976, págs. 22-3.
13. S.Freud, 25^a conferencia, ob.cit., 369-70.
14. Idem, 367.
15. S.Freud, *Análisis* (el pequeño *Hans*), ob.cit, 24.
16. S.Freud, *Inhibición*, ob.cit, 128.
17. S.Freud, 25^a conferencia, ob. cit., 371.
18. S.Freud, 26^a conferencia. *La teoría de la libido y el narcisismo*, A.E., XVI, 391.
19. S.Freud, 25^a conferencia, ob. cit., 372-4.
20. S.Freud, 26^a conferencia, ob. cit.
21. S.Freud, 25^a conferencia, ob.cit., 360.
22. S.Freud, 23^a conferencia, ob.cit, 338.
23. S.Freud, 25^aconferencia, ob.cit.
24. S.Freud, Fragmentos de la correspondencia con Fliess: *Carta 52*, A.E., I., 280.
25. S.Freud, 25^a conferencia, ob.cit., 361.
26. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 3-VII-63.
27. S.Freud, 25^a conferencia, ob. cit., 361-2.
- 28.S.Freud, *De la historia (el Hombre de los Lobos)*, ob.cit., 74-5; J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 25-VI-63.

ANGUSTIA DEL NACIMIENTO: PRIMEROS ESTALLIDOS DE ANGUSTIA

Tal como ocurre con el historial del pequeño *Hans* en *Inhibición* retornan las fobias y, con ellas, el complejo de castración.

El yo debe proceder en las zoofobias contra una investidura de *objeto libidinoso del ello* (ya sea la del complejo de Edipo positivo o negativo), pues ceder a ella instalaría el peligro de la castración.

La brújula que orienta el trayecto freudiano es el vínculo de la castración con la angustia pues desde 1894 en las fobias el estado emotivo es siempre la *angustia*. En la imposibilidad en 1909 de volver a mudar la angustia en libido se modifica el estatuto del objeto: cae el objeto ansiado y su caída lo vuelve inquietante. Las investiduras de objeto del ello que ahora lo sustituyen, lo confirman.

“Tan pronto como distingue el peligro de castración, el yo da la señal de angustia e inhibe el proceso de investidura amenazador en el ello”; lo hace, hasta donde le es posible, por medio de la instancia placer-displacer. Al mismo tiempo se consuma la formación de la fobia.

La inesperada conclusión del capítulo IV del texto de 1926 sorprende: el motor de la represión, en el pequeño *Hans* y en el *Hombre de los Lobos*, es la angustia frente a la castración.

Así, con la formación de la fobia la angustia de castración recibe otro *objeto* y una expresión desplazada (*entstellen*): ser mordido por el caballo o ser devorado por el lobo, en vez de ser castrado por el padre. Este *objeto* no es el *objeto anhelado*, es el objeto fóbigeno y vela la libido-resto, es decir, la *investidura de objeto*.

¿Cuáles son las ventajas de la formación sustitutiva? Sorteando un conflicto de ambivalencia, pues el padre es simultáneamente un objeto amado, y le permite al yo suspender el desarrollo o irrupción de angustia.

En efecto, la angustia de la fobia — tal como aparece en *Obsesiones y fobias* — es facultativa: sólo emerge cuando su objeto es asunto de la percepción. Sin duda, sólo allí está presente la situación de peligro.

Con el valor que ya ha adquirido el peligro externo, la sustitución del padre por el animal simplifica las cosas: no hace falta más que evitar la visión, vale decir, la presencia del objeto fóbigeno, para quedar exento de peligro y de angustia. “El pequeño Hans impone a su yo una limitación, produce la inhibición de salir para no encontrarse con caballos. El pequeño ruso se las arregla de manera aún más cómoda; apenas si constituye una renuncia para él no tomar más entre sus manos cierto libro de ilustraciones” en que aparece la imagen del lobo (1). Se reafirma así un nuevo vínculo, vía castración, de la angustia con el peligro exterior.

La angustia de la fobia no proviene del proceso represivo, vale decir, de las investiduras libidinosas de las mociones reprimidas, sino de lo represor mismo. “La

angustia de la zoofobia es la angustia de castración inmutada, vale decir, una angustia realista, angustia frente a un peligro que amenaza efectivamente o es considerado real”.

Más allá del yo en la fobia y de la angustia realista *racional y adecuada*, la angustia no engaña: cuando están en juego las investiduras libidinosas del ello es “angustia frente a una castración inminente”. ¿Se trata de ese momento de inminencia del objeto?

En *Lo inconsciente*, por obra de la represión el representante de pulsión (*Triebrepräsenz*) es transpuesto (*entstellt*), es desplazado (*verschoben*), en tanto que la libido de la moción pulsional — su otro componente — es mudada en angustia.

La indagación de las zoofobias, que retoma en *Inhibición*, no demuestra esa tesis, no la corrobora e incluso la contradice directamente. “La angustia de las zoofobias es la angustia de castración”. La de la agorafobia “parece ser angustia de tentación”, que ha de entramarse sin duda con dicha angustia de castración.

La mayoría de las fobias se remontan a una angustia del yo, como la indicada, frente a exigencias de la libido. Lo primario es siempre la actitud angustiada del yo que activa la impulsión para la represión.

Si en 1909 Freud hubiera señalado que tras la represión aparece cierto grado de angustia en lugar de la exteriorización de libido que sería de esperar —descripción correcta pues señala la correspondencia entre el vigor de la moción por reprimir y la intensidad de la angustia resultante—, en 1926 no surgiría esta modificación, no le haría falta retractarse de nada.

Entonces, cree estar proporcionando algo más que una mera descripción; supone haber discernido el proceso metapsicológico de una transposición (*Umsetzung*) directa de la libido en angustia. Empero, no puede indicar el modo en que se consuma una trasmudación (*Umwandlung*) así.

¿De dónde extrae la idea de esa transposición? Del estudio de las neurosis actuales, muy lejos aun de distinguir entre procesos que ocurren en el yo y procesos que ocurren en el ello.

Determinadas prácticas sexuales -siempre que la excitación sexual era inhibida, detenida o desviada en su decurso hacia la satisfacción- provocaban estallidos de angustia y una disposición general a la misma. “Y puesto que la excitación sexual es la expresión de mociones pulsionales libidinosas, no parecía osado entonces suponer que la libido se mudaba en angustia por la injerencia de esas perturbaciones”.

¿Cómo recupera esta vía en 1926? Con la libido de los procesos-ello. Si dicha libido experimenta una perturbación incitada por la represión, puede seguir siendo correcto que a raíz de la represión se forme angustia desde la investidura libidinal de las mociones pulsionales.

En esta división entre procesos que ocurren en el yo y procesos que ocurren en el ello, por ahora, la fobia queda del lado del yo y la antigua neurosis de angustia del lado del ello.

No obstante, se han producido dos modificaciones en relación al tiempo de las neurosis actuales. Aparece la pulsión, no la sexualidad genital, y con ella la diferencia entre la satisfacción esperada y la hallada.

¿Cómo armonizar este resultado, que la investidura libidinal lleva a la angustia, con el otro, que la angustia de las fobias es una angustia yoica, nace en el yo, no es producida por la represión, sino que la provoca? “Parece una contradicción, y solucionarla no es cosa simple. No es fácil reducir esos dos orígenes de la angustia a uno solo”. El análisis de las fobias, reanudado desde el peligro de castración, no parece admitir una enmienda. (2)

En *Lo inconsciente* la fobia ya ha adquirido el carácter de una proyección. Sustituye un peligro pulsional interior por un peligro de percepción exterior. En *Inhibición* vuelve lo facultativo: del peligro exterior uno puede protegerse mediante la huida y la evitación de percibirlo, mientras que la huida no vale de nada frente al peligro interior.

Con la segunda ruptura en 1920 del principio de placer la observación de 1915 es correcta, pero se queda en la superficie. (3)

“La exigencia pulsional no es un peligro en sí misma; lo es sólo porque conlleva un auténtico peligro exterior, el de la castración” (4). Por tanto, en la fobia, en el fondo sólo se ha sustituido un peligro exterior por otro también exterior: la “inminente castración” por, aquello que vela e indica el objeto fobígeno. En el pequeño *Hans*, el pánico auditivo (5).

Que el yo pueda sustraerse de la angustia por medio de una evitación o de un síntoma-inhibición armoniza muy bien con la concepción de que esa angustia es sólo una señal-afecto, pero nada ha cambiado en la *situación económica*.

Hace falta revisar dicha situación, introducir con el capítulo VIII de *Inhibición* la perturbación económica y señalar el momento de horror, incluso en la fobia, más allá del yo y de la angustia señal.

¿Cuál es la particularidad de la angustia (de castración) en la fobia? ¿Cuál es la diferencia respecto de la angustia realista que nos permitió, muy temprano, un punto de exterioridad para dicho peligro? ¿Cómo ubicar ese doble origen de la angustia, que como origen insiste desde el *Manuscrito E*?

El “objeto” de la angustia —la angustia para Freud carece de objeto— permanece inconsciente, y sólo deviene conciente por un desplazamiento (*Entstellung*).

La misma concepción —señala— también es válida para las fobias de adultos: en el fondo es lo mismo. En la fobia a la soledad, enteramente unívoca, el sujeto en la profundidad quiere escapar a la tentación del onanismo solitario. El agorafóbico impone una limitación a su yo para sustraerse de un peligro pulsional: la tentación de ceder a sus caprichos o antojos (*Geliisten*) eróticos, lo que convoca, como en la infancia, el peligro de la castración o uno análogo. “El caso de un joven que se volvió agorafóbico porque temía ceder a los atractivos de prostitutas y recibir como castigo la sífilis”.

El agorafóbico no se conforma con una renuncia; hace algo más para quitar a la situación su carácter peligroso. ¿Qué hace? Una regresión temporal. Así, puede andar por la calle si una persona de su confianza lo acompaña como si fuera un niño pequeño. “Idéntico miramiento le permite salir solo siempre que no se aleje de su casa más allá de cierto radio ni entre en zonas que no conoce bien y donde la gente no lo conoce”. Se evidencia, para Freud, “el influjo de los factores infantiles que lo gobiernan a través de su neurosis”. Se trata, en verdad, de lo familiar que protege de lo extraño.

¿Cómo se establece la fobia a los espacios? Se instala por regla general después que en ciertas circunstancias -en la calle, en un viaje por ferrocarril, por avión, en la soledad, en un ascensor- se vivencia un primer ataque de angustia. Con la neurosis se suspende la angustia, pero renace toda vez que no se puede observar la condición protectora.

El mecanismo de la fobia llamada por Freud común, presta buenos servicios como medio de defensa y exhibe una gran inclinación a la estabilidad por medio de la respectiva formación sustitutiva. Empero, por el estado de equilibrio algo precario que mantiene con el objeto fóbigeno puede sobrevenir una continuación de la lucha defensiva, que entonces se dirige contra el síntoma. Los intentos de huida, vale decir, las evitaciones fóbicas. (6)

En ambas, comunes y típicas, pueden confluír muchas otras mociones pulsionales reprimidas que sólo tienen carácter auxiliar y las más de las veces se han puesto con posterioridad (*nachträglich*) en conexión con el *núcleo de la neurosis*: el peligro de castración (*Kastrationgefahr*).

¿Qué ocurre en la neurosis obsesiva?

No es difícil reducir la situación de la neurosis obsesiva a la de la fobia. En ella si bien falta todo asomo de proyección, pues el peligro está enteramente interiorizado, los síntomas son creados para evitar la situación de peligro señalada mediante el desarrollo de angustia, y ese peligro es el de la castración o algo derivado de ella.

¿Qué ocurre con la neurosis traumática?

Si la angustia es la reacción del yo frente al peligro, ¿la neurosis traumática, tan a menudo secuela de un peligro mortal, es una consecuencia directa de la angustia de supervivencia o de muerte (*Lebens- oder Todesangst*), dejando de lado los vasallajes del yo y la castración?

La mayoría de los observadores de las neurosis traumáticas de la última guerra proclamó triunfalmente —escribe Freud— que una amenaza a la pulsión de autoconservación podía producir una neurosis sin participación alguna de la sexualidad y sin miramiento por las complicadas hipótesis del psicoanálisis.

Lo lamentable —pues hace ya tiempo que esa hipótesis la canceló la introducción del narcisismo, que puso en una misma serie la investidura libidinosa del yo y las investiduras de objeto, y destacó la naturaleza libidinosa de la pulsión de autoconservación— es que la falta de un solo análisis utilizable de neurosis traumática

“ha hecho perder la más preciosa oportunidad de obtener informaciones decisivas acerca del nexo entre angustia y formación de síntoma”.

La estructura de las neurosis más simples le ha posibilitado descubrir que una neurosis no sobreviene sólo por el hecho objetivo de un peligro mortal. Hace falta que participen los estratos inconscientes más profundos del aparato anímico.

Ahora bien, en lo inconsciente no hay nada que pueda funcionar como representante *icc* de nuestro concepto conciente de la aniquilación de la vida. Solo la castración que se sostiene en la premisa universal del falo y, tal como va a proponer Freud en el texto, vale como separación.

“La castración se vuelve por así decir representable por medio de la experiencia cotidiana de la separación respecto del contenido de los intestinos y la pérdida del pecho materno vivenciada a raíz del destete; empero, nunca se ha experimentado nada semejante a la muerte, o bien, como es el caso del desmayo, no ha dejado tras sí ninguna huella registrable” (7).

Dos conclusiones pues.

En primer lugar, la angustia de muerte debe concebirse como un análogo de la angustia de castración. El yo reacciona frente a ser abandonado por el superyo protector -los poderes del destino-, “con lo que expiraría ese su seguro para todos los peligros”.

En segundo lugar, tal como escribe en *Más allá*, a raíz de las vivencias que llevan a la neurosis traumática es quebrada la protección —segunda ruptura— contra los estímulos exteriores: en el aparato anímico ingresan volúmenes hipertróficos de excitación —el ruido inasimilable que ha provocado la bomba que destrozó, muy cerca del sujeto dañado por el trauma, a su compañero—. En los sueños, tiempo después, irrumpe, en el momento del despertar, *lo oído* freudiano.

Novedad que sorprende: en 1926 la angustia crea a la represión y no - como leímos en el historial del pequeño *Hans* - la represión a la angustia. Se reordena a partir de este viraje, como veremos, la *angustia de nacimiento* que ha ingresado en 1916. (8)

Este primer viraje que Freud produce invierte la relación: la angustia, como en 1894, es anterior a la represión. El segundo giro, con la neurosis traumática, señala que la angustia no se limite a ser una señal-afecto. También es producida como algo nuevo —una segunda posibilidad— a partir de las condiciones económicas de la situación, tal como fue anticipado para la histeria de angustia: a pesar de la angustia señal nada cambia en la esfera económica.

A partir de la neurosis traumática pues, se redefine el peligro exterior para la fobia y, en tanto tal, el peligro de castración. Existen otros casos de neurosis agorafóbica que muestran una estructura más complicada que el presentado por Freud. Lo retomaremos, junto con la redefinición del doble peligro exterior. (9)

Que la angustia nazca como algo nuevo con un fundamento propio —“el yo se pondría sobre aviso de la castración a través de pérdidas de objeto repetidas con regularidad”—, permite alcanzar en 1926 una nueva concepción de la misma. Si hasta

allí Freud la consideraba una *señal* del peligro, ahora puede afirmar que se trata, en ese momento de indefensión, del peligro de la castración como de la reacción frente a una pérdida o frente a una separación.

Tercera modificación: la angustia es la reacción frente a una pérdida o frente a una separación. Es necesario pues que sea producida —segunda posibilidad— como algo nuevo, es decir, más allá de la señal-afecto y del principio regulador.

Con esta última conclusión salta a la vista una notabilísima concordancia. La primera vivencia de angustia del ser humano es la del nacimiento, y como este objetivamente significa la separación de la madre, podría compararse a una castración de la madre, de acuerdo con la ecuación hijo = pene.

La *castración de la madre* nos remite, allí donde se activa su propio complejo de Edipo, vía ecuación, a la separación o a la pérdida: el hijo a cambio del falo. De nuevo se le plantea la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona. Y, al mismo tiempo, dicha *castración* (de la madre) resignifica fálicamente las anteriores separaciones.

Se ha aducido —comenta Freud en una nota agregada en 1923— que el lactante no puede menos que sentir cada retiro del pecho materno como una castración, vale decir, como *pérdida*, tampoco apreciará de otra forma la regular deposición de las heces, y hasta el acto mismo del nacimiento, como *separación* de la madre, sería la imagen primaria de aquella castración. Admitiendo aun todas esas raíces del complejo, el nombre de «complejo de castración» sólo se limita a las excitaciones y efectos enlazados con la pérdida del pene. Vale decir, “sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo” (10).

Lo que no ocurre con el pequeño *Hans*. En la fantasía del 2 de mayo la operación es incompleta. Solo se le ha dicho que enseñe el hace-pipí (*Wiwimacher*). No le ha sido separado, no lo ha perdido. “En efecto, si tras haber estado tan cerca la cosa no llegó más lejos, es que no podía ir más lejos, porque si hubiera ido más lejos no hubiera habido fobia” (11). Su manera de inscribir, con el resto que deja esa neurosis, el complejo de castración.

Con la angustia del nacimiento “sería muy satisfactorio que esa angustia se repitiera como símbolo de una separación a raíz de cada separación posterior; pero algo obsta, por desdicha, para sacar partido de esa concordancia: el nacimiento no es vivenciado subjetivamente como una separación de la madre. (12)”

¿Cómo situar esta separación? Como señalamos, con el primado del falo que la resignifica a posteriori.

La libido de la madre se desliza *de nuevo*, como en la niña, a lo largo de la ecuación simbólica, a una nueva posición. “Resigna el deseo de pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo y con este propósito toma al padre como objeto de amor”(13). Su complejo de Edipo culmina en el deseo de recibir como regalo un hijo del padre.

Pero surge otro reparo. “Las reacciones afectivas frente a una separación nos resultan familiares y las sentimos como dolor y duelo, no como angustia” (14).

¿Entonces, de que separación o pérdida podría tratarse?

La sustitución, que pertenece al complejo de Edipo, reintroduce lo que ya estaba lógicamente antes: la castración *en* la madre.

La castración *en* la madre es un momento lógicamente anterior a la propia constitución del sujeto como sujeto sexuado.

Y esa angustia (del nacimiento) anterior a la represión es ese momento estructural de indefensión donde la castración como desamparo alcanza al Otro.

Se comprende pues la comparación que realiza Freud. Se inicia en la castración *de* la madre, de acuerdo a la ecuación, pero se sostiene en el desvalimiento del Otro, ese momento en que interviene la castración *en* la madre. Es decir, ese lugar de hiancia que se sitúa en el núcleo de la estructura y se conecta con el *núcleo de la neurosis*.

La angustia del nacimiento —como indicamos— vale como separación. Retroactivamente vuelve como pérdida. En el capítulo siguiente de *Inhibición*, “la angustia de castración que sobreviene en la fase fálica es una angustia de separación”: el peligro aquí es la separación de los genitales. La posesión del falo contiene la garantía para una reunión con la madre y su privación equivale a “una nueva separación de la madre” (15).

Un momento lógicamente anterior, la castración opera a nivel de la estructura, y un momento de retroacción, *de nuevo* el sujeto se confronta con su propia castración. En su diferencia, esta “nueva separación”, podría compararse a una castración *en* la madre.

Ese momento previo a la constitución del sujeto como sexuado, retroactivamente —insistimos— se ordena alrededor del falo. La inscripción particular de la castración, como núcleo de la neurosis, es lo que Freud va a llamar el complejo de castración. La indefensión alcanza al sujeto, el sujeto se confronta con su propia castración. No opera *la* castración. Como ocurre con el pequeño *Hans* y con el *Hombre de los Lobos*, hay castraciones.

La revisión de ambas zoofobias, le permite a Freud, 17 años después de haber formulado su segunda versión de la angustia, descubrir el lugar central de la angustia en la estructura: la angustia produce (*machen*) la represión.

En el capítulo II de *Inhibición* retoma, en paralelo con el complejo de castración, la *represión primaria* (*Urverdrängung*). “La mayoría de las represiones con que debemos habérmolas en el trabajo terapéutico son casos de *pos-represión* (*Nachdrängen*). Presuponen *represiones primarias* producidas con anterioridad, y que ejercen su influjo de atracción sobre la situación reciente”, tal como ocurre con esa operación de la *angustia primordial* (16).

¿Cuál es el papel del superyo como heredero del complejo de Edipo en la represión? Es necesario para Freud no sobrestimar su papel en dicho proceso. “Por

ahora no es posible decidir si la emergencia del superyo crea, acaso, el deslinde entre *represión primaria* y *represión secundaria*”.

Pero lo curioso es nuevamente la relación angustia-represión. Si bien, en 1926 es aún demasiado poco lo que se sabe acerca de esos trasfondos y grados previos de la represión, “los primeros -muy intensos- estallidos de angustia se producen antes de la diferenciación del superyo”.

Como anticipamos, las *condiciones económicas* de la situación intervienen en el peligro de castración, de pérdida o de separación pues a ese nivel opera como momento estructural la angustia del nacimiento. Se comprende entonces que para Freud sea “enteramente verosímil que *factores cuantitativos* como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo constituyan —como tiempo mítico— las ocasiones inmediatas de las represiones primarias” (17).

Los primeros *estallidos de angustia* (18), ocasión inmediata de la *Urverdrängung*, constituyen ese momento fundante de indefensión: la castración *en* la madre. El desvalimiento en la explosión de angustia alcanza al Otro. Como *marca* de la castración: divide al sujeto, excluye lo cuantitativo hipertrófico y deja como *prueba* una libido-resto que en el momento de horror renueva la ruptura de la protección antiestímulo. El complejo de castración es esa operación de inscripción del sujeto como falta en el campo del Otro, en cada caso, en las distintas neurosis.

Notas y referencias bibliográficas

1. S.Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, A.E., XX, cap. VII, 118.
2. Idem, cap. IV, 102-5.
3. J.C.Cosentino, “Las rupturas del principio de placer”, Ficha, Facultad de Psicología / UBA, Bs.As., 1996, págs. 13-33.
4. S.Freud, ob.cit., cap. VII, 120.
5. Ver *infra*: “3. *La irreversibilidad de la angustia*”, págs. 42-3.
6. En *Lo inconsciente* Freud describe tres fases en la formación de una fobia. Una primera que suele descuidarse: la angustia surge sin que se perciba *ante qué*. Una eventual repetición del proceso hace posible un primer paso para dominar ese desagradable desarrollo de angustia. La investidura *prcc* fugada se vuelca a una representación sustitutiva que, por una parte, se entrama por vía asociativa con la representación rechazada y, por otra, se sustrae de la represión por su distanciamiento respecto de aquella (sustituto por desplazamiento), permitiendo “una racionalización del desarrollo de angustia todavía no inhibible”. La representación sustitutiva juega ahora para el sistema *prcc* el papel de una contrainvestidura: lo afirma contra la emergencia de la representación reprimida. A su vez, es el lugar de donde arranca el desprendimiento de afecto, ahora no inhibible, o al menos, se comporta como si fuera ese lugar de

arranque. En la segunda fase de la histeria de angustia la conrainvestidura desde el sistema *prcc* lleva a la formación sustitutiva. El mismo mecanismo encuentra pronto un nuevo empleo: el proceso de la represión no está todavía concluido. Tiene pues una nueva tarea: inhibir el desarrollo de angustia que parte del sustituto. ¿Cómo ocurre? “Todo el entorno asociado de la representación sustitutiva es investido con una intensidad particular, de suerte que puede exhibir una elevada sensibilidad a la excitación. Una excitación en cualquier lugar de este parapeto dará, a consecuencia del enlace con la representación sustitutiva, el enviñon para un pequeño desarrollo de angustia que ahora es aprovechado como señal a fin de inhibir el ulterior avance de este último mediante una renovada huida de la investidura *prcc*”. La mayor distancia con que operen del sustituto temido las conrainvestiduras sensibles y alertas, tenderán a aislar la representación sustitutiva y a coartar nuevas excitaciones desde ella. Estas precauciones sólo protegen contra excitaciones que se dirigen a la representación sustitutiva desde fuera, por la percepción, “pero jamás contra la moción pulsional que alcanza a la representación sustitutiva desde su conexión con la representación reprimida”. Entonces, ¿cuándo producen efectos? Sólo cuando el sustituto subroga lo reprimido, mas nunca, pues también opera la conexión pulsional, pueden ser del todo confiables. De allí que “a raíz de cada acrecimiento de la moción pulsional, la muralla protectora que rodea a la representación sustitutiva debe ser trasladada un tramo más allá”. El conjunto de esa construcción lleva el nombre de fobia. La huida frente a la investidura *prcc* de la representación sustitutiva introduce las evitaciones, renunciaciones y prohibiciones que permiten caracterizar a la histeria de angustia. La tercera fase repite el trabajo de la segunda en escala ampliada. El sistema *prcc* se protege ahora contra la activación de la representación sustitutiva mediante la conrainvestidura de su entorno, como antes se había asegurado contra la emergencia de la representación reprimida mediante la investidura de la representación sustitutiva. “Así encuentra su prolongación la formación sustitutiva por desplazamiento”. Con lo cual, ese pequeño lugar que servía de puerta de entrada para la invasión de la moción pulsional reprimida (la representación sustitutiva), al final es ocupado por todo el parapeto fóbico, un enclave de la influencia inconsciente. Pues bien, con todo el mecanismo de defensa puesto en acción se ha logrado proyectar hacia afuera el peligro pulsional. “El yo se comporta como si el peligro del desarrollo de angustia no le amenazase desde una moción pulsional, sino desde una percepción, y por eso puede reaccionar contra ese peligro externo con intentos de huida : las evitaciones fóbicas”. Empero, los intentos de huida frente a las exigencias pulsionales —la inminente castración— son infructuosos, y el resultado de la huida fóbica sigue siendo, a pesar de todo, insatisfactorio. A.E, XIV, 179-81.

7. S.Freud, ob.cit., cap. VII, 123.

8. Ver *infra*: “4. El peligro externo: angustia, miedo, terror, págs. 56-8.

9. Ver *supra* “Fobias”, págs. 126, llam. 20, y 137-8.

10. Las pérdidas repetidas remiten a *Inhibición*. Ver: S.Freud, ob.cit., cap. VII, 123. Para el significado del complejo de castración, ver: S.Freud, *La organización genital infantil*, A.E., XIX, 147.

11. J.Lacan, *El Seminario*, libro 4, *La relación de objeto*, Paidós, Bs.As., 1994, pág. 368.

12. S.Freud, ob.cit., cap. VII, 124.
13. S.Freud, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, A.E., XIX, 274.
14. S.Freud, ob.cit., cap. VII, 124.
15. Idem, cap. VIII, 131.
16. Ver *infra*, en “4. *El peligro externo ...*”, pág. 57: ese nexo importante entre la angustia y el nacimiento, puesto certeramente en descubierto por la sabiduría popular, referido a ese singular y pequeñísimo objeto que, con la aparición del niño, es el meconio.
17. S.Freud, ob.cit., cap. II, 90. Ver también *Análisis terminable e interminable*, A.E, XXIII, 229-30. “¿Acaso nuestra teoría no reclama para sí el título de producir un estado que nunca preexistió de manera espontánea en el interior del yo, y cuya neo-creación constituye la diferencia esencial entre el hombre analizado y el no analizado? Veamos en qué se basa ese título. Todas las represiones acontecen en la primera infancia; son unas medidas de defensa primitivas del yo inmaduro, endeble. En años posteriores no se consuman represiones nuevas, pero son conservadas las antiguas, y el yo recurre en vasta medida a sus servicios para gobernar las pulsiones. En nuestra terminología, los conflictos nuevos son tramitados por una *pos-represión (Nachverdrängung)*. Acerca de las represiones infantiles, acaso valga lo que hemos sostenido con carácter universal, a saber: que dependen enteramente de la proporción relativa entre las fuerzas y no son capaces de sostenerse frente a un acrecentamiento de la intensidad de las pulsiones”.
18. Ver también: S. Freud, *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, A.E., III, 174; *Carta a Jones del 18-II-1919*, en E. Jones, “Vida y obra de S. Freud”, Nova, Bs.As., 1960, pp. 271-2.

6. ANGUSTIA DEL NACIMIENTO: PERTURBACION ECONOMICA

En el capítulo VIII de *Inhibición* Freud reúne todo cuanto puede anunciar acerca de la angustia (síntesis fisiológica, factor histórico, suceso preindividual, etc.) renunciando, en principio, a la expectativa de alcanzar una nueva síntesis.

Su eje ordenador es nuevamente la *angustia del nacimiento*.

Como síntesis fisiológica se trata de un estado displacentero particular con acciones de descarga que siguen determinadas vías. En su base hay un incremento de la excitación que, por una parte, da lugar al carácter displacentero y, por otra, es aligerado mediante las acciones de descarga. Pero, es un factor histórico el que liga con firmeza entre sí las sensaciones e inervaciones de la angustia, tal como ya lo señaló en la conferencia de 1916.

Con otras palabras: la angustia es la *reproducción* de una vivencia que en su “momento” reunió las condiciones para un incremento del estímulo y para la descarga por determinadas vías, a raíz de lo cual, también, el displacer de la misma recibió su carácter específico. Para los sujetos humanos el nacimiento ofrece una vivencia arquetípica de tal índole. Por esta razón Freud se inclina a ver en el estado de angustia una *reproducción* del trauma del nacimiento.

En el caso de los sujeto parlantes, entonces, la *angustia* toma como arquetipo el proceso del *nacimiento* y alcanza el valor de un *trauma*.

Ahora bien, si tales son la estructura y el “origen” de la angustia: ¿cuál es su función? ¿En que oportunidades es reproducida?

La respuesta le parece evidente y de fuerza probatoria. “La angustia se generó como reacción frente a un estado de peligro; en lo sucesivo se la reproducirá regularmente cuando un estado semejante vuelva a presentarse”.

Sin embargo, como ocurre en 1916, separa dos posibilidades de emergencia de la angustia: una, desacorde con el fin, en una situación nueva de peligro; la otra, acorde con el fin, para señalarlo y prevenirlo.

Desde luego, la angustia acorde con el fin falta en la posterior reproducción de la misma en calidad de afecto. Cuando un individuo, pues, cae en una nueva situación de peligro, fácilmente la invasión de angustia, como sucede en la “25ª conferencia”, puede volverse, si el peligro no puede ser señalado y prevenido, inadecuada o desacorde con el fin.

¿Qué es un «peligro»? Otra vez reaparece el acto del nacimiento: un momento en que amenaza un peligro objetivo para la conservación de la vida. Pero, allí mismo donde está en cuestión el estatuto del peligro, se inicia un movimiento de giro. Dicho peligro “psicológicamente no nos dice nada. ... Carece aún de todo contenido psíquico”. ¿Qué ocurre en ese momento? Una enorme perturbación en la economía de la libido: grandes sumas de excitación irrumpen y producen novedosas sensaciones de displacer.

¿Cuál es pues el signo distintivo de una “situación de peligro”? “Es fácil decir que el neonato repetirá el afecto de angustia en todas las situaciones que le recuerden el suceso del nacimiento. Pero el punto decisivo sigue siendo averiguar por intermedio de qué y debido a qué es recordado” (1).

Callejón sin salida. Se trata de un momento no subjetivo en que irrumpen grandes volúmenes de excitación y provocan una desmedida perturbación económica. La invasión de esas grandes sumas que retornarán con el fenómeno de la angustia traumática, un momento diferente al del nacimiento, permitirá reorientar el referente con el que Freud parte.

Se destacan dos preguntas. No se trata de interrogar la angustia del nacimiento sino su posterior reproducción. No se trata de preguntar que es un peligro sino ¿cuál es el estatuto de dicho peligro? Entonces, será posible ubicar el valor de la angustia primordial y, en tanto tal, el peligro que allí se pone en juego. En el *Complemento sobre la angustia* —como veremos— se relacionan y diferencian la situación traumática de la indefensión y la situación de peligro.

Por ahora, el momento de reproducción de la situación como extremada perturbación de la economía libidinal hace caer aquel “origen adecuado” —“el desarrollo o invasión de angustia nunca es adecuado”— y lleva a revisar el carácter del peligro. (2)

Retoma entonces las ocasiones a raíz de las cuales el lactante o el niño de corta edad se muestra pronto al desarrollo de angustia. Con las fobias más tempranas del niño pone en cuestión el trauma rankiano que hace intervenir, según lo necesite, el recuerdo de la existencia intrauterina dichosa o el de su perturbación traumática. Si se deja al niño en la oscuridad y soledad, deberíamos esperar, siguiendo a Rank, que recibiera con satisfacción esta reproducción de la situación intrauterina. No ocurre así, al contrario, reacciona con angustia, dejando ver el carácter forzado de ese intento de explicación.

Las fobias más tempranas de la infancia —concluye— no admiten una reconducción directa a la impresión del acto del nacimiento. Hasta ahora —a pesar de lo que anticipa al final de la conferencia de 1916 (3)— se han sustraído de toda explicación.

En dichas fobias, no obstante, es innegable la presencia de cierta disposición a la angustia. Cuando se extienden más allá de esa temprana época, despiertan la sospecha de perturbación neurótica, aunque en modo alguno a Freud le resulta inteligible su relación con las posteriores neurosis declaradas de la infancia.

¿Cuándo ocurren? Se producen cuando el niño está *solo*, cuando está en la *oscuridad*, cuando halla a una *persona ajena* en lugar de la que le es familiar. En cualquiera de esas situaciones opera una única condición: se echa de menos a la persona *añorada* (amada).

A partir de aquí, *ajeno-familiar*, quedará abierto el trayecto para “el entendimiento de la angustia y la armonización de las contradicciones que parecen rodearla”, igual que en 1916. (4)

La *imagen mnémica* de la persona añorada es investida intensamente y, al comienzo, de manera alucinatoria. Empero esto no produce resultado alguno. Más bien parece que esta añoranza se troca, de pronto, en angustia.

Esa angustia se exterioriza como una expresión de desconcierto, como si este niño, muy poco desarrollado aún, no supiese que hacer con su investidura añorante.

En 1909 con la aparición de la angustia ambas, añoranza (reprimida) y angustia, se vuelven disimétricas, igual que placer y satisfacción. En 1926 la investidura añorante se transforma, allí donde el niño no sabe que hacer con ella, en angustia. Pero sólo ubicándose más allá de esa pérdida de objeto se recupera aquella irreversibilidad. Entonces, el exceso de investidura recortará, como en 1916, el efecto de un peligro que no es recibido con disposición a la angustia.

Todavía, la angustia parece manifestarse como una reacción —otra vez— frente a la *ausencia* del objeto anhelado, imponiendo, a su vez, unas analogías. También la angustia de castración está referida a una separación, respecto de un objeto estimado en grado sumo. Y la «angustia primordial» del nacimiento, la más originaria, a la separación —como vimos— de la madre.

En este capítulo acentúa la separación pero la *ausencia*, más allá de las otras pérdidas que hay que revisar, reintroduce la nostalgia.

Desde el texto referido al historial del pequeño *Hans* no hay retorno posible. La angustia ha resistido la prueba por el *objeto*: no se trata ni de la añoranza ni de la nostalgia. Tampoco de *ausencia*. A veces, el *exceso* de presencia angustia.

Volvamos al terror introducido en la conferencia de 1916. ¿Por qué el terror conserva en 1920 su valor? Pues sigue teniendo por condición la falta de la señal de angustia.

Pero dicho terror se redefine. En 1920, con el más allá, en el instante de horror “es quebrada la protección contra los estímulos exteriores y en el aparato anímico ingresan volúmenes hipertróficos de excitación” (5). Se abre una segunda posibilidad para Freud: que la angustia no se limite a ser una señal-afecto, sino que sea también producida como *algo nuevo* a partir de las condiciones económicas de la situación.

Entonces —lo anticipamos—, la angustia cuando no puede limitarse a ser una señal *carece de objeto* que la dosifique.

Retornan como en *Más allá* “las excitaciones externas —traumáticas— que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo”. Como falta dicha protección para las excitaciones de adentro —las pulsiones— “tales transferencias de estímulo dan ocasión a perturbaciones económicas equiparables a las neurosis traumáticas”, pues obedecen a la compulsión de repetición. De allí que en el analizante “su compulsión a repetir en la transferencia los episodios del período infantil de su vida se sitúa, en *todos* los sentidos, más allá del principio de placer” (6).

La tarea del aparato psíquico es ligar la excitación de las pulsiones que entran en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón infiltra, invade, dicho

proceso primario que falla como defensa frente a la irrupción perturbadora y displacentera de esos incalculables volúmenes de excitación o de goce

La referencia para este giro, anticipada en “la indagación de 1920 sobre la reacción anímica frente al peligro exterior” (7), hay que ubicarla en los capítulos II y VII de *Inhibición*. Se trata de la castración estructural: “un auténtico peligro también exterior”. Factores *cuantitativos* como la fuerza hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo instauran, como momento mítico, la coyuntura inminente —esos inaugurales y muy acentuados estampidos de angustia en que el desvalimiento alcanza al Otro— de la represión primordial.

Se zanja la dificultad que surge con la angustia de la fobia de 1909 y con la angustia de las primeras fobias de los niños de la conferencia de 1916. Las articulaciones que propone el texto nos llevan “*más allá de esa insistencia —la propia insistencia de Freud— en la pérdida de objeto*”.

Hace falta ubicarse más allá de la pérdida de objeto. Se pasa de la ausencia—añoranza del objeto al exceso o aumento de las magnitudes de estímulo.

Hay un primer giro. Como en el *Proyecto* la vía de entrada es la alimentación: cuando el niño añora el objeto sabe, por experiencia, que dicho objeto “satisface” sus necesidades sin dilación. El nuevo peligro, del cual el niño quiere resguardarse, se sostiene en la insatisfacción oral: el aumento de la tensión de necesidad frente al cual es impotente.

Hay un segundo giro. De la tensión de *necesidad* de la insatisfacción se pasa al *displacer* de la insatisfacción, ya que desde el soñar y su realización de deseo, la mítica primera satisfacción está perdida.

Un nuevo orden se perfila. Cuando las magnitudes de estímulo alcanzan, más allá del principio regulador, un nivel displacentero cercano al dolor, sin que se las domine por empleo psíquico y descarga, se establece para el lactante la *analogía* con la vivencia del nacimiento; es decir, la *repetición* de la situación de peligro. “Lo común a ambas es la *perturbación económica* por el incremento —o el exceso— de las magnitudes de estímulo en espera de tramitación” (8).

Dicha perturbación constituye el *núcleo* genuino del “peligro” y hace posible retomar una de las preguntas abiertas. No se trata —como indicamos— de poner el acento en ¿qué es un peligro? sino ¿cuál es el peligro?, y aún ¿cuál es el estatuto de dicho peligro?

En 1909 la aparición como *perturbación* de la *angustia* interroga el estatuto de la satisfacción y del objeto, y anticipa el más allá del principio de placer.

En 1926 cuenta con ese punto de exterioridad —el más allá— y con la puesta en cuestión de la satisfacción y del objeto. Ahora se añade, ya esbozado por el horror, la puesta en cuestión del estatuto de dicho peligro exterior.

Freud parece no perder el referente inicial. En ambos casos —en el lactante y en el nacimiento— la reacción de angustia es aún acorde al fin, y el niño no necesita guardar de su nacimiento nada más que esa caracterización del peligro.

No obstante, como fenómeno automático y como señal de socorro la angustia aparece como producto de la *indefensión* psíquica del lactante. Entonces, a la llamativa coincidencia de que la angustia del nacimiento como la angustia del lactante reconozca por condición la separación de la madre “no le hace falta interpretación psicológica alguna”: se trata de ese momento de indefensión que, como surge en el inicio del capítulo VIII, “psicológicamente *no nos dice nada*” (9).

Y como la perturbación económica también reconoce por condición la separación de la madre, dicha perturbación tampoco puede ser interpretada psicológicamente, es decir, *no dice*. Esta ausencia de significación que la caracteriza, la coloca por fuera de la función de la palabra y al mismo tiempo la instala como uno de los nombres freudianos del goce.

Retorna como en 1920 el goce pulsional que no puede ser ligado por el proceso primario. Se conmueve aquel referente inicial del capítulo VIII: la angustia acorde o desacorde con el fin. En analogía con el nacimiento, no se trata de identidad, la angustia traumática como tal “carece aún de cualquier representante psíquico”.

Con la experiencia de que un objeto exterior puede poner término a la situación peligrosa que recuerda al nacimiento, el peligro se desplaza de la situación económica a su condición, la pérdida del objeto. La ausencia deviene ahora el peligro; se da la señal de angustia tan pronto como se produce, aun antes que sobrevenga la situación económica temida. Esta mudanza significa un progreso y simultáneamente encierra el pasaje de la producción involuntaria y automática de la angustia como algo nuevo a su reproducción deliberada como señal de peligro.

Pero mientras la ausencia indica ese momento en que la angustia comienza a carecer de objeto que la regule, la situación económica temida que puede sobrevenir nos recuerda que no es sin objeto.

Con la segunda versión Freud sostiene que la libido alcanzada por la represión se descarga como angustia que se genera de manera automática, en todos los casos, mediante un proceso económico. “La investidura quitada (*abziehen*) a raíz de la represión se aplica como descarga de angustia”.

Con esta última reformulación la angustia se anticipa a la represión. “Ahora — con el retorno de la situación de peligro primera y originaria— ha perdido interés ... la transposición directa de la libido en angustia, antes sustentada”.

La concepción que sostiene, “como una señal del yo hecha con el propósito de influir sobre la instancia placer-displacer”, lo dispensa de esa *compulsión* económica. El yo aplica, para *despertar* el afecto, justamente la energía liberada por la sustracción o débito producido a raíz de la represión. “Pero ha perdido importancia saber con qué porción de energía esto ocurre”.

Al revisar la tesis de que “el yo es el genuino *lugar de la angustia (Angstst lle)*” (10) deben entrar en la cuenta la compulsión de repetición, los sueos de la neurosis traumática, las fobias y el despertar.

De nuevo distingue entre dos situaciones pues, “ahora, la angustia produce la represión y no —como opinaba antes— la represión a la angustia” (11). Que en el *ello* suceda algo que active una de las situaciones de peligro para el yo y lo lleve a dar la *seal de angustia* intentando inhibirlo o que en dicho ello se produzca la situación análoga al trauma de nacimiento, en que la reacci3n o irrupci3n de *angustia* sobreviene de manera *automática*.

Mientras que la *irrupci3n* de angustia corresponde a la situaci3n de peligro primera y originaria, la *seal* obedece a una de las condiciones de angustia que derivan después de aquélla.

Nuevamente, el primer caso se realiza en las neurosis actuales, en tanto que el segundo sigue siendo característico de las psiconeurosis. Pero surgen modificaciones.

En las neurosis actuales se genera directamente angustia a partir de libido, vale decir, se establece aquel estado de indefensi3n frente a una tensi3n hipertr3fica displacentera como en el nacimiento que desemboca en un desarrollo de angustia. Sobre el terreno de estas neurosis actuales, a su vez, se desarrollan con particular facilidad psiconeurosis; así: “el yo intenta ahorrarse la angustia, que ha aprendido a mantener en suspenso por un lapso, y a ligarla mediante una formaci3n de síntoma” (12). Y en tercer lugar, el análisis de las neurosis traumáticas de guerra arroja el resultado de que cierto número de ellas participa de los caracteres de las neurosis actuales. Entonces, las antiguas neurosis actuales, sin ocupar s3lo esa franja, se reinscriben como neurosis traumáticas.

Cuando la libido ya no le pertenece “se genera directamente angustia”, y esa libido *como algo exterior* se contrapone al sujeto.(13) En ese punto la neurosis actual vale como neurosis traumática. Es quebrada la protecci3n contra los estímulos exteriores y la angustia es neoproducida. (14)

Hemos obtenido una nueva concepci3n de la angustia: “la exigencia pulsional no es un peligro en sí misma; lo es s3lo porque conlleva un auténtico peligro exterior, el de la castraci3n” (15). Por tanto en el fondo s3lo se ha sustituido un peligro exterior por otro también exterior: la castraci3n por la perturbaci3n econ3mica.

Pero hemos desplazado el acento del doble peligro exterior castraci3n-objeto fobígeno del capítulo VII de *Inhibici3n*, proponiendo la conexi3n *castraci3n-perturbaci3n econ3mica*. Así es posible ubicar esa cantidad que embaraza al sujeto en el momento en que la angustia se produce como algo nuevo.

 Cu l es entonces el peligro? Como ocurre en 1909 con el objeto y con la satisfacci3n, cambia el estatuto del peligro.

Retorna el *terror*, ya anticipado. A diferencia del miedo y de la angustia seal, es ese momento de sorpresa en que el sujeto no est  preparado. Hay lugar para una nueva

estética, distinta de la estética kantiana: se trata de la temporalidad del instante y de la inminencia de las investiduras de objeto del ello.

Ese “decurso pulsional se consuma bajo el influjo de la compulsión de repetición”. Por lo tanto, el factor *fijador* a las investiduras de objeto es la compulsión de repetición del ello. Para el desenlace de esta lucha acaso sean decisivas unas relaciones cuantitativas. En muchos casos se decide de una manera compulsiva: la atracción es tan grande que la moción nueva no puede más que obedecer a la compulsión de repetición.

“Las consideraciones hechas nos enseñan que son relaciones cuantitativas, no pesquisables de manera directa, sino aprehensibles sólo por la vía de la inferencia retrospectiva, las que deciden si se retendrán las antiguas situaciones de peligro, si se conservarán las represiones del yo, si las neurosis de la infancia tendrán o no continuación”.

Entre los factores que participan en la causación de las neurosis, el psicológico “se encuentra en una imperfección de nuestro aparato anímico, estrechamente relacionada con su diferenciación en un yo y un ello, vale decir que en último análisis se remonta también al influjo del mundo exterior” (16). Si el miramiento por los peligros de la realidad fuerza al yo a ponerse a la defensiva ante ciertas mociones pulsionales del ello, a tratarlas como peligros, en cambio, no puede protegerse de peligros pulsionales internos de manera tan eficaz como de una porción de la realidad que le es ajena.

Una imperfección en la constitución del aparato íntimamente relacionada con la diferencia yo-ello. ¿Cómo ubicar pues esa perturbación económica *núcleo* del peligro y ya no de la castración *en* la madre?

De la angustia traumática volvemos al trauma del nacimiento, retomando la otra pregunta que abrimos. La angustia traumática no corresponde al trauma del nacimiento salvo en un cierto instante. ¿Cuál? El lapso inaugural en que dicho trauma primordial también vale como perturbación económica.

En 1932 el peligro del desvalimiento psíquico: esos previos y vigorosos estallidos de angustia que afectan, en el momento de desamparo, al Otro.

Indagando los vínculos entre angustia y represión, hemos averiguado dos cosas nuevas: la primera, que la angustia produce la represión. La segunda, “que una situación pulsional temida se remonta, en el fondo, a una situación de peligro exterior”.

¿Cómo representar ahora el proceso de una represión bajo el influjo de la angustia? Cuando el yo nota que la satisfacción de una exigencia pulsional emergente convocaría una de las bien recordadas situaciones de peligro, anticipándose, le permite reproducir las sensaciones de displacer que corresponden al inicio de dicha situación temida. “Así se pone en juego el automatismo del principio de placer-displacer, que ahora lleva a cabo la represión de la moción pulsional peligrosa” (17).

Sin embargo, el principio regulador no soluciona el problema de la angustia. La angustia neurótica, cuando la pulsión se vuelve un peligro exterior y, en tanto tal, ajeno, se muda en angustia realista, en angustia ante determinadas situaciones externas de

peligro. Pero esto no alcanza para redefinir el valor del nuevo peligro. ¿Qué es en verdad lo peligroso, lo temido en una de tales situaciones de peligro?

Evidentemente, no es el daño objetivo, pues no tiene por qué alcanzar significado alguno en lo psicológico, sino lo que él ocasione en la vida anímica. El nacimiento, el arquetipo freudiano del estado de angustia, difícilmente pueda ser considerado en sí como un daño, aunque tal vez conlleve tal peligro. Lo fundamental en ese momento inaugural, como en cualquier otra situación de peligro, es que provoque un estado de excitación de elevada tensión que sea sentido como displacer y del cual el sujeto no pueda apoderarse por vía de descarga.

Llamemos, con Freud, momento *traumático* (*traumatischen Moment*) a una situación de peligro en que fracasan los empeños del principio de placer. Entonces, a través de la serie angustia neurótica-angustia realista-situación de peligro, lo temido, el asunto de la angustia, es en cada instante particular de terror: “la emergencia de un momento traumático que no pueda ser tramitado según la norma del principio de placer”.

El hecho de contar con el principio de placer no nos pone a salvo de daños objetivos. Sólo de un daño determinado a nuestra economía psíquica. “Del principio de placer a la pulsión de autoconservación hay un gran trecho, falta mucho para que ambos propósitos se superpongan desde el punto de partida”.

Pero vemos que aquí se trata, como en 1920, dondequiera, del problema de las cantidades relativas. “Sólo la magnitud de la suma de excitación hace de una impresión un momento traumático, paraliza la operación del principio de placer, confiere su significatividad a la situación de peligro”.

Y si así son las cosas: ¿por qué no podría ser posible —se pregunta en 1932—, cuando sobrevienen momentos traumáticos sin referencia a las supuestas situaciones de peligro, que la angustia no se provocara como señal, sino que naciera como *algo nuevo* con un fundamento propio? (18)

En la “32ª conferencia” el peligro del desvalimiento psíquico es una referencia nueva que se diferencia de las otras situaciones de peligro: las iniciales explosiones de angustia que introducen ese momento inaugural de desamparo del Otro, de escisión del sujeto y de exclusión de esa intensidad hipertrófica de excitación o de goce.

Desde allí, como reproducción —en su diferencia— de ese inicial momento, “la experiencia clínica nos dice de manera tajante que efectivamente es así” (19). En el relámpago en que ocurre para un sujeto un fenómeno de *unheimlich* o en el instante de un despertar, cuando se producen “perturbaciones menores de la operación onírica” (20), irrumpe como momento traumático, en ese mismo punto de pérdida inaugural de goce que introdujo, como situación fundante, la castración *en* la madre, esa libido-resto. Disponemos con los analizantes de los relatos de esas puntuaciones fallidas y de sus incidencias transferenciales.

Sólo las represiones más tardías muestran el mecanismo regulador descrito: “la angustia es despertada como señal de una situación anterior de peligro”.

Nuevamente como en 1926, las primeras y originarias situaciones de angustia “nacieron directamente a raíz del encuentro del sujeto con una exigencia *libidinal* hipertrófica proveniente de momentos traumáticos (*traumatischen Moments*)”. Y esos momentos inaugurales “constituyen (*bilden*) su angustia como algo nuevo, según el arquetipo del nacimiento”, pero en tanto imperfección del aparato psíquico y situación de indefensión. (21)

No se trata de la libido de objeto, ni de la libido narcisista. Esa exigencia de la libido-resto reafirma la importancia de la inicial experiencia sexual que, por tal causa, se denomina traumática e inaugura lo que no puede ser ligado: el goce pulsional, en su retorno, como momento traumático.

Dicha experiencia sexual confronta al sujeto, por primera vez, con la indefensión, vale decir, en su diferencia, con el trauma del nacimiento como primer estampido de angustia que divide al Otro. Desde el inicio, pues, no cuenta con “ese otro prehistórico e inolvidable” (22) que pueda ser garante de ese goce parcial e intransferible.

Ya no hace falta afirmar que es la libido misma la que se muda en angustia. No existe objeción alguna para sostener “un *uso (Herkunft)* doble de la angustia: en un caso como consecuencia directa del momento traumático, y en el otro como señal de que amenaza la repetición de un momento así” (23). En 1932, pues, retorna modificado, y ya no como “origen”, el enigma acerca de la angustia, presente en los inicios de la indagación que Freud realiza sobre la neurosis.

Notas y referencias bibliográficas

1. S.Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, A.E., XX, cap. VIII, 125-8.
2. Ver *infra*: “4. El peligro externo: angustia, miedo, terror”, págs. 45-6.
3. Idem, pág. 54-5.
4. S.Freud, *ob.cit.*, cap. VIII, 129.
5. Idem, cap. VII, 123.
6. S.Freud, *Más allá del principio de placer*, A.E., XVIII, caps. IV y V, 29, 34, 36.
7. Idem, 11.
8. S.Freud, *Inhibición*, *ob.cit.*, cap. VIII, 129-30.
9. Idem, 130-1.
10. Idem, 132-3.
11. Idem, cap. IV, 104.

12. Idem, cap. VIII, 133.
13. Ver *infra*: “4. *El peligro externo: angustia, miedo, terror*”, págs. 51-2.
14. Ver *infra*: “2. *La neurosis de angustia: las fobias ocasionales*”, págs. 24-5.
15. S.Freud, ob.cit., cap. VII, 120.
16. Idem, cap. X, 144-6.
17. S.Freud, 32ª conferencia. *Angustia y vida pulsional*, A.E., XXII, 82-3.
18. Idem, 86-7.
19. Idem, 87.
20. S.Freud, 29ª conferencia. *Revisión de la doctrina de los sueños*, A.E., XXII, 28.
21. S.Freud, 32ª conferencia, ob.cit., 87.
22. S.Freud, Fragmentos de la correspondencia con Fliess: *Carta 52*, A.E., I., 280.
23. S.Freud, 32ª conferencia, ob.cit., 87-8.

7. INDEFENSION Y PELIGRO: TRAUMA Y SEÑAL

En 1897 Freud comenta en una carta a Fliess que ha resuelto considerar “como factores separados lo que produce la libido y lo que produce la angustia” (1). Pero esta temprana anticipación deberá esperar. La angustia por trasmudación (*Umwandlung*) de libido se apodera de la escena hasta 1926.

Hasta allí, considera a la angustia como una reacción general del yo bajo las condiciones del displacer, pretende dar razón de su emergencia, en cada caso, en términos económicos y supone, afirmado en la indagación de las neurosis actuales, que una libido desautorizada por el yo o no aplicada halla una descarga directa en la forma de angustia.

Estas diversas determinaciones, tal como venimos señalando, no se siguen necesariamente una de la otra. El vínculo particularmente estrecho entre angustia y libido no armoniza con el carácter general de la angustia como reacción de displacer.

La conferencia de 1916 prepara el cambio: ¿cómo es que la angustia, que significa una huida del yo frente a su libido, es, sin embargo, engendrada por esa libido misma? ¿Cómo contraponer la libido que en el fondo le pertenece al sujeto, “*como algo exterior al mismo*”? (2).

La revisión que inicia en *Inhibición* se acentúa en la “*Addenda*”. La crítica sobre la segunda versión parte de la nueva tendencia que hace del yo la única sede de la angustia, consecuencia de la articulación del aparato anímico realizada en *El yo y el ello*.

Hasta 1916 “era natural considerar a la libido de la moción pulsional reprimida como la fuente de la angustia” (3); de acuerdo con la nueva coyuntura, en cambio, el yo se muestra como el responsable de esa angustia. Entonces, con la segunda tónica, dos posibilidades: angustia yoica o angustia pulsional (del ello).

El yo trabaja con energía desexualizada. Se afloja pues el nexo íntimo entre angustia y libido. Al mismo tiempo se abre un nuevo vínculo *angustia-pulsión* allí donde está en juego el ello. ¿Es posible reformular, cuando la angustia se anticipa a la represión, la conversión *libido-angustia*?

El afecto de angustia como consecuencia del proceso del nacimiento y como repetición de dicha situación, lo obliga a reexaminar el problema. A diferencia de la tesis que sostiene Rank —el nacimiento como trauma, el estado de angustia como reacción de descarga frente a él, y cada nuevo afecto de angustia como un ensayo de «abreaccionar» el trauma de manera cada vez más acabada—, Freud se desplaza de la reacción de angustia a la *situación de peligro* que esta tras ella.

A partir de la prevalencia dada a la situación de peligro, el nacimiento pasa a ser el arquetipo de todas las situaciones posteriores de peligro. Pero su significado sólo se limita a ese carácter de referencia al peligro. La angustia del nacimiento, tal como lo indicamos, o se *reproduce* en situaciones análogas a las originarias como “una forma de reacción inadecuada al fin” (4) o el yo adquiere poder sobre este afecto y él mismo lo

reproduce, se sirve de él como alerta frente al peligro y como medio para convocar, hasta donde puede, la intervención del mecanismo de placer-displacer.

Así, se atribuyen dos modalidades a la procedencia de la angustia en la vida posterior: una involuntaria, automática, *económicamente* justificada en cada caso, cuando se produce una situación de peligro *análoga* a la del nacimiento; la otra generada por el yo cuando una situación así sólo *amenaza*, y a fin de movilizar su evitación. En este segundo caso, el yo se somete a la angustia, a fin de sustraerse, mediante un estallido moderado, de un ataque no moderado. Anticipando la situación de peligro limita ese vivenciar penoso a una indicación o una señal.

En segundo lugar, en este apartado al interrogar la transmutación retoma el problema de la *relación* entre angustia neurótica y angustia realista que introdujo hace un tiempo.

¿Qué ocurre con la mudanza directa de la libido en angustia, antes sustentada? Ahora ha perdido interés. Y si se la toma en cuenta hay que diferenciar varios casos. “No entra en cuenta respecto de la angustia que el yo provoca como señal; tampoco, por consiguiente, en todas las situaciones de peligro que mueven al yo a introducir una represión” (5). Por caso la histeria de conversión: una aplicación diversa de su transposición (*Umsetzung*) en angustia y su descarga como tal.

En cambio, en un posterior examen (6) de la situación de peligro, tropezará con aquel caso del desarrollo o invasión de angustia sobre el cual —como ocurre en los capítulos VII y VIII— le será preciso formular un juicio diferente que incluirá la imperfección del aparato anímico, el desvalimiento psíquico y la satisfacción de la pulsión de destrucción.

En el *Complemento sobre la angustia* señala que además de su relación con el *peligro*, la angustia tiene un vínculo con la *neurosis*. ¿Por qué no todas las reacciones de angustia son neuróticas, por qué aceptamos a tantas de ellas como normales?

Se le hace necesaria una apreciación a fondo, como en 1916, de la diferencia entre angustia realista y angustia neurótica.

El “progreso” para Freud consiste en remontarse desde la reacción de angustia hasta la situación de peligro. En el *Complemento*, emprende ese mismo movimiento, pero lo refiere, en principio para establecer su diferencia y después su articulación, a la angustia realista como en el 16. Primero, cuando las diferencia, la angustia realista es el referente de la neurótica y, sobre todo, del objeto que interviene en ese momento. Después, como veremos, hay un giro de ciento ochenta grados.

“Peligro realista —su punto de partida y su medida— es uno del que tomamos noticia, y angustia realista es la que sentimos frente a un peligro notorio de esa clase” (7). En cambio, la angustia neurótica surge ante un peligro del que *no tenemos noticia*.

En la “25ª conferencia” señala que la angustia realista es racional y adecuada, y que es una manifestación de la pulsión de autoconservación. Pero, a poco de andar, las cosas se le complican pues “el *desarrollo o invasión de angustia* nunca es adecuado”

(8). Como ocurre entonces le es preciso volver al peligro neurótico para cotejarlo con el peligro real.

Así, “tan pronto borramos la diferencia entre angustia realista y angustia neurótica” (9), al hacer *cc* ese peligro desconocido para el yo, podemos tratar a ésta como a aquélla.

En el peligro realista se producen dos reacciones: la afectiva, el estallido de angustia, y la acción protectora. ¿Ocurrirá, lo mismo con el peligro pulsional? Freud reitera, como ha ocurrido hasta aquí, el caso de una cooperación adecuada a fines de ambas reacciones, en que una da la señal para la entrada de la otra, pero también el caso “inadecuado al fin”, el de la parálisis por angustia, en que una se extiende a expensas de la otra .

Hay casos que presentan contaminados los caracteres de ambas. “El peligro es notorio y real, pero la angustia ante él es desmedida, mas grande de lo que tendría derecho a ser”. En este «plus» se revela el elemento neurótico.

Sin embargo, como esta situación la confronta con la angustia realista no le aporta nada nuevo: “al peligro realista notorio se anuda un peligro pulsional no discernido” (10). Y como ese peligro realista es el referente del *objeto* que interviene en la emergencia de la angustia neurótica, dicho objeto desconocido, vale decir, *Icc*, podría ser traducido sólo vía retorno de lo reprimido.

No parece suficiente entonces la reconducción de la angustia al peligro exterior. Al interrogar el núcleo, la significatividad de la situación de peligro se opera *un nuevo cambio*. Adquiere *status* definitivo la indefensión (*Hilflosigkeit*).

En la comparación de nuestras fuerzas y la magnitud del peligro hay lugar para el desvalimiento material en el caso del peligro realista, y psíquico en el del peligro pulsional. Se restringe pues que la angustia originaria es adecuada al fin y que su reproducción es inadecuada. Ahora, con la caída de dicho referente, se trata de la indefensión como *fenómeno*. Muy pronto se incorporará el desvalimiento, en su diferencia, como *lugar*.

Que la estimación de nuestro juicio, guiado por experiencias efectivamente hechas, sea *errónea* es indiferente para el resultado. En el error se afirma “la crisis de la razón científica” (11). Se introduce pues *un segundo giro* que afecta (como lo aseguramos con la irreversibilidad de la angustia, una vez liberada, nuevamente en libido) el estatuto mismo del objeto. Como en el pequeño *Hans*, hay lugar para una libido de objeto y también, con la novedad de la participación de la pulsión masoquista, para una libido-resto. Se tratará, por lo tanto, de otro retorno.

Para ubicar el fenómeno de la angustia se nos hizo necesario pasar del origen a su relación con el peligro exterior. Pero ahora hay buenas razones para diferenciar — segunda modificación— la situación traumática, de la *situación de peligro*. Llama *traumática* a una situación de desvalimiento vivenciada.

Es posible vía principio regulador no esperar (*abwarten*) a que sobrevenga una de esas situaciones traumáticas de desvalimiento, sino, *hasta cierto punto*, preverla,

estar esperándola (*erwarten*). Entonces, sin desprenderse, sin perder el *núcleo genuino*, llama situación de peligro a aquella que activa la condición de esa expectativa, de esa espera con angustia. Ahora en la situación de peligro se da la señal de angustia: cuando tengo la expectativa de que se produzca una situación de desvalimiento, o la situación presente me recuerda a una de las vivencias traumáticas que antes experimenté. “Anticipo ese trauma, quiero comportarme como si ya estuviera ahí, mientras es todavía tiempo de extrañarse de él”.

¿Qué es la angustia? Parece, a pesar de la introducción de la situación traumática del desamparo, que es poco lo que ha cambiado: “la angustia —como espera, como señal— es, por una parte, expectativa del trauma, y por la otra, una repetición disminuida de él” (12).

Para Freud la angustia tiene un inequívoco vínculo con la expectativa: es angustia ante algo (*sie ist Angst vor etwas*). Por otra, lleva adherido un carácter de indeterminación y ausencia de objeto (*Objektlosigkeit*). Hasta el uso lingüístico le cambia el nombre cuando ha hallado un *objeto*: lo reemplaza por el de miedo (*Furcht*).

Estos dos caracteres tienen, a su vez, diverso origen. El vínculo con la *expectativa* o con la espera interesa a la situación de peligro. La *indeterminación* y *ausencia de objeto* corresponde, anticipada en la situación de peligro, a la *situación traumática del desamparo*.

De acuerdo con el desarrollo de la serie *angustia-peligro-desvalimiento (trauma)*: la situación de peligro es la situación de desamparo reconocida (*erkannte*), recordada (*erinnerte*), esperada (*erwartete*).

¿Pero qué es la angustia si consideramos el núcleo genuino del peligro? La angustia —del nacimiento— es la reacción originaria frente a la indefensión en el trauma.

Como retorno de ese momento inaugural se trata de la angustia automática: ese soplo de desvalimiento traumático que como fenómeno alcanza al sujeto.

El *núcleo* del peligro se diferencia de la situación de peligro. Sorprende a un sujeto que no está preparado pues se ubica del lado de allá de la pérdida de objeto. Es ese momento de perturbación económica donde “un goce peligroso que sobrepasa la excitación mínima —la del principio— es vuelto a traer” (13). Vuelve el horror anticipado en 1916 y definido en 1920.

En dicha perturbación interviene la *presencia* de un objeto cuyo estatuto —lo señalamos— es muy difícil de articular para Freud.

Partiendo de la diferencia entre la angustia y el miedo, al menos como primer paso, para Lacan es posible *invertir* la posición, hoy por todo el mundo aceptada, en que se detiene esta elaboración —la última— de la distinción freudiana.

El movimiento no transcurre en el sentido de la transición de una (angustia) al otro (miedo). Sólo un error podría atribuirle a Freud la idea de tal reducción, error fundado, justamente, en el amago de esa inversión de posición. “Y a pesar de que en

determinado recodo —insiste— entre las frases reaparece el término *objectlos*, la angustia es *Angst vor Etwas*, lo cual no equivale, por cierto, a reducirla a ser otra forma del miedo. Freud subraya —agrega— la distinción esencial en la procedencia de lo que provoca a una y a otro” (14).

Hace falta por tanto revisar esos dos caracteres que le atribuye a la angustia en el *Complemento* y producir un desplazamiento en su diverso origen.

El vínculo con la *expectativa* (y con la situación de peligro) indica que la angustia puede *hallar* un objeto. Y con dicha expectativa el uso lingüístico le cambia el nombre: cuando ha hallado un *objeto*, habla de miedo. Se desplaza su procedencia: no es angustia, es miedo *ante algo*.

Su indeterminación ¿qué angustia?, y su *ausencia* de objeto (protector) nos muestra, como venimos señalando, que la “otra” angustia, la automática, carece de *objeto* que la regule.

Irrumpe pues la situación traumática de la indefensión. En ese breve momento es angustia ante algo (*vor etwas*), vale decir, la angustia no es sin *objeto*.

Pero ¿cuál es dicho *objeto*, indeterminado, y ausente como objeto especular añorado?

El *etwas* en ese efímero lapso ha cambiado de estatuto: no es ausencia, es presencia.

Venimos anunciado, con sus diferencias, el modo en que las diversas situaciones de peligro se desarrollan unas tras otras en este proceso, y, no obstante, permanecen conectadas entre sí. En el tiempo de la inmadurez la amenaza se instala *más allá* de la carencia de objeto. No obstante, para Freud todas significan una *separación* (de la madre), aunque el valor de esa pérdida cambia.

En el peligro de la *indefensión psíquica* se recorta, en analogía con el nacimiento, la subversión económica que se sitúa más lejos, del lado de allá de la pérdida de objeto. La separación, a su vez, tiene que ser ubicada en el momento inaugural en que opera la *función* de la angustia. Freud ubica este peligro en el “periodo de la inmadurez del yo”. No obstante, indica que “la condición de adulto no ofrece una protección suficiente contra el retorno de la situación de angustia traumática y originaria” (15). La experiencia clínica nos dice de manera firme que en determinadas circunstancias “la angustia no se provoca como señal, sino que nace como *algo nuevo* con un fundamento propio” (16).

En el peligro de la *perdida de objeto* (“falta de autonomía de los primeros años de la niñez”) al tiempo que se produce, cuando irrumpe angustia, la carencia de un objeto que la dosifique, dicha angustia no es sin *objeto*. Se acentúa, en su diferencia, la separación o pérdida del objeto que lanza la señal, de la *presencia* de un objeto cuyo estatuto es tan problemático de articular para Freud. En ese momento la *comparación* de la defensa con la huida se invalida: “el yo y la pulsión del ello son parte de la misma organización” (17).

En el peligro de *castración* (fase fálica) la angustia de castración es una angustia de separación. El sujeto se confronta con su propia castración, vale decir, con el complejo de castración. La angustia del nacimiento, a su vez, también vale como separación. Es esa angustia anterior a la represión: la castración *en* la madre. Ese momento estructural de indefensión donde la castración como desamparo alcanza al Otro. Retroactivamente pues vuelve como pérdida. La inscripción particular de la castración: “*una nueva separación de la madre*” (18).

En la angustia frente al *superyo* (“periodo de latencia”), lo que se *pierde-separa* en el momento de constitución del sujeto —lo cuantitativo hipertrófico: la mítica primera satisfacción—, ese resto, testimonio de lo excluido, irrumpe, en ciertas circunstancias, como una presencia *separada* del sujeto. Aquella sensación de “*toc toc*” como llamado no audible, como inquietante ruido exterior que renueva en la analizante de Freud la ruptura de la protección antiestímulo. El análisis de su sueño permite construir que la acción de *espiar con las orejas* el coito de los progenitores a edad muy temprana puede dar lugar a la primera excitación sexual —la primera experiencia sexual traumática— y, en su retorno, a ese breve sueño de despertar.

En el momento en que la soñante escucha “*toc toc*” se despierta. Nadie había llamado a su puerta, pero la noche anterior, en ese abrir y cerrar de ojos en que la invaden sensaciones *penosas* de excitación sexual, también despierta. ¿*Qué despierta?* Una sensación de latido en el clítoris, *a posteriori*, en el breve sueño “se proyecta hacia afuera, como percepción de un objeto exterior” (19).

La angustia de otra analizante de Freud se dirige en particular a la posibilidad de ser turbada en su dormir por el tic tac del reloj. “El tic tac ha de equipararse con el latir del clítoris en la excitación sexual” (20). En efecto, repetidas veces la despierta esa sensación penosa para ella. Y esa angustia de erección se exterioriza, como parte del ceremonial, en el mandato de alejar de su cercanía durante la noche todo reloj en funcionamiento. Pero el imperativo del silencio que reclama para dormir no puede impedir que, de repente, retorne la ruptura de la protección que repite, como inquietante *tic tac*, aquel otro momento del espiar.

De nuevo, el *etwas* en ese efímero lapso ha cambiado de estatuto: no es ausencia, es una presencia que se separa del objeto añorado. Se trata, a partir de 1963, “de la constitución del objeto *a*: aquel resto, residuo, objeto cuyo estatuto escapa al estatuto del objeto derivado de la imagen especular y a las leyes de la estética trascendental”. Así, la elaboración conceptual del objeto en la traducción de la experiencia clínica ilumina por donde ha pasado el conflicto de “la razón científica”.

Retorna la libido-resto: ese objeto *a* del que tendremos que ubicar sus características constitutivas. Ese objeto no fue definido conceptualmente. Por él entraron en la teoría analítica todas las confusiones. Y “de él se trata toda vez que Freud habla del objeto —su inminencia— cuando esta en juego la angustia” (21).

El primer desplazamiento que produce *va* de la reacción de angustia hasta su expectativa, la situación de peligro. El segundo hasta ese instante traumático.

“*Malcriar* al niño pequeño tiene la indeseada consecuencia de acrecentar el peligro de la pérdida de objeto”. ¿Cuál es pues la función de dicho objeto? “La

protección frente a todas las situaciones de desvalimiento” (22). Con la indefensión se abre el nexo de la angustia con el descubrimiento traumático.

Con la pérdida: la angustia *carece de objeto* que la dosifique. Con el giro que se produce, *no es sin objeto*: hay lugar para ese *etwas*. Pero su valor se ha modificado: no corresponde como en 1909 al objeto de una añoranza erótica reprimida sino al descubrimiento de la realidad sexual —participa la pulsión— en el propio cuerpo del sujeto.

Como “percepción de un objeto exterior”, en ambas pacientes, se trata de un objeto como perteneciente al exterior del cuerpo, como fuera de representación, como *algo* separado y extraño. De golpe el llamado, como inquietante *tic tac* o *toc toc*, introduce un punto de exterioridad en relación al campo del principio de placer.

El peligro realista amenaza desde un objeto externo, el neurótico desde una exigencia pulsional que escapa al espacio del objeto especular. Entonces, en 1926, como esta exigencia pulsional es algo real (*Real*) (ese llamado inasimilable que se hace oír en el sueño), “puede reconocerse también a la angustia neurótica”, en ese instante fugaz, en esa temporalidad del instante, “un fundamento real” (23).

La noción de real que Freud introduce, opuesta a la función del significante, permite, en 1963, orientarnos: esa exigencia pulsional ante la cual la angustia opera como señal es “del orden de lo irreductible de ese real”. No sólo no es sin objeto sino que “designa el objeto más profundo, el objeto último, la *Cosa*”. Así, de todas las señales, la angustia es aquella que “no engaña”. Su certeza esta ligada a la inminencia del objeto: ese modo irreductible bajo el cual “ese real se presenta en la experiencia”.

Maupassant describe en *El Horla* una inquietante presencia *invisible* que lo atormenta. En el breve eclipse de espanto en que cree “verla”, su propia imagen desaparece del espejo de su habitación. Algo no visible no deja que la imagen del protagonista se refleje. (24)

El vínculo particularmente íntimo entre angustia y neurosis que Freud recorta en el *Complemento*, lo reconduce al hecho de que el yo se defiende, con auxilio de la reacción de angustia, del peligro pulsional del mismo modo que del peligro realista externo. “Pero esta orientación de la actividad defensiva *desemboca en la neurosis* como consecuencia de una *imperfección* del aparato anímico”.

Dicha falla o imperfección reintroduce el momento inaugural: los iniciales estallidos de angustia ocasión inmediata de la represión primaria. La marca de la represión divide al sujeto, deja un resto no medible, *testimonio* de esa división y de esa exclusión de la mítica primera satisfacción.

La defensa como “reino de la sustitución” (25) significante no alcanza ese resto pulsional. Con él reaparece, junto con la satisfacción sustitutiva, aquella imperfección que deja la operación de la *Urverdrängung*.

De allí la convicción freudiana: “la exigencia pulsional a menudo sólo se convierte en un peligro (interno) porque su *satisfacción* conlleva un peligro externo, vale decir, porque ese peligro interno representa (*repräsentieren*) uno externo”.

En el fondo sólo se ha sustituido un peligro exterior por otro también exterior: la castración por la perturbación económica. Una enorme conmoción en la economía de la libido: grandes sumas de excitación irrumpen e introducen *del lado de allá* el displacer de la satisfacción, o sea, el nombre freudiano del goce. Esa particular sensación que embaraza al sujeto cuando la angustia se produce como algo nuevo.

También el peligro exterior (realista) para Freud tiene que haber encontrado una *interiorización* si es que ha de volverse significativo para el sujeto. “Tiene, en efecto, que ser reconocido en su vínculo con una situación vivenciada de desvalimiento” (26). A menudo en una situación de peligro apreciada correctamente como tal se agrega a la angustia realista una porción de angustia pulsional.

El desamparo modifica el referente: el exterior se hace interior, la angustia se encuentra con la pulsión. Se invierte el movimiento de 1916 pues *Más allá* ha dejado un punto de exterioridad con relación al campo del principio de placer. La comparación deja de ser, como en el inicio del *Complemento*, con el peligro realista. El fenómeno de la indefensión subjetiva se ubica en el borde del aquel punto de exterioridad, lejos de la pérdida de objeto: irrumpe lo *unheimlich*. El pecado de Edipo. ¡Quiere saber! Y esto se paga con el horror: “lo que finalmente ve son sus propios ojos, *a*, echados por tierra” (27).

El *primer giro* lo introduce el desamparo inaugural: la angustia originaria en relación a la falla en que se constituye el sujeto.

El *segundo*: la situación traumática de orfandad vivenciada.

En la situación traumática, frente a la cual uno está desvalido, “coinciden peligro externo e interno, peligro realista y exigencia pulsional”. Un dolor que no cesa, un exceso en las magnitudes de estímulo que llevan al displacer de la satisfacción. La situación económica es, en ambos, la misma, se ubica allende la pérdida del objeto protector, y “el desvalimiento motor encuentra su expresión en el desvalimiento psíquico”.

Finalmente una nueva dimensión del peligro, que puede provocar una angustia que no es ni adecuada, ni inadecuada, ni surge sólo por pura indefensión. Los niños pequeños, ya que un reconocimiento instintivo de peligros que amenacen de afuera no parece innato en ellos, “hacen incesantemente cosas que aparejan riesgo de muerte, y por eso mismo no pueden prescindir del objeto protector” (28).

El *tercer giro* entonces: el encuentro entre imperfección, indefensión y satisfacción masoquista.

La exigencia pulsional ante cuya satisfacción el sujeto retrocede horrorizado es pues la masoquista, “la pulsión de destrucción —interior— vuelta hacia la persona propia —como exterior—” (29). Con esta coincidencia entre el defecto, el

desvalimiento y el goce no interesa ya que “la reacción de angustia resulte desmedida e inadecuada al fin”.

¿Cómo contraponer —se preguntaba en 1916— la libido que en el fondo le pertenece al sujeto, “*como algo exterior al mismo*”? ¿Se trata —ampliamos entonces la pregunta— de la modificación de la naturaleza del objeto? (30)

Con la novedad de la pulsión de muerte, del masoquismo primario y, reubicados, los dos primeros destinos de la pulsión, se ha modificado el estatuto del objeto, de la satisfacción y del peligro.

Las fobias a la altura le permiten, en una llamada a pie de página, recrear la vuelta de la pulsión de destrucción como exterior: ese breve momento donde atrapa el espanto de caer al vacío, desde una ventana, una torre o un abismo.

Notas y referencias bibliográficas

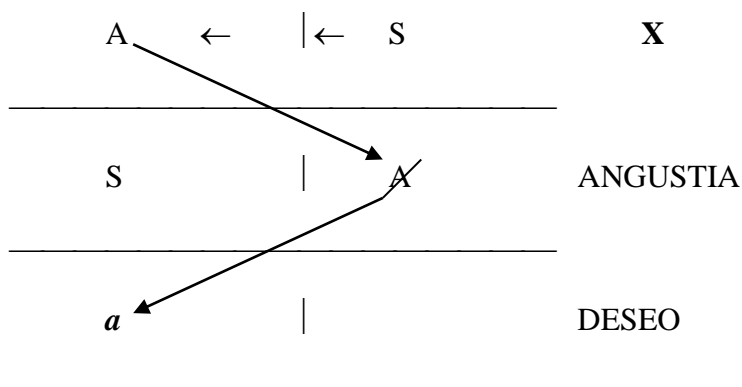
1. S.Freud, “Fragmentos de la correspondencia con Fliess”: *Carta 75*, A.E., I, 313.
2. Ver *infra*: “*El peligro externo ...*”, págs. 51-2.
3. S.Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, A.E., XX, cap. XI “*Addenda*”, 151.
4. Idem.
5. Idem, 152.
6. Idem, “*Complemento sobre la angustia*”, 154-7.
7. Idem, 154.
8. S. Freud, 25ª conferencia. *La angustia*, A.E., XVI, 358-9.
9. S.Freud, *Inhibición*, ob.cit., 155.
10. Idem.
11. J.Lacan, *El Seminario, libro X*, “La angustia”, lección del 9-I-63, inédito.
12. S.Freud, *Inhibición*, “*Complemento sobre la angustia*”, ob.cit., 155.
13. J.Lacan, *El Seminario, libro XIX*, “De un discurso que no fuese semblante”, lección del 13-I-71, inédito.
14. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 13-III-63.

15. S.Freud, *Inhibición*, ob.cit., cap. IX, 140.
16. S.Freud, 32ª conferencia. *Angustia y vida pulsional*, A.E., XXII, 87.
17. S.Freud, *Inhibición*, ob.cit., cap. IX, 138.
18. Idem, 131.
19. S.Freud, *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*, A.E., XIV, 270.
20. S. Freud, 17ª conferencia, *El sentido de los síntomas*, A.E., XVI, 243.
21. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 28-XI-62.
22. S.Freud, *Inhibición*, “*Complemento sobre la angustia*”, ob.cit., 156.
23. Idem, 156.
24. G. de Maupassant, *El Horla*, Argonauta, Bs. As., 1988, pág. 68.
25. S.Freud, *Obsesiones y fobias*, A.E., III, 81.
26. S.Freud, *Inhibición*, “*Complemento sobre la angustia*”, ob.cit., 157.
27. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 3-VII-63.
28. S.Freud, *Inhibición*, “*Complemento sobre la angustia*”, ob.cit., 157.
29. Idem, llamada 13.
30. Ver *infra*: “*El peligro externo*”, pág. 53-4.

8. LA FUNCION DE LA ANGUSTIA

En 1963, retorna con Lacan la libido-resto en relación al deseo y su causa. “El objeto *a*, a nivel de nuestro sujeto analítico, de la fuente de lo que subsiste como cuerpo que en parte nos hurta su propia voluntad, ese objeto *a* es la roca de que habla Freud, esa reserva última irreductible de la libido”. ¿Dónde conviene entonces ir a renovar esa convicción? “Al pequeño *a*, en el lugar en que está, en el nivel donde podría ser reconocido si esto fuera posible ... pues reconocerse como objeto del propio deseo es siempre masoquista” (1). Ahora, como vemos, la libido-resto no es sin el masoquismo.

En la relación $a \rightarrow \$$, resulta “esencial comprender que es de ese Otro que *a* toma su aislamiento, que en la relación del sujeto con el Otro, se constituye como resto”. De allí el esquema que usa Lacan, homólogo al aparato de la división. El sujeto *S* hipotético en el origen de esa dialéctica se constituye en el lugar del Otro como marcado por el significante (el único sujeto al que tiene acceso nuestra experiencia). “E inversamente suspende toda la existencia del Otro de una garantía que falta, el Otro tachado: ~~A~~. Pero de esta operación queda un resto: el *a*” (2).



La función de la causa, la metáfora de esa causa primordial, “sustancia de esa función de la causa”, es precisamente el *a*, en tanto que anterior a cualquier fenomenología. Vale decir —insiste—, “el resto de la constitución del sujeto en el lugar del Otro en tanto que tiene que constituirse como sujeto hablante, sujeto tachado, *S*” (3).

De allí que si partimos de la función del objeto en la teoría freudiana, objeto oral, objeto anal, objeto fálico, ese objeto definido en su función por su lugar como *a*, el resto de la dialéctica del sujeto con el Otro, la lista de esos objetos debe ser completada.

En “*Indefensión y peligro*” (4) ubicamos las distintas situaciones de peligro freudianas. Todas significan una separación, aunque, como comentamos, el valor de esa

pérdida se modifica en cada una de esas cinco coyunturas. En una de ellas la amenaza se ubica allende la ausencia de objeto. Lacan va a sumar a la lista aquellas situaciones que en Freud se encuentran en “estado práctico”: *lo visto* y *lo oído*, vale decir, el campo escópico y la pulsión invocante.

El camino por el que procede en 1963, a través del abordaje que le es propio, a saber, el deseo, es el de la *angustia*, porque es el único que le permite introducir una nueva claridad en cuanto a la *función del objeto* con relación al deseo.

Se trata del “funcionamiento del deseo, vale decir, del fantasma, de la vacilación que une estrechamente al sujeto con *a*, aquello por lo cual el sujeto se encuentra esencialmente suspendido de *a*, identificado con *a*” (5). Ese resto siempre elidido, siempre escondido nos es preciso descubrirlo, subyacente a toda relación del sujeto con un objeto cualquiera. Aquí encontramos la solución para esa libido que en el fondo le pertenece al sujeto y, al mismo tiempo, en 1916, se le contrapone “*como algo exterior al mismo*”. (6). Se trata de la modificación, con el *a*, de la naturaleza o estatuto del objeto y de la posición, con el masoquismo, del sujeto.

Como podemos observar la función del objeto *a* que Lacan persigue ese año tiende a oponerse al vínculo de dicho objeto con estadios, con sus mutaciones, vale decir, con la concepción *abrahámica*. Su constitución es, por así decir, circular, en todos esos niveles o etapas se mantiene a sí mismo como objeto *a*, y bajo las diversas formas en que se manifiesta siempre se trata de una misma función. “¿De qué modo *a* está ligado a la constitución del sujeto en el lugar del Otro y lo representa?”.

Para connotar esos tres pisos de la operación, Lacan señala en el nivel superior una *X* que sólo nombrará retroactivamente: el acceso al Otro, el designio esencial en el que el sujeto tiene que plantearse después. A posteriori ubica el nivel de la angustia en la medida en que es constitutivo de la aparición de la función *a*. “Y en el tercer nivel aparece $\$$ como sujeto del deseo”.(7)

Cuando *S* surge del acceso al Otro —el Otro tachado ($S(\overline{A})$)— no le queda más que hacer de ese Otro algo de lo que importa menos la función metafórica —precisa— que la relación de *caída* en la que va a encontrarse con relación al objeto *a*.

En ese resto, que es, pues, la caída de la operación subjetiva, “reconocemos estructuralmente, en una analogía calculadora, el objeto perdido”. Y con dicho objeto “tenemos que vérnoslas, por una parte, en el deseo y, por otra, en la angustia” (8).

Tal como ocurre en 1926 en *Inhibición*, en la angustia se presenta lógicamente, anteriormente al momento en que lo hace en el deseo.

El grafo del deseo que introduce en la primera clase del *Seminario X* permite ubicar de manera diferente al esquema óptico la función que adquiere el deseo del Otro.

El esquema óptico tiene como eje de su construcción el significante del *Ideal* y, en tanto tal, ¿qué me pide el Otro en su demanda?

El grafo, en cambio, está articulado en función del deseo del Otro y, como tal, en relación al ¿*Che vuoi?*?, vale decir, a la pregunta: ¿qué me quiere?

Así, permite diferenciar las preguntas y las respuestas. La respuesta a la pregunta ¿qué *me* quiere el Otro?, se destaca de: ¿qué me pide?

Esa respuesta es el significante del Otro tachado ($S(\bar{A})$) y como tal es una revelación insoportable. Introduce la castración del Otro como deseante.

Las restantes, ubicadas debajo de $S(\bar{A})$, colaboran a velar, de diferente forma, dicha falta. Las primeras tres —*inhibición, síntoma y angustia*— pueden ser leídas en función de la proximidad a la contestación intolerable al deseo del Otro. (9)

La angustia, como señalamos, se presenta en ese efímero lapso que indica la mayor proximidad del sujeto al deseo del Otro, es decir, en relación a la vacilación, al atravesamiento del fantasma. El fantasma, entonces, es la última de las barreras que protege al sujeto de ese deseo.

“El *a*, soporte del deseo en el fantasma, no es visible en lo que constituye, para el hombre, la imagen de su deseo” (10). De esta manera la formulación *objeto del deseo* queda cuestionada en función de la posición de *objeto causa*, con respecto al $S(\bar{A})$.

Cuanto más avanza el sujeto en la vía del *objeto del deseo* —la vía inadecuadamente llamada de la perfección de la relación de objeto— “más atrapado resulta”. Vale decir, “más muerde el anzuelo del ideal, de la imagen y más se aleja del deseo como deseo del Otro” (11).

Aquí Lacan introduce la angustia y junto con ella el *unheimlich* freudiano: “ella no es la señal de una falta, sino de algo que es preciso llegar a concebir en el nivel redoblado de ser la carencia del apoyo de la falta” (12).

Los “dobles del sujeto son aquellos que presentifican, no su imagen, sino aquello que el sujeto es en tanto objeto causa del deseo del Otro” (13). En consecuencia, “esa presencia en otro lado —el doble— es la reina del juego ... y nos hace aparecer como objetos al relevarnos la no autonomía del sujeto”.

En 1963 el momento decisivo de aparición de la angustia traumática. En ese instante *unheimlich* “mi deseo entra en el Otro, donde es esperado desde toda la eternidad, bajo la forma del objeto que soy, en la medida que me exilia de mi subjetividad, al reabsorber, por si mismo, todos los significantes de los que pende dicha subjetividad” (14).

La indestructibilidad propia del deseo freudiano para cada sujeto. La única posible. Allí me descubro como objeto. Como tal “puedo escapar a la incesante remisión de las significaciones” (15).

Dimensión del fenómeno: el relámpago de la angustia traumática. El reducido momento en que emerge el deseo del Otro. Como objeto causa me hallo a su arbitrio pero también ante esa falta que el deseo testimonia en el Otro. No hay mención aún al desierto de goce. Tiempo privilegiado que, para Lacan, como indicamos, el fantasma viene a obturar.

Hasta aquí, la singular ley del *unheimlich* es la ley del $\bar{S}(A)$: el sujeto no puede no someterse a ella.

Con el *Complemento sobre la angustia* retorna el desamparo del lado del sujeto; se trata del fenómeno. En ese momento de lo siniestro se encuentra (como objeto causa) a merced del deseo del Otro.

En *Lo ominoso, Nataniel*, el héroe del cuento de Hoffman, ve avanzar a lo lejos, desde lo alto de la torre a Coppélius. La sola señal de que este Otro se aproxima lo lleva a una posición que, Lacan, califica de extraviada. Luego de intentar tirar a su novia y de que el hermano la salve, no le queda otra salida que arrojar desde la ventana (el marco) de la torre al vacío. En ese breve tiempo, el deseo del Otro vale como llamado. Invocación muda ya que no se formula en un llamado audible.

Más adelante retomará el *sueño de los lobos* y en tanto tal la diferencia entre el ojo y la mirada. El deseo del Otro también vale, en este giro que comienza a introducir, como sostén y entrada del campo escópico. Lo que para una paciente esquizofrénica — comenta— cumple el papel que juegan los lobos en ese caso *borderline* que es el *Hombre de los Lobos*, es decir, un único significante. Más allá de las ramas del árbol escribe la fórmula de su secreto: "*Io sono sempre vista*", o sea, lo que nunca pudo decir hasta entonces: "siempre soy vista" (16).

Este inicio de modificación se amplía, el Otro no puede ser garante de ese goce que se anuda con la angustia traumática en el instante del desamparo y de la llamada perturbación económica.

Retorna “esa fuente independiente de desprendimiento de *displacer*” (17) de las neuropsicosis de defensa. Ese exceso de placer de la neurosis obsesiva que confronta al sujeto con la indefensión. Allí tampoco el Otro puede funcionar como aval de ese goce “*hétero*” (18).

Con el pequeño *Hans*, como vimos, se puede ubicar pues la relación de la angustia con el hallazgo del pequeño pipí. No está en juego en 1976 ni la comparación, ni la angustia de la insuficiencia. Se trata del descubrimiento traumático de un goce, que resulta de ese *Wiwimacher*, que le es *ajeno*, es decir, de la realidad sexual en su propio cuerpo. La insuficiencia es del Otro: el goce no puede ser amarrado y, en tanto tal, no puede ser cotejado.

En 1963, lo que inquieta, la reacción de angustia —Lacan se refiere a la pesadilla—, más allá del goce supuesto al Otro, es el enigma de su deseo: “un significante que se propone el mismo como opaco”. Así, “debemos volver a interrogar el sentido de una pregunta que puede ser llamada presubjetiva: la pregunta —la esfinge como figura de pesadilla— en su forma mas acabada, la posición del enigma —que no hace cadena— como tal” (19).

Habría que compararlo con lo que surge en 1974. Entonces, basta que el Otro desee para que se caiga bajo su efecto: todos los “¿por qué?” de la ostentación de la voz están hechos para satisfacer lo que el analizante supone que el Otro quisiera que él preguntara.

“Puede plantearse la cuestión —y cómo no se trazaría—: si verdaderamente la estructura es puntuada por el deseo del Otro, en tanto que tal, si ya el sujeto nace incluido en el lenguaje y ya determinado en su inconsciente por el deseo del Otro, ¿por

qué no habría entre todo eso una cierta solidaridad?” El inconsciente no excluye —si el inconsciente es esa estructura del lenguaje—, y es demasiado evidente, “el inconsciente no excluye el reconocimiento del deseo del Otro como tal” (20).

Indicamos que para Lacan la angustia se presenta, lógicamente, con anterioridad al momento del deseo.

Sobre el final del *Seminario* se apropia de la diferencia, introducida por Freud, entre la situación de peligro y la situación traumática de la indefensión.

Con ese distingo produce, más allá de la angustia señal y de la angustia traumática, un nuevo giro. “Marcaré el límite y la *función* de la angustia, indicando con ello dónde entiendo que se continúan las únicas posiciones que nos permitirán redondear lo relativo a nuestro rol de analistas” (21).

Con la situación de la indefensión introduce el lugar de la angustia, diferente de su fenómeno. “La angustia, vale decir, su fenómeno, pero también el *lugar* ... , a designar, como siendo el propio de aquella, así como —a partir de allí— la función del objeto en la experiencia analítica” (22).

“La angustia está ligada a todo lo que puede aparecer en ese lugar”: el *momento fundante de la indefensión*. Y lo que nos lo asegura es un fenómeno al que hay que acordarle particular atención para “una formulación satisfactoria, unitaria de todas las funciones de la angustia en el campo de nuestra experiencia” (23). Ese fenómeno, como lo señalamos, es el *unheimlich*.

Con la situación de peligro, a su vez, introduce el *momento constitutivo de cesión del objeto a*.

“Al término de su obra Freud designó a la angustia como señal”. Dicha señal, distinta del efecto de la situación traumática, “está articulada con lo que él llama peligro”.

Freud, como recuerda Lacan, parte de la noción de peligro vital. No obstante, en un segundo tiempo desplaza el peligro, vía situación traumática, al desvalimiento psíquico, para, como ocurre a pie de página en el *Complemento*, desembocar en el horror de la satisfacción pulsional masoquista.

Se trata del fenómeno. En cambio, lo original de la articulación lacaniana es la precisión sobre dicho peligro. “Este peligro es, de acuerdo con la indicación freudiana —de 1916— pero más precisamente articulado, lo que está ligado al carácter de cesión del momento constitutivo del objeto *a*”.

Sobre esta base y en este punto de su elaboración: ¿de qué breve *momento* debe considerarse que la angustia es señal? También aquí su articulación será algo diferente de la de Freud, pero al igual que éste parte de la anterioridad de la angustia. “Ese momento, momento de función de la angustia, es anterior a la cesión del objeto”.

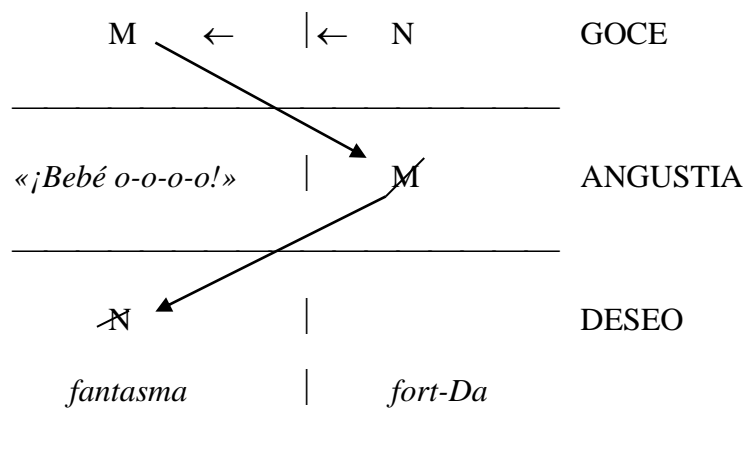
Como le ocurre a Freud, con la necesidad misma de su enlace, no puede no situar algo más primitivo que la articulación de la situación de peligro. Con la diferencia

introducida en el *Complemento*, ubica la situación traumática de la indefensión en un nivel, en un momento anterior a dicha cesión del objeto.

Mientras el *momento* de función de la angustia es lógicamente anterior a la cesión del objeto, la situación de peligro (con su cambiada señal) esta ligada al *momento* constitutivo del objeto *a*.

Con la función de la angustia previa a la cesión se atisba ese momento de desvalimiento, se esboza, como venimos anticipando, ese momento de desamparo, de indefensión del Otro.

¿En qué momento privilegiado emerge la angustia? El punto de angustia está en el nivel del Otro: “la angustia aparece antes de toda articulación como tal de la demanda del otro”. (24) Así, sin ese tiempo lógico de indefensión, de desamparo del Otro, no ocurriría ese momento en que se instituye el objeto.



En el punto de partida, el de la función de la angustia que coincide con la emergencia al mundo de aquel que será el sujeto, ese primer efecto de cesión es el *grito* (25). Lacan destaca la paradoja que une la cesión de dicho objeto con el núcleo propio del Otro. La función del grito opera “como relación no original sino *terminal* con el corazón mismo de ese Otro pues, en determinado momento, se constituye como el prójimo”.

Dicha función de cesión al “apoderarse” de su “centro” *acaba* con el Otro: la castración *en* la madre, momento de indefensión, de pérdida, de separación.

En este *Seminario* Lacan parte de un *mítico tiempo del goce* donde el Otro y el sujeto no están alcanzados, estructuralmente, por la castración. La angustia original se sitúa entre el Otro y el sujeto. En ese momento inaugural ese *entre-dos* cede algo. A

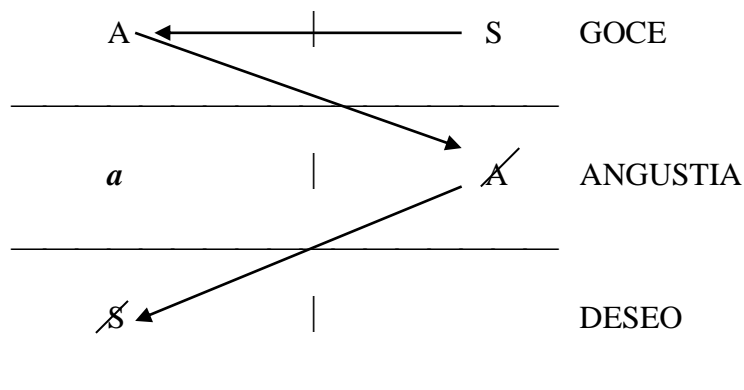
continuación, ese entre-dos, el sujeto, el Otro, “nada puede hacer con ese grito que escapa de él, nada lo une a ese grito” (26).

Esa relación terminal con el Otro, que lo constituye como prójimo (comienza con el Otro para acabar con él), se anticipa en 1959. El grito entonces es la manera en que lo extranjero, lo hostil, del *Entwurf*, aparece en la primera experiencia de la realidad para el sujeto humano.

De esta forma, ese momento no original sino *terminal* en que el “corazón” del Otro se hace prójimo, “es ese núcleo de mí mismo, el del goce, al que no oso aproximarme”. (27) Y qué me es más próximo que ese prójimo sino esa realidad muda que es *das Ding*. Así, este fuera-de-significado reintroduce como fenómeno aquel instante de la perturbación económica, cuando Freud se desplaza de la ausencia-añoranza del objeto al exceso o aumento de las magnitudes de estímulo.

En 1963 la función media y no mediadora de la angustia, a partir de ese momento mítico del goce, lleva a la construcción del deseo. El sostén como en el grafo es la renuncia al goce. El advenimiento, al final de la operación del sujeto dividido implicado en el fantasma, soporte del deseo.

Se ha producido un giro: al final de la operación ubica al sujeto y no, como, ocurre en el primer esquema de este *Seminario*, al objeto *a*. El *a* precede al sujeto. Pasaje del “objeto del deseo” al “objeto causa”.



Con este cambio, el tiempo de la angustia en 1963 es constitutivo de la aparición de la función *a*, que viene a instituir, entonces, el fundamento como tal del sujeto deseante.

¿Qué ocurre con el peligro? La situación de peligro recupera su pertinencia en relación con ese instante de turbación sufrido por el *Hombre de los Lobos* durante la escena reconstruida por fuera de la rememoración como un eslabón de toda la

determinación ulterior. En el momento del descubrimiento traumático, “donde la angustia revela ser efectivamente lo que no engaña, en ese momento en que el campo del Otro se hiende y se abre sobre su fondo”: el sujeto cede a la situación “aliviándose con una deposición”.

En el momento de atisbo de la hiancia del Otro (la función de la angustia lógicamente anterior a la separación del objeto): ¿cuál es ese *a*? ¿cuál es su función en relación con el sujeto? ¿qué quiere decir, cómo hay que entender dicho *cede*? El sujeto no vacila, ni se doblega, se ofrece como objeto caído y sacrificado.

La confrontación del *Hombre de los Lobos* y su sueño repetitivo: “el afrontamiento angustiado de algo que parece como una mostración de su realidad última, esa cosa que se produce y que para él jamás llega a la conciencia”. (28) La turbación (*émoi*) anal y su producto: he ahí la forma primera en que interviene la emergencia del objeto *a*.

La separación que introduce la angustia originaria en 1916, indica que ningún sujeto puede sustraerse a ese afecto aunque “haya sido *arrancado prematuramente* del seno materno —como el legendario Macduff— y no haya experimentado por sí mismo el acto del nacimiento” (29).

Aquel “nexo importante” entre la angustia y el nacimiento con la aparición de ese singular y pequeñísimo objeto, el meconio, descubierto por la sabiduría popular, reubica ese tiempo prematuro: “*la imposibilidad para el sujeto, a nivel del deseo, de hallar en sí mismo, sujeto, su causa*”.

La noción de *causa sui*, un ser a quien su causa no le sería ajena, funciona como compensación, fantasma, superación arbitraria de “esa condición nuestra”. Pues, “en cuanto a la causa de su deseo, el ser humano está ante todo sometido a haberla producido en un peligro que él ignora” (30).

Se redefine la situación de peligro como momento constitutivo del objeto *a*: el sujeto ignora profundamente ese momento en que se produce dicha causa.

El sujeto mítico primitivo, puesto al comienzo por Lacan, si emerge más allá como sujeto del deseo “es porque el *a* lo ha precedido”. Tal función del objeto cesible como pedazo separable —la tripa causal—, vehículo primitivamente de algo de la identidad del cuerpo, “antecede al cuerpo libidinal mismo en cuanto a la constitución del sujeto”.

Es preciso ver que ese objeto que se activa en el sueño de los *lobos*, ya está dado, ya está producido primitivamente; es puesto a disposición de esa función determinada —la mirada—, por algo que es anterior: el objeto producto de la angustia.

Ni el objeto en sí, ni el sujeto se autonomizan. Desde el comienzo, interviene un objeto elegido por su cualidad de ser especialmente cesible.

Se nos hace manifiesto pues “que los puntos de fijación de la libido se hallan siempre alrededor de alguno de esos momentos que la naturaleza ofrece a esa estructura eventual de cesión subjetiva”. (31)

El sujeto es objeto mirada en el sueño de angustia, se hace excremento en ese momento traumático de indefensión del Otro y de cesión del objeto, viniendo a obturar y a indicar a la vez, ese sitio de hiancia que constituye el núcleo de la estructura.

Que la angustia no es *sin objeto* evoca, en 1970, “ese afecto por el cual el ser hablante de un discurso se encuentra determinado como objeto”. Pero este objeto no es nombrable. Intentar nombrarlo como *plus de goce*, “es sólo un dispositivo de nomenclatura”. ¿Qué objeto se forma por este efecto (plus de goce) de cierto discurso? “No sabemos nada de dicho objeto, sólo que es causa del deseo, es decir, que hablando con propiedad se manifiesta como falta de ser”. (32)

Allí se coloca el analista, “como causa del deseo”. Posición, entonces, eminentemente inédita sino paradójica, ratificada por una práctica. Como ser que habla se le requiere que reconozca lo que lo forma, a saber, la causa de su deseo.

Retorna con el *Reverso* la insatisfacción. Desde 1920 se ubica en la diferencia entre la satisfacción hallada y la esperada. Hay pérdida de goce. “La función del objeto perdido, lo que yo llamo el objeto *a*, surge en el lugar de esta pérdida que introduce la repetición”. Se trata, pérdida y recuperación, del plus de goce. Así, por una parte, el objeto causa del deseo y, por la otra, el objeto como *Lustgewinn*, o sea, como ese plus. (33)

¿Qué es allí la verdad?, ¿a qué goce responde?, ¿es hermana de ese goce prohibido?

Habrá que esperar. En 1974 hay un deseo de saber atribuido al Otro y, en tanto tal, “no hay sombra de deseo de saber”. Entonces, quien preside el saber es “el *horror* de saber” (34).

A partir de 1969 el falo designa un goce sexual radicalmente forcluído. El sujeto determinado por la estructura, diferente del fantasma, se funda por la inscripción de una marca como afirmación de un goce excluido de raíz que, a su vez, deja un resto no medible. El objeto *a*, testimonio de esa división y de esa privación.

Esa operación marca al sujeto como barrado pero no lo representa. El sujeto es el elemento ilegítimo del cruce entre el cuerpo y el lenguaje, es decir, de la unión de dos series diversas: lo real del cuerpo y lo simbólico del lenguaje.

¿Cómo se inscribe este sujeto dividido? Producida la separación el sujeto se representa como falta en el campo del Otro. Como ocurre al final de la operación de 1963, adviene el sujeto dividido implicado en el fantasma, soporte del deseo. Con la inscripción del sujeto y con la pérdida del objeto como falta fálica se logra el enlace del significante con el objeto *a*. En la histeria de conversión como en la neurosis obsesiva esa operación de inscripción, coordina el goce con el falo y, en tanto redefine ese punto de pérdida, mitiga la exigencia pulsional.

Así, cuando Lacan revisa en el seminario *La Angustia* el momento de hiancia (la escena primaria en el *Hombre de los Lobos*), ese exceso de placer, resto de la división del sujeto, retorna. No hay que olvidar, pues, aquella imperfección en la neurosis, que se anticipa en *Inhibición*, en la constitución del aparato psíquico. En ese retorno se recorta,

muy inicialmente, la posición del sujeto ante el goce, vale decir, “a causa de ese goce sexual anticipado”, la manera en que se fija, para cada uno, la estructura (35).

En lo que atañe a la verdad, pues, sólo hay una: se trata de la castración. Pero ella asumirá diversos rostros de acuerdo a la relación que se establezca respecto de lo real del goce.

Recordemos que ya en 1963 el deseo del Otro vale como soporte y entrada del campo escópico y de la pulsión invocante, y que, vía pesadilla, el enigma que introduce el $\$$ (A) se presenta como un significante opaco que no forma cadena.

En *Televisión* la angustia, instaurada en 1963 en el objeto que ella concierne, lejos de estar desprovista de él, se vuelve a fundar, no sin consecuencias, en un objeto que Lacan bautiza como “abjeto” (*abjet*). Es decir, en ciertas circunstancias, se anuda con el goce de lo abyecto o de lo ruin.

Se comprende entonces el giro que se produce con la angustia en 1976. “¿Qué es la angustia?” Aquello que, del interior del cuerpo, ex-siste cuando algo lo despierta. (36) Con *R.S.I.* la angustia se desplaza: del deseo (del Otro) al campo del goce.

La angustia, como parte de lo real —nominación de lo real—, es, pues, la que le va a dar su sentido a la naturaleza del goce.

Y al reconsiderarla como afecto (“la simple resección de las pasiones del alma, como Santo Tomás nombra más pertinentemente esos afectos, la resección desde Platón de esas pasiones según el cuerpo: cabeza, corazón, o sobrecorazón”) Lacan se pregunta: “¿la angustia no es el testimonio ya de lo que es inevitable para su abordaje, *pasar por ese cuerpo*, que yo digo no estar afectado más que por la estructura?” (37).

Volvemos, por lo tanto, a esa operación fundante, vale decir, esa disyunción que divide al sujeto entre el lenguaje y el cuerpo.

Un cuerpo, como resto, fuera-de-cuerpo. El embarazo del falo que atañe al pequeño *Hans*: un goce excéntrico asociado a ese cuerpo que no puede asumir. Y si nuestra experiencia procede del malestar, es llamativo que el cuerpo contribuya a ese malestar. ¿De qué tenemos miedo? “De nuestro cuerpo. Es lo que manifiesta ese fenómeno curioso sobre el cual hice un seminario durante un año entero y que llamé la angustia. La angustia es, precisamente, algo que se sitúa en nuestro cuerpo en otra parte, es el sentimiento que surge de esa sospecha que nos embarga de que nos reducimos a nuestro cuerpo” (38).

Notas y referencias bibliográficas

1. J.Lacan, *El Seminario, libro X*, “La angustia”, lección del 16-I-63, inédito.
2. Idem, 23-I-63.

3. Idem, 12-VI-63.
4. Ver *infra*: “*Indefensión y peligro*”, págs. 94-7.
5. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 15-V-63.
6. Ver *infra*: “*El peligro externo*”, pág. 53.
7. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 19-VI y 6-III-63.
8. Idem, 6-III y 13-III-63.
9. Ver: D. Rabinovich, *La angustia y el deseo del Otro*, Manantial, Bs. As., 1993, págs. 74-7.
10. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 28-XI-62.
11. D. Rabinovich, ob. cit., pág. 79.
12. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 28-XI-62.
13. D. Rabinovich, ob. cit., pág. 91.
14. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 28-XI-62.
15. D. Rabinovich, ob. cit., pág. 91.
16. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 19-XII-62.
17. Ver *supra*: “*Fobia*”, pág. 126.
18. Ver *infra*: “*La irreversibilidad de la angustia*”, págs. 38 y 41.
19. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 12-XII-62.
20. J.Lacan, *El Seminario, libro XXI*, “Les non dupes errent”, lección del 20-XI-73, inédito.
21. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 3-VII-63.
22. Idem, 5-XII-62.
23. Idem.
24. Idem, 3-VII-63.
25. Ver: S.Freud, *Mas allá del principio de placer*, A.E., XVIII, 15, nota 6.
26. J.Lacan, “La angustia”, ob.cit., 3-VII-63.
27. J.Lacan, *El Seminario, libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1992, pág. 225.

28. J.Lacan, "La angustia", ob.cit., 25-VI-63.
29. Ver *infra*: "El peligro externo", págs. 56-8.
30. J.Lacan, "La angustia", ob.cit., 3-VII-63.
31. Idem, 25-VI-63.
32. J.Lacan, *El Seminario*, libro 17, *El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1992, pág. 163-2.
33. Idem, 51.
34. J.Lacan, "Les non dupes errent", ob. cit., 23-IV-74.
35. Ver *supra*: "Fobia", pág. 122.
36. J.Lacan, *Le Seminaire*, livre XXII, R.S.I., Ornicar? 2, Le Graphe, Paris, 1975, pág. 104; Ver *infra*: 3. "La irreversibilidad de la angustia", págs. 41-4.
37. J.Lacan, *Televisión*, en "Psicoanálisis. Radiofonía y Televisión", Anagrama, Barcelona, 1977, pág. 106.
38. J.Lacan, *La tercera*, en "Intervenciones y textos 2", Manantial, Bs.As., 1988, pág. 102.

ANEXO I

Constitución del sujeto¹

La función de la angustia se sostiene en la diferencia introducida por Freud entre la situación traumática de la indefensión y la situación de peligro. La situación de la indefensión introduce el lugar de la angustia, diferente de su fenómeno. Y a partir de allí: la función del objeto en la experiencia analítica.

“La angustia está ligada a todo lo que puede aparecer en ese lugar” (Lacan 1963) donde se constituye el sujeto: *momento fundante de la indefensión; momento constitutivo de cesión (situación de peligro) del objeto a*.

¿En qué momento privilegiado pues emerge la angustia como lugar? En el punto de partida –la angustia como lugar– el primer efecto de cesión es el *grito* que coincide con la emergencia al mundo de aquel que será el sujeto. Lacan destaca la paradoja que une la cesión de dicho objeto con el núcleo propio del Otro.

Así, la función del grito opera como relación *terminal* con el corazón mismo de ese Otro cuando se constituye como el prójimo.

Ese *entre-dos*, entre el sujeto y el Otro, cede algo. Momento inaugural: a continuación ya “nada puede hacer con ese grito que escapa de él”, ya “nada lo une a ese grito” (*Ídem*).

El grito entonces es la manera en que lo extranjero, lo hostil, del *Entwurf* se hace prójimo y constituye “ese núcleo de mí mismo, el del goce, al que no oso aproximarme”. (Lacan 1960, 225)

El tiempo de la angustia es constitutivo de la aparición de la función *a*, que viene a instituir, pues, el fundamento como tal del sujeto dividido.

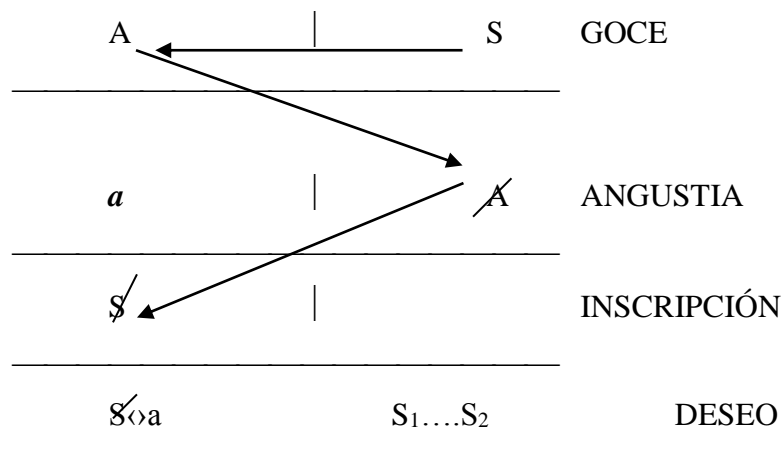
Función de la angustia: “*la imposibilidad para el sujeto de hallar en sí mismo, sujeto, su causa*” (Lacan 1963, ob. cit.). Pues, en cuanto a la causa de su división, el ser humano está ante todo sometido a haberla producido en un peligro que él ignora.

Una dimensión del horror –como anticipamos– en la raíz misma de la división del sujeto, como momento constitutivo del objeto *a*: el sujeto ignora profundamente ese instante (*Zeitpunkt*)² en que se produce la causa de su escisión.

Esta operación marca al sujeto como barrado pero no lo representa. El sujeto determinado por la estructura (diferente del fantasma) se funda por la inscripción de una marca como afirmación de un goce excluido de raíz que, a su vez, deja un resto no medible. El objeto *a*, testimonio de esa división y de esa privación.

¹ Este apartado forma parte de J. C. Cosentino, “Variaciones del horror: el destino de la neurosis”, en *Lo siniestro en la clínica psicoanalítica*, Bs. As., Imago Mundi, 2001, pp. 15-17.

² El sueño de angustia del pequeño *Hans* constituye ese estadio inicial que marca el comienzo de la angustia que se anticipa a la constitución de la fobia. En ese *Zeitpunkt*, escribe Freud, es decir, en ese “breve momento” o “rápido instante” muchas veces descuidado o silenciado, se introduce la perturbación que al comienzo *carece de objeto* [Cosentino, J. C. (1998) “*Angustia, fobia, despertar*”, Bs. As., Eudeba, 1998, 30-44].



Con *R.S.I.* la angustia se desplaza: del deseo (del Otro) al campo del goce. "¿Qué es la angustia?" (Lacan 1974b, 104) Aquello que, del interior del cuerpo, ex-siste cuando algo lo despierta. Así, como parte de lo real –nominación de lo real–, es, pues, la que le va a dar su sentido a la naturaleza del goce.

El testimonio de lo que es inevitable para su abordaje, *pasar por ese cuerpo fuera-de-cuerpo*, que no está afectado más que por la *estructura*.

¿De qué tenemos miedo? "De nuestro cuerpo. La angustia es, precisamente, algo que se sitúa en nuestro cuerpo *en otra parte*, es el sentimiento que surge de esa sospecha que nos embarga de que nos reducimos a nuestro cuerpo" (Lacan 1988, 102).

Y lo que nos lo asegura es un fenómeno al que hay que acordarle particular atención para "una formulación satisfactoria, unitaria de todas las funciones de la angustia en el campo de nuestra experiencia" (Lacan 1962, ob. cit.). Ese fenómeno, que se redefine en el pasaje del campo del deseo al del goce, es el *unheimlich*.

Así, el hombre ama a su imagen como lo que le es más prójimo, es decir, su cuerpo. Pero, de este *prójimo*, vale decir, su cuerpo (el *entre-dos*), no tiene estrictamente ninguna idea. Cree que es su yo. Y es un agujero (ese *grito que escapa de él*, cuando *ya nada lo une a ese grito*). Afuera está la imagen, y con ella la realidad psíquica. Cuando un hombre con su palabra, recupera la voz y "clama" por una mujer, "¿qué hay más embarazoso para él que un cuerpo de mujer?" (Lacan 1974a, 19).

Referencias bibliográficas

LACAN, J. (1960) "El Seminario, libro 7, *La ética del psicoanálisis*", Bs. As., Paidós, 1992.

LACAN, J. (1962) "El Seminario, libro X, La angustia" (inédito), lección del 5-XII-62.

Idem (1963), lección del 3-VII-63.

LACAN, J. (1974a) "El fenómeno lacaniano", en *Uno por Uno*, N° 46, verano de 1998, 11-26.

LACAN, J. (1974b) "*Le Séminaire*, livre XXII, *R.S.I.*", Ornicar? 2, Le Graphe, Paris, 1975, pág. 104.

LACAN, J. (1988) "La tercera", en *Intervenciones y textos 2*, Bs.As., Manantial, 1988, pág. 102.

II. FOBIA

9. FOBIAS: CASTRACION-PERTURBACION-ECONOMICA*

1. Introducción

En 1909 las histerias de angustia son las más frecuentes entre las psiconeurosis y, sobre todo, son las que aparecen más temprano en la vida. “Son, directamente, las neurosis de la época infantil”.

Así, la fobia es la piedra angular de la neurosis: “es aquella contracción de neurosis que menos títulos reclama a una constitución particular y, en consonancia con ello, puede ser adquirida en la mencionada época de la vida con la mayor facilidad” (1).

Constituye, como ocurre con el complejo de castración para el pequeño *Hans*, una “afección” muy extendida; nadie prácticamente está exento. Cada niño pues, cada adulto, pasa por un período fóbico.

Ante esa falta de pene de la madre, donde se revela la naturaleza del falo, el sujeto puede amurallarse con una fobia. “Momento de la experiencia sin el cual ninguna consecuencia *sintomática* (fobia) o estructural (*Penisneid*), que se refiera al complejo de castración, tiene efecto” (2).

¿Cuál es su carácter esencial?

En 1959 se presenta pues como la forma más simple de la neurosis: “aquella donde podemos captar el carácter de la solución” (3). Ese momento fecundo de la neurosis donde entra en juego un objeto, el objeto fóbigeno, vale decir, un significante.

¿De qué protege al sujeto? Del acercamiento del deseo. Vale decir, ante la prueba del deseo del Otro el significante comodín cumple una función de defensa.

¿Cuál es entonces la función de la fobia?

“La verdadera función de esta neurosis está en sustituir al *objeto* de la angustia por un significante que provoca temor” (4).

Así, en 1969, la fobia no sería enteramente una entidad clínica sino “una encrucijada”. Vale decir, “una placa giratoria” (5)

Sin embargo, las fobias a los espacios (abiertos, cerrados, etc.) y a ciertas situaciones (multitudes, calles, plazas, etc.) no terminan de ligar la angustia. “Lo que extraña en 1916 no es tanto su contenido sino su intensidad”. A diferencia de las comunes, allí donde *la angustia no es sin objeto*, interrogan la función del objeto fóbigeno en relación a la falta y a lo que la sobrepasa. Se resisten, en consecuencia, a funcionar como *placa giratoria* hacia los dos grandes órdenes de la neurosis.

Las modificaciones al procedimiento analítico que Freud propone tienen como referente justamente “el ejemplo de un agorafóbico”.

En 1910 esos pacientes no pueden aportar el material decisivo para la resolución de la neurosis mientras se sientan protegidos por la observancia de la *condición fóbica*.

Vale decir, hace falta que renuncien al dispositivo protector y trabajen bajo las condiciones de la angustia.

En 1919 no “dominará una fobia quien aguarde hasta que el enfermo se deje mover por el análisis a resignarla: él nunca aportará al análisis el material indispensable para la solución convincente de la fobia”. Hay dos clases de fobias: una más leve y otra más grave. Los de la primera clase desde luego sufrirán angustia cada vez que anden solos por la calle pero no por ello dejan de hacerlo. Los de la segunda clase “se protegen de la angustia renunciando a andar solos”. Hace falta, vía análisis, llevarlos a comportarse, a su vez, como fóbicos del primer grado, vale decir, “a que anden por la calle y luchen con la angustia en ese intento” (6).

Caída de la condición fóbica: momento de indefensión (*Hilflosigkeit*). Pero no sólo se trata de la “angustia de castración”. También interesa el *lugar de la angustia*. Vale decir, esa operación fundante de desamparo del Otro, de cesión del objeto y de división del sujeto (7).

Desde ese *lugar* los fobias de la locomoción separan estructura y fantasma. En éstas, a diferencia de la histeria y de la neurosis obsesiva, no se termina de constituir el fantasma y el objeto fóbigeno, diferente del de las fobias comunes, lo sustituye como puede.

Nos topamos, cuando interrogamos estas fobias graves, con el enigmático problema de saber, más acá de lo fantasmático, de dónde viene la neurosis —fóbica, histérica u obsesiva—, cuál es su motivo último, particular, allí donde el sujeto, determinado por la estructura, se diferencia del fantasma (8).

Las fobias amplían pues los límites del campo analítico y, por lo mismo, las operaciones posibles en el marco de la transferencia.

2. El exceso económico freudiano

En 1894 la clínica que Freud inventa se ordena entre las neuropsicosis de defensa y las neurosis actuales. Para esta primera ordenación construye una representación auxiliar. En la función psíquica hace falta distinguir *algo* (*etwas*) con las propiedades de una cantidad no medible, que se desplaza como monto de afecto o suma de excitación por las huellas mnémicas de las representaciones.

La psicosis de defensa, cuya modalidad defensiva consiste en rechazar (*verwerfen*) la representación insoportable junto con su suma de excitación, nos indica que la hipótesis auxiliar se sostiene conceptualmente en la separación representación-monto-de-afecto.

Producida la separación, el mecanismo de las neurosis de defensa es “el reino de la sustitución” y dicha sustitución constituye un acto de defensa inconsciente contra la representación inconciliable. (9)

Pero el hecho mismo de la sustitución vuelve *imposible* para Freud la desaparición del monto de afecto asociado, en la neurosis homónima, a la idea obsesiva.

Ese exceso de placer, resto de la división del sujeto, retorna en el “curso psíquico compulsivo” (*Zwangskurs*) de los laberintos del ceremonial como en el más allá pulsional de la obsesión. En ese retorno se recorta, muy inicialmente, la posición del sujeto ante el goce, vale decir, “a causa de ese goce sexual anticipado” (10), la manera en que se particulariza, para cada uno, la estructura. (11)

Ese trauma de la experiencia primaria con *das Ding*, también retorna en la neurosis histérica. Vinculado a un objeto-resto, producto de la defensa, le provoca insatisfacción y la lleva a escabullirse.

R.i (representación inconciliable)

R.S (representación sustitutiva)

S.E (suma de excitación)

⇒ ⇒ M.A (monto de afecto)

3. *Bejahung* y goce

El divorcio representación-suma-de-excitación anticipa esa operación fundante de la estructura: la afirmación del goce de la *Cosa* como exterior, vale decir, esa disyunción que divide al sujeto entre el lenguaje y el cuerpo. Esa *Bejahung*, marca de un goce excluido, a su vez, deja un resto no medible, *testimonio* de esa división del sujeto y de esa privación de goce.

¿Cómo se inscribe este sujeto dividido? El divorcio entre la representación y la suma de excitación se redefine. Producida la separación, en “el reino de la sustitución” el sujeto se representa como falta en el campo del Otro. Con la inscripción del sujeto y con la pérdida del objeto como falta fálica se logra la coordinación del significante con el objeto *a*. Tanto en la histeria como en la neurosis obsesiva dicha operación de inscripción, coordina el goce con el falo y, en tanto redefine ese punto de pérdida, modera la exigencia pulsional.

¿Qué ocurre con la fobia en 1894? “El mecanismo de la fobia es totalmente diferente del de las obsesiones” (12). No vale el mecanismo de la sustitución. Sólo se encuentra angustia, que “no proviene de una representación reprimida” (13). El enlace del afecto liberado aprovecha cualquier representación, pero es secundario.

Una vez establecido, el despertar de ese representante psíquico “es la condición capital para que aflore la angustia” (14).

Con lo cual, “el grupo de las fobias *típicas* (u ocasionales), de las cuales la *agorafobia* es el prototipo, no se deja reconducir al mecanismo psíquico” de la histeria y de la neurosis obsesiva; “al contrario, el mecanismo de la agorafobia diverge en *un* punto decisivo del mecanismo de las representaciones obsesivas genuinas y de las fobias reducibles a éstas: aquí no se encuentra ninguna representación reprimida de la que se hubiera divorciado el afecto de la *angustia*” (15).

¿Qué ha ocurrido entre la operación de fundación que sólo determina al sujeto y la inscripción de dicho sujeto?

?

R (representación sustitutiva)

EE/A (exceso económico/angustia) $\Rightarrow \Rightarrow$ M (miedo)

El agorafóbico, allí donde no hallamos ninguna *representación inconciliable* de la que se hubiere separado la angustia, no tiene aún los medios de situarse como sujeto dividido en el campo del Otro. ¿Qué lo divide?

En la agorafobia se puede hallar el recuerdo de un ataque de angustia, y en verdad lo que el enfermo teme es su retorno.

¿Cómo operar con este exceso económico, es decir, con este retorno de goce con angustia?

Ambas fobias en 1894, las comunes y las ocasionales, introducen una novedad: el objeto y el miedo. Las fobias pues se presentan con un estatuto muy particular con respecto a la angustia, con la emergencia de un objeto que provoca miedo, como un medio de canalizarla. Vale decir, “el estado emotivo no aparece (...) sino en esas condiciones especiales que el enfermo evita cuidadosamente” (16).

Se anticipa muy tempranamente, la *función de la fobia*: vela el exceso económico y, al mismo tiempo, suple la falla del mecanismo de sustitución. Vale decir, el enlace secundario permite pasar del exceso, anudado a la angustia, a un significante que provoca miedo.

¿Cómo se sostiene el exceso económico? ¿Cuál es el modo de regulación de la satisfacción en la agorafobia?

4. Estructura y fantasma

La pregunta del *Manuscrito E* decide el rumbo. Como la angustia de esta fobia no se ha divorciado de ninguna representación reprimida, “tiene otro origen” (17). De nuevo, como en la neurosis obsesiva, “es preciso preguntarse cuál puede ser la fuente” de la angustia (18).

El afecto de la angustia aparece cuando alguien es incapaz de tramitar un peligro que se *avecina de afuera*; la neurosis de angustia cuando no es posible reequilibrar la excitación (sexual) *endógenamente producida*.

Pero con su funcionamiento, el aparato psíquico, en la neurosis de angustia, produce un desplazamiento: “se comporta entonces como si proyectara al exterior (hacia afuera) esa excitación” (19).

Con el exterior recuperamos la operación estructurante y con ella la exclusión radical, la exterioridad del goce. Pero en las fobias de la neurosis de angustia -habrá que volver- se trata de un momento posterior en que irrumpe el exceso económico con angustia.

¿Por qué pues la función de la fobia? Con la fobia reaparece el exterior, el objeto del miedo y, con él, se anticipa el giro que retroactivamente introduce en 1926. Ese auténtico doble peligro exterior: el de la *castración-perturbación económica* (20).

A su vez, afecto y neurosis se sitúan en un estrecho vínculo recíproco: la excitación exógena actúa como un golpe único, y la endógena como una fuerza constante.

Y este interior-exterior anticipa una diferencia que veinte años más tarde, en *Pulsiones y destinos de pulsión*, alojará, como una *fuerza constante*, y no como una fuerza de choque momentánea, a la pulsión.

Este otro vínculo excitación endógena-pulsión reorienta la pregunta del *Manuscrito E*: ¿de dónde nace la angustia?

Freud se atiene, en el *Manuscrito K*, al modelo de la neurosis de angustia donde, de igual modo que en la neurosis compulsiva (*Zwang*), “una cantidad proveniente de la vida sexual causa una perturbación dentro de lo psíquico”, a pesar del principio regulador, el de constancia (21).

La intuición de la participación, dentro de la vida psíquica, de una fuente independiente del principio de constancia de desprendimiento de displacer ilumina, luego de la separación fobias-obsesiones, sin borrar su especificidad, la actual confluencia en un punto distinto.

Pero hará falta, para ubicar ese punto distinto de encuentro, la entrada conceptual de la exigencia pulsional. En 1920 no es un peligro en sí misma; lo es sólo porque conlleva un auténtico peligro exterior. Habrá lugar, entonces, para que, en ciertas circunstancias, irrumpa fuera-de-representación la perturbación económica: como núcleo genuino del peligro y como uno de los nombres freudianos del goce.

La exigencia pulsional está presente en 1896: las obsesiones tienen curso psíquico compulsivo (*Zwangskurs*) a causa “de la fuente que ha contribuido a su vigencia” (22) determinando, así, su particular relación con la satisfacción pulsional.

De nuevo, entre ese exterior excluido que lo divide, separando estructura y fantasma, y esa cantidad que lo embaraza (“esa angustia frente al objeto, alimentada desde la fuente pulsional inconsciente” (23)), el fóbico, a diferencia del histérico y del obsesivo, no puede asumir lo que ha perdido al producirse como sujeto.

La misma angustia que vela parcialmente el exceso económico, deja ver que ese exceso económico nombra cierto modo que el fóbico tiene de mantener su relación con

el goce, determinado por la estructura. Operado el enlace secundario, el objeto es el modo de regulación del goce en esta neurosis pues, no es posible hablar de sustitución en ella. Está en cuestión el desplazamiento de un significante a otro significante, como ocurre en la histeria y en la neurosis obsesiva.

La antigua hipótesis auxiliar freudiana se sostiene en la separación representación-monto de afecto. Introduce un sujeto representado en la sustitución que se constituye fantasmáticamente (24) como ocurre en esas dos neurosis. En la fobia, en cambio, la angustia no se ha separado de ninguna representación, divide al sujeto pero no lo inscribe en el campo del Otro. Y, de ahí, la problemática del objeto, el objeto fobígeno, con todas las variantes que asume dicho objeto en relación a la falta, al intervalo significante y a lo que lo excede.

5. El falo: razón del deseo

Dos fórmulas definen al falo en los textos lacanianos. Hasta 1961 es el significante del deseo. Después será definido como el significante del goce.

La represión primaria como operación fundante marca al sujeto pero no lo representa. El falo, en ese primer momento, se ubica como la barra que divide al sujeto y deviene significante de la pérdida. Primero de la necesidad, después del goce.

El sujeto dividido es el elemento ilegítimo del encuentro entre el cuerpo y el lenguaje. Deviene de la unión de dos órdenes diferentes: lo real del cuerpo y lo simbólico del lenguaje.

Los dos efectos de la marca que instituye la represión primaria son el deseo y el goce. Los suplementos de lo radicalmente perdido.

En 1957 Lacan revisa el historial del pequeño *Hans*. Introduce el falo como significante del deseo y con él la lógica atributiva.

El niño no se identifica al significante Φ . Se identifica, en el ser o en el tener, con el falo imaginario (ϕ) positivizado o negativizado, vale decir, con efectos de significación en el nivel de la significación fálica.

El niño quiere ser el falo para satisfacer el deseo de la madre. Se trata de un falo imaginario positivizado ($+\phi$), regido por el significante Φ como significante del deseo de la madre.

En la prueba del deseo del Otro lo decisivo es que la madre no tiene el falo. Como lo anticipamos, es ese momento de la experiencia a falta del cual ninguna consecuencia sintomática (fobia) o estructural (*Penisneid*) que apunte al complejo de castración tiene alcance. Con dicha prueba se sella la conjunción del deseo, pues el significante fálico es su marca, con la amenaza o nostalgia de la carencia de tener. Por supuesto, es la ley introducida por la función del padre (25).

En *Hans* se produce la división del deseo entre el falo que quisiera ser y lo que tiene para ofrecerle al Otro.

Una vez que se establece la separación -como falta y como fracaso del sueño de angustia-, no hay retorno posible: *Hans* ya no es más el objeto de placer. Con la adquisición retroactiva del complejo de castración, esa nueva separación de la madre, cae el juego de las escondidas: hijo-madre-falo. La comparación, en 1957, introduce, para Lacan, con la “carencia del padre” ante la falta del Otro, la angustia como *angustia de la insuficiencia*: la diferencia entre aquello por lo que es amado (cuerpo=falo) y su pene “como algo miserable” (26).

En la diferencia entre la emergencia de la angustia y la constitución de la fobia se ubica el momento traumático: su primera excitación sexual como exceso económico.

Pero para Lacan la intervención, velada por la fobia, de la realidad sexual aún no determina la modalidad de goce del sujeto, ni dicha posición subjetiva la relación al Otro y a la verdad.

Cuando introduce las fórmulas que muestran la función de suplencia que el síntoma aporta, le queda un resto que no puede ser sustituido, de “difícil integración”: el pene real del pequeño.

En la fórmula de la angustia (1) que escribe en 1957 falta la barra: “no hay padre (...) para metaforizar las relaciones con su madre” (27).

La fórmula del establecimiento de la fobia (2) introduce la mediación del significante caballo, pero aún persisten la mordedura materna (**m**) y el pene real (**Π**).

Con la fórmula que marca el punto de llegada de la transformación de *Hans* (3) se modera la oralidad materna en el desmontaje de la bañera. Pero mientras ϕ imaginario es sustituido por α , tanto cuando se constituye la fobia, vía el significante caballo, como en este momento de llegada, el elemento Π persiste sin sustitución.

1. $(M + \phi + A) M \sim m + \Pi$
2. $[I / (M + \phi + A)] M \sim m + \Pi$
3. $p (M) (M') \sim (\alpha / \phi) \Pi$

En 1958 el falo brinda una común medida. Así, es la razón —la proporción matemática, el denominador común— de las neurosis y de las perversiones. El falo como razón del deseo —no como su causa— produce la ilusión de una división subjetiva sin resto. Entonces, las neurosis —histeria, neurosis obsesiva, fobia— tienen una razón común.

Pero el eco de esa situación no resuelta, retorna. Pues, para Lacan, adelantándose, una fobia no es tan simple: incluye elementos casi irreductibles, a pesar del mismo significante caballo y de la sensible diferencia entre la angustia y la fobia. “Lo borroso, la mancha negra, *la marca* de la angustia, como si los caballos recubrieran

algo que aparece por debajo y cuya luz se ve por detrás, esa negrura que empieza a flotar” (28).

Muy pronto pues la fobia introduce una cantidad inconmensurable, el exceso económico, y un objeto solidario del número irracional, el a . Pero los números irracionales carecen de común medida y su división deja un resto irreductible.

Volvamos, como señalamos, a la represión primaria. Como operación fundante marca al sujeto. El falo, a su vez, se ubica como la barra que divide al sujeto. Pero ahora no se trata sólo de esa marca o de esa pérdida. Hace falta agregar simultáneamente el resto, testimonio del goce excluido, que deja la operación de la represión primaria: el objeto insostenible.

Estos objetos, *marcas* de la angustia, no permiten ninguna comparación, carecen de toda proporción matemáticamente hablando.

De ahí que en 1957 la fobia del pequeño Hans, con la división que deja entre ϕ sustituible y π no asimilable simbólicamente, introduce la existencia ineludible del resto.

El falo dejará de brindar esa común medida. El perturbador será el objeto en lo que tiene de irreductible. La alteración provendrá del resto, de lo que no posee común medida, de lo que opera como causa y no como razón.

El objeto introducirá el orden de lo real no permitiendo hablar ni de represión ni de retorno de lo reprimido. La fobia anticipa, para la neurosis, otras formas de retorno.

Otra vez el desencuentro. Antes, entre el representante y la suma de excitación como exceso económico. Ahora, entre el falo y el resto que son heterogéneos entre sí.

6. La presencia real del falo

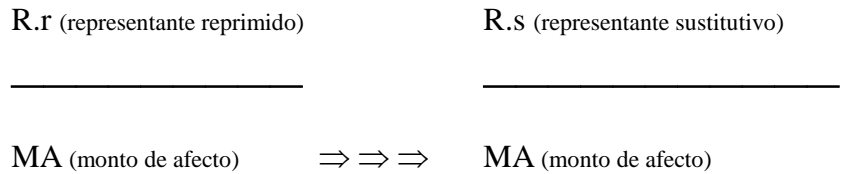
En 1961 el falo se sostiene como significante del deseo y al mismo tiempo, anticipando al objeto a , amenaza en los intervalos como presencia real.

Esta presencia Lacan la ubica en otra parte, en otro registro diferente del registro de lo imaginario. En el sujeto que habla “el deseo viene a habitar el lugar de esta presencia real y la puebla con sus fantasmas”.

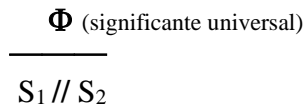
“¿En los intervalos -se interroga- la presencia real amenaza todo el sistema significante?” El significante Φ como presencia real sólo puede aparecer en esos intervalos que cubre el significante. ¿Pero, cómo puede manifestarse?

En la neurosis obsesiva aparece, por ejemplo, en los momentos de la conjuración. Cuando el *Hombre de las Ratas* se obliga a contar hasta determinado número entre el resplandor del trueno y su ruido. La manera que tiene de colmar todo lo que puede presentarse entre-dos en el significante, inscripto como falta en el campo del Otro, aquí se representa en su verdadera estructura. Cuando surge como

inquietante el intervalo, la conjuración, vale decir, esa misma obligación de contar vela dicha presencia.



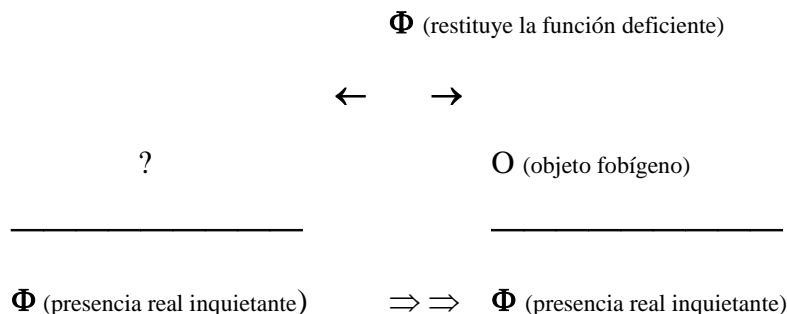
¿Por qué, de todas formas, colmar el intervalo? Pues ahí puede introducirse “lo que disolvería toda la fantasmagoría” (29). Ese retorno de lo real que anticipamos, “un peligro pulsional”, consecuencia en la neurosis “de una imperfección del aparato psíquico” (30).



¿Qué ocurre en la fobia? Por una parte, Φ funciona como significante universal. Es la operación que realiza el objeto fóbico. La fobia - indicamos - no pertenece al reino de la sustitución, el enlace es secundario, y así el objeto, como significante fálico (Φ), tiene la posibilidad infinita de sostener la función que falta.

¿Cómo? En el campo de la angustia el objeto de la fobia vela la abertura realizada en el intervalo donde amenaza la presencia real.

Por otra parte, Φ se presentifica como angustia; se hace presencia real en el agujero realizado en el intervalo y amenaza al sistema simbólico.



¿Por qué indica ese lugar de caída del orden simbólico? Pues “falta el apoyo de la falta”. En la fobia se trata de una separación, anterior a la alienación, que sólo cuenta con la “carencia paterna” como dirección (31). Vale decir, la *Bejahung* afirma el objeto indecible. Pero lo que queda excluido en el tiempo primero, como testimonio del goce perdido, no se mediatiza en la fórmula del fantasma.

De allí que el peligro que amenaza en el campo de la angustia y en el parapeto de la fobia no es la angustia de castración. ¿Qué es? Es el derrumbe del conjunto del sistema simbólico. En *Inhibición, síntoma y angustia*: ese doble peligro exterior. La exigencia pulsional no es un peligro en sí misma, lo es porque conlleva un auténtico peligro exterior. ¿Cuál? En el fondo se sustituye un peligro exterior, el de la castración, por otro peligro también exterior, el de la perturbación económica.

Freud nos lleva en *Inhibición* más allá de su insistencia en la pérdida de objeto. La secreta significatividad de las *fobias a la altura* se aproxima al masoquismo. Aquí la *angustia* no se presenta como una reacción frente a la ausencia del objeto. Aparece enlazada con la *satisfacción masoquista* de la exigencia pulsional, en el instante que atrapa la caída al vacío (ventana, torre, abismo). Vale decir, cuando interviene, con un yo que retrocede aterrado, “la pulsión de destrucción vuelta hacia la propia persona” (32).

¿La función del objeto fóbico? Es la forma más simple -señala Lacan- de colmar “el lugar previsto para la falta” (33), pero se ubica más acá del nivel escópico, vale decir, más acá del cuadro del fantasma.

En el puesto de combate, bastante adelante del agujero, un signo único impide al sujeto acercarse.

Pues, “lo que el sujeto teme encontrar es una cierta suerte de deseo que volvería a hacer entrar en la **nada** de antes de toda creación, todo el sistema significativo” (34). Entre el antes (fundante) y la falla de la inscripción y de la coordinación **a / -φ**.

Concebir la función de la falta en su estructura original significa un sendero de abordaje esencial para nuestra experiencia. “Habrá que volver muchas veces a ella para no faltarle” (35).

Así la fobia, la forma más radical de la neurosis, esta hecha para sostener la relación con el deseo bajo la forma de la angustia, allí donde está en juego el carácter insostenible del objeto.

Vale decir, se trata del mantenimiento de la relación con el deseo en la angustia con un suplemento más preciso: el lugar del objeto fóbico en tanto que dirigido por la angustia es sostenido por **Φ**, gran *Phi*.

En dicho objeto “se trata del falo, pero es un falo que asume el valor de todos los significantes, el del padre llegado el caso” (36).

Entonces, como “significante excluido del significante” le pone un límite a la hiancia que habita en el intervalo. Y así el objeto es un *suplemento* que tiene la posibilidad infinita de sostener una cierta función faltante o deficiente. Pero, cuando surge la angustia en ese lugar, con la carencia de la falta, el sujeto, sin el recurso de la significación fálica, sucumbe.

¿Qué afirma la angustia en la fobia? ¿Por qué soportar la angustia? Cuando falta la falta lo que consolida la angustia es la satisfacción pulsional, como exceso económico, anudado a la misma.

7. El lugar de la reserva libidinal

En 1916 el tercer grupo de fobias, para Freud “fuera de nuestra comprensión”, acentúa la dificultad para establecer el nexo con el peligro. ¿Cómo establecer el nexo con el peligro que evidentemente existe? En esta dificultad -la agorafobia, las fobias a los animales- está en juego el cambio de estatuto del objeto libidinal.

Pero, previamente, el problema radica en otro lugar: ¿cómo es que la angustia, que significa una huida del yo frente a su libido, es, sin embargo, engendrada por esa libido misma?

¿Cómo contraponer la libido que en el fondo le pertenece al sujeto, “*como algo exterior al mismo*”? (37) ¿Se trata de la modificación de la naturaleza del objeto?.

El niño “se aterroriza frente al rostro *extraño* porque espera ver a la persona *familiar*: en el fondo a la madre”.

En ese *relámpago* tiene lugar “el entrelazamiento de libido y angustia, y la sustitución final de la primera (libido) por la segunda (angustia)”. La libido *como algo exterior* se contrapone al sujeto. Ya no le pertenece, “falta libido y en su lugar se observa angustia” (38). Interviene, en ese breve lapso, la *amenazadora proximidad* del objeto-resto. “*La angustia ha resistido la prueba*” (39): participa la pulsión.

Pero en las fobias, tanto en los niños como en los adultos, ocurre lo mismo que en la angustia infantil; una libido inaplicada “se transmuta en una aparente *angustia realista* y, así, un minúsculo peligro externo se erige como sustitución de los reclamos libidinales”.

En ese punto la libido ha cambiado de signo: es un cuerpo fuera-de-cuerpo y fuera-de-representación.

De allí que la fobia puede compararse a un atrincheramiento contra el peligro externo que sustituye ahora a la libido temida. Sin embargo, “nunca puede conseguirse del todo la proyección del peligro libidinal hacia afuera” (40). En el pequeño *Hans* ese resto que deja el significante caballo: el pánico auditivo y la mancha negra.

Está en juego el lugar de la reserva libidinal. «La investidura última del falo propio -para Lacan- es defendida por el fóbico de una cierta manera».

¿Qué ocurre en el desencadenamiento del síntoma, en el ejemplo que nos aporta Helen Deutsch: la fobia a las gallinas?

Momento de angustia: el desencadenamiento se presenta como ese lapso de *conjunción de i(a) con lo que la sostiene, a*. “Es en el momento en que *el deseado* se encuentra sin defensa para con el deseo del Otro cuando éste amenaza *la orilla, el límite, i(a)*; es entonces cuando el artificio perpetuo se reproduce y el sujeto constituye el hecho de aparecer como encerrado en la piel del oso antes de haberlo matado” (41). Pero, es una piel dada vuelta y en su interior el fóbico defiende el otro lado de la imagen especular.

En el pasaje de la angustia a la fobia, al igual que en *Hans* con el caballo, nace lo que la gallina va a representar para el sujeto: “una función perfectamente significativa y totalmente imaginaria”, un significante que provoca temor. Para parecer algo, que no puede resolverse al nivel del sujeto ni de la angustia insoportable, “el sujeto no tiene otro recurso que fomentarse un tigre de papel” (42).

En ese punto donde hay que incluir la carencia (paterna) y los efectos de la privación estructural de goce, en una fobia surge como suplencia “la positivización del sujeto”.

Dicha positivización -la gallina o el caballo- hace posible la sustitución de la angustia por el temor, pero no termina de resolver el problema del intervalo en la fobia, vale decir, la inscripción del sujeto.

En 1969 el falo designa un goce sexual radicalmente forcluído. ¿Qué ha ocurrido entre el momento fundante que lo divide y esa cantidad que el fóbico no puede asumir?

Más acá de la positivización del sujeto la *marca* de la angustia reaparece en el embarazo del falo que atañe al pequeño *Hans*. En 1977 se trata de un goce fálico extraño asociado al cuerpo de esa inicial disyunción, es decir, a un cuerpo fuera-de-representación.

Ese embarazo del falo arrastra algo del objeto, es decir, con la angustia “un objeto *a* puede estar allí implicado” (43), mirada o voz, sin la coordinación con el (- ϕ) que lo inscribiría como falta. El significante comodín viene a ese lugar para clavar al sujeto a la imagen, cercando y, a la vez, separándolo del objeto *a*.

¿Qué es la angustia? En 1975 “es aquello que del interior del *cuero* ex-siste cuando algo lo despierta, lo atormenta”. El pequeño *Hans* “si se precipita en la fobia, es para dar *cuero* al embarazo que tiene del falo, de ese goce fálico —anómalo— venido a asociarse a su *cuero*”. Pues, a partir del momento de angustia considera siempre el pene como traumático. “Piensa que pertenece al *exterior* del cuerpo. Es por ello que lo mira como una cosa separada, como un caballo que comienza a levantarse y dar coces” (44).

“Mostré, nos dice Lacan en *Televisión*, lo que era la fobia del pequeño *Hans*, donde él paseaba a Freud y a su padre, pero donde desde entonces los analistas tienen miedo” (45). ¿Por qué? La fobia, como anticipamos, amplía los bordes del campo del psicoanálisis: aquí, las operaciones transferenciales no coinciden, se separan de la dimensión del fantasma.

De entrada, en una fobia hace falta, tal como señala Freud en 1910, el dispositivo protector. El dispositivo analítico tendrá que tenerlo en cuenta. Así, en una agorafobia grave, si se procede con el trabajo de interpretación, no responde la significación fálica, al contrario, allí se revela la satisfacción pulsional anudada a la angustia. Desventaja pues del dispositivo analítico en la neurosis fóbica: ¿cómo poner en cuestión la certeza respecto del objeto? Sin embargo, cuando es posible abordar, vía construcción, la *marca*

de la angustia se puede introducir, junto a la pérdida o rechazo de goce, el problema de la falta y reinscribir el intervalo significativo.

Un agorafóbico, durante el análisis, se vuelve un claustrofóbico. En cierto lapso, al escapar del temor de permanecer en un lugar cerrado, se desplaza a una fobia cardíaca. El momento de mayor agravamiento de su angustia, el terror de un ataque al corazón con una muerte terminante —esa *angustia frente a lo inminente*—, introduce, como construcción simbólica y como pérdida de goce, la perentoriedad de un llamado del más allá que no cesa en reclamarlo.

¿Qué es lo que hace obstáculo a la disolución de la neurosis de transferencia? En 1919, la cura misma como satisfacción sustitutiva. Vale decir, el goce del fantasma. Ese lugar que lo protege al sujeto de la castración del Otro como real. El histérico y el obsesivo encuentran en la estructura misma del deseo como deseo del Otro lo que los salvaguarda de la castración del Otro.

La cura como satisfacción sustitutiva sostenida en el fantasma, por esa falta de coordinación con el $-\phi$ de la castración, no es posible en la fobia. Ventaja pues en el tiempo de la neurosis de transferencia. Con angustia, un poco más allá del dispositivo protector, no es el deseo quien preside el saber en esta neurosis sino, tal como lo introduce la inminencia del objeto insostenible, el horror.

Abordada la marca de su angustia, con la vía de la construcción que recortó lo real de esa “voz del más allá”, fue posible reinscribir el intervalo significativo. Mucho después, en otro tiempo de la transferencia, a partir del “alarido” de una vecina, *pero anónimo*, que le recrimina en relación a una acción previa del analizante en el patio del edificio, el horror de aquel llamado se ha negativizado. No sin marco, pues interviene una ventana tanto para lo que ha arrojado, que “complicó la moral” de la vecina, como para el retorno de la frase reprobatoria. (46) Recordemos, en su diferencia, la *fobia a la altura* en el instante en que, desde una ventana, “la pulsión *masoquista* vuelta hacia la propia persona” empuja a atravesar el marco y caer al vacío.

La conexión de la teoría analítica con su objeto no es obvia. Dicho objeto, como lo muestra en el retorno de la angustia esta neurosis, es el campo mismo de esta práctica. Los momentos de aparición de la *marca* de la angustia, que irrumpen en esa dimensión del tiempo que es la discontinuidad, de ninguna manera pueden dejarse aprehender por un sujeto transparente en su conocimiento allí donde la radicalidad de una fobia hace confluír, en los límites del saber, goce y objeto.

Notas y referencias bibliográficas

* Este trabajo se encuentra publicado como “*Fobia: en los límites del saber*”, en revista Seminario Lacaniano, n° 9-10, Factoría Sur, Bs.As., 1998. Se reproduce aquí con modificaciones.

1. S.Freud, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (el pequeño Hans), A.E., X, 95.
2. J.Lacan, *La significación del falo*, en Escritos 2, Siglo XXI, Bs. As., 1985, pág. 673.
3. J.Lacan, *El Seminario, libro VI*, “El deseo y su interpretación”, lección del 10-VI-59, inédito.
4. J.Lacan, *El Seminario, libro XVI*, “De un Otro al otro”, lección del 7-V-69, inédito.
5. Idem.
6. S.Freud, *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica*, A.E, XI, 137; *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*, A.E., XVII, 161.
7. J.Lacan, *El Seminario, libro X*, “La angustia”, lección del 3-VII-63, inédito.
8. Hemos tomado la pregunta que cierra el capítulo IX de *Inhibición, síntoma y angustia*, en relación a la diferencia, en la fobia y en las otras neurosis, entre estructura y fantasma. Ver también J.Kuffer, *Fobia ¿síntoma? y transferencia*, en revista Seminario Lacaniano, nº 8, Factoría Sur, Bs. As., 1997, págs. 31-3.
9. Para “el reino de la sustitución” ver: S.Freud, *Obsesiones y fobias*, A.E., III, 75. Para representación inconciliable ver: J.C.Cosentino *Lo real en Freud: sueño, síntoma, transferencia*, Bs.As., Manantial, 1992, págs. 12-8.
10. S. Freud, *La herencia y la etiología de las neurosis*, A E., III, 154.
11. En *Obsesiones y fobias* el mecanismo de la sustitución las *diferencia*. En las fobias de la neurosis de angustia no se revela, vía análisis, una idea inconciliable, sustituida. Nunca se encuentra otra cosa que la angustia que no proviene de una representación reprimida. El enlace del afecto liberado, constituida la fobia, es secundario. En cambio, el monto de afecto las acerca. En la neurosis obsesiva “el estado emotivo se eterniza”, vale decir, permanece idéntico, anticipando en dicha neurosis un modo particular de regulación del goce. Con el *Manuscrito K* hay lugar para interrogar lo eternizado en la neurosis fóbica, “una cantidad proveniente de la vida sexual”, y con ello la posición del sujeto no sin angustia ante la satisfacción.
12. S.Freud, *Obsesiones y fobias*, ob.cit., 75.
13. Idem.
14. S.Freud, *A propósito de las críticas a la “neurosis de angustia”*, A.E., III, 133.
15. S.Freud, *Las neuropsicosis de defensa*, A.E., III, 58, llam. 26.
16. S.Freud, *Obsesiones*, ob.cit., 81.
17. S.Freud, *Las neuropsicosis*, ob.cit., 58, llam. 26.
18. S.Freud, *Obsesiones*, ob.cit., 81. En este punto retomamos lo sostenido en el cap. 2. “*La neurosis de angustia: las fobias ocasionales*”.

19. S.Freud, *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"*, A.E., III, 111.
20. Esta interpretación es nuestra. Hemos desplazado el acento del doble peligro exterior castración-objeto fobígeno del capítulo VII de *Inhibición, síntoma y angustia*, proponiendo la conexión castración-perturbación económica del capítulo VIII. Así es posible ubicar esa cantidad que lo embaraza: lo que ha perdido al producirse como sujeto.
21. S.Freud, Fragmentos de la correspondencia con Fliess: *Manuscrito K*, A.E., I, 262.
22. S.Freud, *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, ob.cit, 171.
23. S.Freud, *Lo inconsciente*, A.E., XIV, 179-80.
24. La *Bejahung* como intersección de lo simbólico y de lo real inmediato en la *Respuesta a Hyppolite*, afirma un goce como imposible y produce como resto el "objeto indecible". Dicha intersección se mediatiza en el fantasma por lo que quedo excluido en el tiempo primero de la simbolización. El sujeto fijado a su fantasma como "Verneinung primitiva", como "negación del juicio atributivo" supone la renegación de la *Bejahung*.
25. J.Lacan, *La significación del falo*, ob.cit, pág. 673.
26. Ver *infra*: "La histeria de angustia: La irreversibilidad de la angustia", pág. 33, capítulo 3.
27. J.Lacan, *El Seminario*, libro 4, *La relación de objeto*, Paidós, Bs.As., 1994, pág. 382.
28. Idem (cáp. XIV, 20-III-57), págs. 246-7.
29. J.Lacan, *Le Séminaire*, livre VIII, *Le transfert* (cáp. XVIII), Seuil, París, 1991, págs. 305-6, y "Le transfert dans tous ses errata" (26-IV-61), E.P.E.L., París, 1991.
30. S.Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, A.E., XX, 156-7.
31. J.Lacan, "La angustia", ob.cit, 5-XII-62; J. Lacan, *La relación*, ob. cit., pág. 355.
32. S.Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, ob.cit, 157.
33. J.Lacan, "La angustia", ob.cit, 12-XII-62.
34. J.Lacan, *Le transfert* (cáp. XVIII), ob.cit., pág. 306 y "ses errata".
35. J.Lacan, "La angustia", ob.cit, 30-I-63.
36. J.Lacan, *Le transfert* (cáp. XXV), ob.cit., pág.425-6, y "ses errata" (14-VI-61).
37. S.Freud, 25ª conferencia. *La angustia*, A.E., XVI, 369.
38. Idem, 369-73.

39. Ver *infra*: “4. El peligro externo: angustia, miedo, terror”, pág. 53.
40. S.Freud, *La angustia*, ob.cit, 374. Para *Hans*, ver *infra*: 3. “...La irreversibilidad de la angustia”, págs. 41-3.
41. J.Lacan, *Le transfert* (cáp. XXVII), ob.cit., pág.456-7, y “ses errata” (28-VI-61).
42. J.Lacan, “De un Otro al otro”, ob.cit, 14-V-69.
43. J.Lacan, *Intervención* en “Discusión después de la exposición de M. Ritter”, *Lettres de l’Ecole Freudienne*, N° 21, París, 1977, pág. 89.
44. J.Lacan *Le Séminaire*, livre XXII, *R.S.I.*, lección del 17-XII-74, *Ornicar? 2*, Le Graphe, París, 1975, págs. 104-5; “Conferencias y encuentros en las universidades norteamericanas”, *Scilicet 6/7*, Seuil, París, 1976, págs. 22-3.
45. J.Lacan, *Télévision*, Seuil, París, 1974, pág. 43.
46. Ver *supra* en el *Anexo*: “Del pequeño *Hans* a Herbert Graf”. En su diferencia se puede observar otra “solución” a un déficit fantasmático.

III. DESPERTAR

10. DESPERTAR: LA TEMPORALIDAD DEL OBJETO*

1. Introducción

En 1900 el despertar freudiano salva la función del sueño: la realización de deseo. No obstante, los sueños de despertar, los típicos sueños freudianos de comodidad, introducen un breve momento, algo controvertido, en que aparece junto al estímulo sensorial *un llamado hacia el mundo exterior*. Anticipadamente, dicho llamado interroga la temporalidad onírica.

Los sueños de angustia inician un giro en relación al despertar y hacen posible reubicar ese llamado. La angustia cuestiona la función que Freud le otorga al sueño e introduce una modificación en el estatuto de la satisfacción: el *displacer*. Este *displacer* de la satisfacción arrastra un cambio en relación al objeto freudiano y clama por un punto de exterioridad con respecto al campo del principio de placer.

En 1920 la realización de deseo es solidaria del campo del principio de placer y el despertar, con los sueños de la neurosis de guerra, constituye el borde mismo de dicho campo. ¿Qué deseo podría satisfacerse con ese retroceso hasta la vivencia traumática, extremadamente penosa?

El hilo conductor es el despertar en Lacan. A partir de 1964 se modifica este llamado hacia el mundo exterior. *¿Quién llama?* Su lectura produce un cambio de pregunta: *¿qué despierta?*

De los sueños de despertar a la hiancia del despertar en un análisis se introduce la discontinuidad como dimensión del tiempo: el objeto *a*, ¿la escansión con la que resistimos al tiempo de la neurosis de transferencia?

2. “La temporalidad del sueño”

La concepción precientífica de los antiguos aprehende a los sueños como la consecuencia de una *perturbación* en el dormir.

Sin *perturbación* no hay sueño. A su vez, el sueño surge como la *respuesta* a esa perturbación. El sueño de *Maury* está centrado en la importancia que estos autores les otorgaban a los estímulos sensoriales exteriores.

Maury estaba enfermo y guardaba cama en su habitación. Su madre se había sentado junto a él. En esa situación, soñó con el período del Terror durante la Revolución Francesa. Presenció atroces escenas de muerte y finalmente él mismo fue citado ante el tribunal. Allí se encontró con Robespierre, con Marat, con Fouquier-Tinville y con todos los tristes héroes de esa época cruel. Tuvo que prestar declaración ante ellos y después de una serie de peripecias que no se fijaron demasiado en su recuerdo, fue condenado. Lo llevaron al lugar de la ejecución en presencia de una enorme multitud. Subió al cadalso, y el verdugo lo ató a la plancha. Puso en marcha el mecanismo y la cuchilla de la guillotina cayó; sintió que su cabeza era separada del

tronco (el momento de acmé de este sueño) y despertó presa de indecible angustia. Halló que el dosel de la cama había caído y le había golpeado sobre sus vértebras cervicales como lo haría la cuchilla de una guillotina.

Para los prefreudianos, un sueño puede explicarse pues por un *estímulo sensorial objetivo reconocido al despertar*.

Pero este sueño, entre 1894-95, dio motivo a una interesante discusión en la *Revue philosophique* entre Le Lorraine y Egger. Debatían sobre la temporalidad. Se preguntaban si era posible y cómo podía ocurrir que en el breve lapso que transcurre entre la percepción del estímulo despertador (el dosel que golpea) y el despertar (la entrada en la vigilia), el soñante pueda comprimir un contenido onírico de una trama tan rica, tan desarrollada. Es decir, el interrogante sobre la temporalidad, para estos autores, se ubica entre la percepción del estímulo despertador y el despertar.

I. Estimulo despertador/

/Despertar

Para Maury, la relación que liga el estímulo con el resultado del sueño aparece como una afinidad cualquiera, que, además, no es única ni exclusiva. Pero el problema que Freud encuentra es que el aparato psíquico yerra en el sueño la naturaleza del estímulo sensorial objetivo. El mismo trabajo del sueño trata ese estímulo sensorial objetivo como un elemento más del sueño y, entonces, no reconoce la naturaleza de dicho estímulo. En relación al dosel que le cae a Maury, lo que aparece en el sueño es otra cuestión: la guillotina. Por añadidura, la cabeza separada que introduce el indecible horror, vela la hiancia que allí se perfila.

El segundo problema apunta a la misma actividad onírica. Si queremos preservar el dormir, las reacciones adecuadas serían el dormir sin soñar o el despertar cuando sobrevienen estímulos perturbadores. ¿Pero, por qué el soñar? Para Robert el sueño tiene una función que cumplir -a posteriori, la función del sueño-. Preservar ese aparato de cierta hipertensión o producir cierta descarga. *El sueño pues es la reacción frente a la perturbación del dormir*, causada por un estímulo. El estímulo despertador provoca una perturbación. Para poder dormir, el sueño es un intento de introducir cierta salida a esta perturbación (1).

Freud, al retomar el sueño de Maury, señala que alcanzado en la nuca por la famosa varilla, el señor Maury despertó con un largo sueño, una novela completa del tiempo de la Revolución Francesa, que tuvo sus complicaciones. Y dado que este sueño nos es presentado como coherente y explicado exclusivamente por el estímulo despertador que ocurrió sin que el durmiente pudiera saberlo -añade- nos queda una sola hipótesis, que “este complejo sueño se compuso y tuvo que producirse en el *breve lapso* que media entre la caída de la varilla sobre las vértebras cervicales de Maury y su despertar -de nuevo- forzado por ese golpe”.

Dicho golpe del despertar esta asociado al dosel que le cae en la nuca (sin que el soñante lo sepa) antes que esté despierto. Pero resta una cuestión que en estado práctico surge con este sueño: este *golpe del despertar* distinto al despertar a la vigilia.

¿Cómo ubicar temporalmente este sueño entre el estímulo despertador y el despertar? Dicha pregunta abre dos cuestiones.

II. Dormir —Estímulo Despertador/(Sueño de Despertar)— Despertar

En el segundo esquema hay una cierta continuidad. Duermo, aparece el estímulo despertador, sueño, me despierto. Esa fantasía que aparece en el sueño, es lo que permite salvar cierta continuidad.

Freud se pregunta, retomando la discusión de 1894-95, si podemos atribuir semejante rapidez al trabajo del pensamiento en la vigilia como ocurre acá en el sueño donde aparece esta heroica fantasía. Si no fuera así, ¿el trabajo del sueño tendría el privilegio de una notable aceleración en su discurrir y, entonces, en ese *breve lapso*, entre el estímulo despertador y el despertar, incluiría este sueño? En el caso de Maury el sueño pone en escena una fantasía -comenta- que él ya tenía lista en su memoria. En el momento en que lo “toca” el estímulo despertador (el golpe del despertar), la fantasía que está ahí, a disposición, es utilizada. Por lo tanto, se disipa la dificultad que una historia tan larga haya podido armarse, con todos sus detalles, en ese *brevísimo lapso* de que el soñante disponía. Ya estaba compuesta. Si esa madera del dosel le hubiera caído a Maury en la nuca estando despierto, quizás hubiera dado lugar al siguiente pensamiento (teniendo esa fantasía disponible): “es justamente como si me guillotinaran”.

Pero resulta que Maury fue alcanzado por la varilla mientras dormía. Entonces, el trabajo del sueño aprovechó rápidamente el estímulo que se le ofrecía (yerra su naturaleza y lo trata como un elemento más del sueño) para producir un cumplimiento de deseo, como si pensara: “ahora se me presenta una buena oportunidad para hacer verdadera la fantasía de deseo que yo me formé en tal o cual época a raíz de mis lecturas”. Esa fantasía íntegra (“morir con ánimo sereno, y aun frente a la cita fatal”) la tenía lista desde hacía tiempo. Maury no necesitó repasarla mientras dormía. Bastó con que ella fuera “golpeada” por el estímulo despertador. “Se trata de fantasías ya listas que son excitadas como un todo por el estímulo despertador”.

La fantasía, vía sueño, envuelve el estímulo despertador, constituye un cierto todo y crea una pseudo continuidad entre el dormir y el despertar a la vigilia: “una totalidad se pone en movimiento a un mismo tiempo”. Lo que es *exterior* al campo del cumplimiento o realización de deseo, es el estímulo perturbador. Dicho estímulo o golpe del despertar pone en cuestión todo el esfuerzo de Freud de ubicar al sueño con esa función de cumplimiento o realización de deseo.

Para los antiguos “la vivencia onírica aparece como *algo ajeno* que se introduce entre dos tramos de vida que forman una serie continua y perfectamente ajustada”, particularmente cuando el recuerdo del sueño, como en Maury, perdura al despertar (2).

III. Dormir/Soñar—Despertar Pleno || Estimulo Despertador

En el tercer esquema se anticipa el cambio de pregunta. Está el *dormir* con el *soñar* y el *despertar pleno* -una serie continua y perfectamente ajustada-, y en otro lugar ese *momento de ajenidad* que se introduce con el corte de la cabeza. Queda pues una cuestión por resolver: ¿cómo ubicar la *temporalidad* de ese estímulo-despertador-golpe-del-despertar, previo al despertar pleno? ¿Qué despierta? ¿Cuál es la temporalidad del despertar en el sueño?

Este sueño, a pesar de esta extensa fantasía, de esta totalidad, de que ya estaba armado desde previas lecturas, de una cierta fantasía de deseo, introduce un breve *instante* en que aparece angustia. Es el efímero momento en el cual se quiebra la continuidad y se incluye esa hiancia que está *representada-velada* en el sueño por el corte o la separación de la cabeza. Es decir, *algo ajeno* a la fantasía de deseo que deja un cierto interrogante con respecto al desarrollo mismo que hacen Maury primero y Freud después revisando este sueño.

3. El deseo de dormir

Como lo anticipamos, al referirse en el capítulo V a las fuentes somáticas de los sueños, acentúa el carácter de sueño de comodidad que tienen estos sueños de despertar. Sólo los sueños de angustia, en 1900, complican la función realizadora de deseo del sueño.

El sueño es el guardián del dormir, no su perturbador. No obstante, en el punto C de dicho capítulo comenta que en otro momento y en otro lugar justificará “esta concepción respecto de los factores psíquicos del despertar”. ¿Qué tiene que justificar respecto de dichos factores? ¿Por qué tiene que explicar esa concepción si para él todos los sueños, en última instancia, son sueños de comodidad que sirven al propósito de seguir durmiendo, que el sueño es el guardián del dormir, no su perturbador?

Insiste. O el aparato psíquico no hace caso para nada de las sensaciones que le sobrevienen mientras duerme o emplea el sueño para poner en entredicho esas sensaciones o, como tercera posibilidad, busca interpretar esas sensaciones de tal modo que la sensación actual aparezca en el sueño como parte de una situación deseada y compatible con el dormir. A diferencia de los prefreudianos, la función del sueño es la realización de deseo.

Con la perturbación Freud ubica la función del sueño dentro de un cierto campo, que es el campo del principio de placer. Entonces lo llama principio de displacer. El sueño tiene que acomodarse al deseo de dormir; de esa manera se corresponde con el

cumplimiento de deseo y así se abre la posibilidad de introducir en el sueño una cierta situación deseada pero compatible con el dormir. Es muy explícito. El deseo de dormir, que no es el deseo inconsciente del sueño, al que el yo se ha acomodado y que junto con la censura y la elaboración secundaria son su contribución al soñar, debe computarse en todos los casos como motivo de la formación de sueños. *Todo sueño logrado* -no todo sueño para Freud va a ser logrado- *es un cumplimiento del deseo de dormir*. “El modo en que este deseo universal de dormir, que se presenta como regla general y se mantiene idéntico a sí mismo, se sitúa respecto de los otros deseos, de los que ora uno, ora el otro son cumplidos por el contenido del sueño, será objeto de otras interrogaciones” (3).

Esta teoría del sueño de despertar es ilustrada con el “sueño de la niñera francesa”, una serie de imágenes de una hoja humorística húngara. En ese sueño agregado en 1914 al capítulo VI y referido al *simbolismo de la orina*, “sólo la última imagen que presenta el *despertar* de la niñera a consecuencia del berrinche que tiene el niño, nos muestra que las primeras siete representan, ponen en escena, las fases de un sueño”.

En la primera imagen se individualiza el estímulo que después terminará provocando, siguiendo esta línea, el despertar. El niño exterioriza una necesidad y pide la asistencia correspondiente. Pero el sueño, justamente para preservar el dormir, permuta la situación. Entonces, surge una escena en la que hay un paseo en lugar del dormitorio. En el segundo cuadro, el niño ya fue arrimado a un rincón de la acera, hace pis y ... la niñera puede seguir durmiendo. Pero como el estímulo despertador prosigue, y aún se refuerza, el niño, viendo que no le hacen caso, berrea cada vez más fuerte. Cuando más insiste en reclamar el despertar y la asistencia de su niñera, tanto más el sueño le asegura a ésta que todo está en orden y que no necesita despertarse. En los cuadros siguientes -escribe- se traspone el estímulo despertador a las dimensiones del símbolo. “La corriente de agua que el niño produce al orinar se hace cada vez más potente”. En el cuarto cuadro, como es tanta el agua que surge, soporta una canoa. Después, aparece una góndola, después, un buque de vela y finalmente un gran transatlántico (4).

El travieso artista -añade- ha representado ingeniosamente, en esas imágenes, la lucha entre la obstinada *necesidad* de dormir (aparece su primera definición) y el incansable estímulo despertador. Después, será la lucha entre el obstinado *deseo* de dormir y el estímulo despertador. Ese tozudo deseo aparece en el capítulo siguiente de la *Traumdeutung*.

La insuficiencia de la doctrina de los estímulos somáticos, en este retorno que lleva a cabo, puede demostrarse de una manera bastante concluyente. La formación del sueño no ocurriría si el motivo, *la fuerza motriz* del soñar no se situara más allá, “fuera” de las fuentes somáticas de estímulo. En nuestro análisis de los sueños -comenta- nos encontramos con aquel argumento que omitimos cuando nos ocupamos de la doctrina de las fuentes somáticas. ¿Qué es lo que omitimos? Que mediante un procedimiento (la regla fundamental y la asociación libre) que otros autores no han aplicado a su material de sueño, podemos demostrar -añade- que el sueño posee un valor propio como acción psíquica de pleno derecho, que un deseo pasa a ser el motivo de su formación y que las vivencias de la víspera proporcionan a su contenido el material más próximo, lo que se conoce como los restos diurnos, recientes e indiferentes.

Todos los estímulos, somáticos, etc., que aparezcan en el sueño van a ser sometidos, dentro de esta función de cumplimiento de deseo, al trabajo del sueño.

4. Ruido, despertar

Siguiendo en esta dirección introduce un sueño de despertar que tiene un cierto plus. Se trata de un abogado joven a quien un pleito lo tenía sumamente preocupado y se durmió, a la siesta, con esa intranquilidad. Soñó con un señor, un cierto G. Reich de una ciudad llamada *Hussiatyn*. Pero *Hussiatyn*, una ciudad de Galitzia que este abogado conocía por un pleito, en un momento determinado del sueño, empieza a adquirir forma imperativa: ¡*Hussiatyn, Hussiatyn, Hussiatyn!* Vale decir, “se le impone de manera imperiosa” y el sujeto se ve llevado a despertar. Despierto, oye que su mujer, que padecía un acentuado catarro bronquial, tose fuertemente. Toser en alemán es *husten*, y *husten* tiene relación con *Hussiatyn* (5).

El soñante, en este sueño hecho en torno al ruido, es alcanzado-despertado por algo. ¿Qué es? “No sólo la realidad, el golpe, el *knocking*, de un ruido” para que vuelva a la vigilia sino “algo que traduce, en el sueño precisamente, la casi identidad de lo que esta pasando” (6), el *husten*.

En el sueño hay una sutil transformación del estímulo despertador: esa violencia con que la mujer tose (*husten*) se transforma en el *Hussiatyn* (la cuestión de la identidad de percepción) que irrumpe de una manera imperiosa (esa forma imperativa de la pulsión invocante) y lo lleva a un cierto punto de acmé en que tiene que despertar e instalarse en la vigilia. Vuelve a aparecer con este sueño, en el breve lapso en el cual insiste el estímulo despertador, pero bajo la forma de cierto símbolo, cuál es el estatuto y cuál es la temporalidad que tiene dicho fenómeno, que desborda la función del sueño y lo lleva al sujeto, para seguir soñando despierto, al despertar a la vigilia: “*Hussiatyn* se le impuso de tal manera -un más allá se hace oír en el sueño- que tuvo que despertarse” (7).

Con el capítulo VII retornan los factores psíquicos del despertar. Si el sueño es el guardián del dormir, si el sueño no es su perturbador: ¿qué son, cuáles son, cómo juegan los factores psíquicos en el despertar? ¿De dónde vienen? Al recorrer el trayecto de la formación onírica sostiene que la investidura preconscious tiene que establecer una transacción con el sueño de manera tal que pueda ligar la excitación inconsciente del mismo y *lo vuelva inocuo como perturbación*.

El soñante no puede mantenerse todo el tiempo enfrentado al inconsciente durante el tiempo en que duerme. Así el sueño se perfila como un compromiso igual que las otras formaciones. Sirve simultáneamente a los dos sistemas, realizando ambos deseos en tanto sean compatibles entre sí: el deseo inconsciente y el deseo de dormir, de distinto orden. Sirve como válvula o descarga para la excitación del *Icc* y al mismo tiempo preserva el dormir del preconscious.

Mientras Freud pueda mantener a ambos sistemas compatibles, todo factor de perturbación puede volverse inocuo -los factores psíquicos del despertar- y así puede apuntalar esta función que le otorga al sueño.

¿Por dónde se introduce la restricción: “*en tanto ambos deseos sean compatibles entre sí*”? De pronto, pueden no ser compatibles entre sí (en ese momento: lo que es placentero para un sistema puede ser displacentero para el otro). La restricción, en relación a la compatibilidad, surge cuando un deseo del inconsciente se agita en el preconscious con tanta intensidad que el preconscious no puede mantenerse en reposo.

En ese caso el sueño rompe el compromiso y deja de cumplir la otra parte de su cometido. “Al punto es interrumpido y sustituido por el despertar pleno” (8). Una vez que se establece el despertar pleno, provisoriamente el estímulo despertador queda entre paréntesis, y no hay una pregunta por dicho estímulo perturbador. Vale decir, permanece como un punto de interrogación que, como fenómeno onírico, insiste. Como es natural introduce el caso del sueño de angustia: ¿qué angustia?

No sólo le resta interrogarse por el estatuto de la satisfacción (el displacer que lleva al goce), sino también por el objeto que está en juego en ese *breve momento* del estímulo despertador. No se trata pues de la función preconscious del sueño como realización de deseo, sino: ¿cuál es la función de lo perturbador en el sueño? Ese cambio de pregunta que introduce Lacan en 1964 cuando revisa los mismos sueños freudianos. ¿Qué despierta en el sueño que inaugura la introducción al capítulo VII de la *Traumdeutung*?

5. El deseo inconsciente como llamado

“El sueño del niño que se abrasa da una bienvenida oportuna para apreciar ciertas dificultades con que choca la doctrina de la realización de deseo”. En el punto C del capítulo VII, el sueño no se engendraría si el deseo preconscious no supiese ganarse un refuerzo *de otra parte*. ¿De dónde? Contesta: del *inconsciente* (9). Los deseos inconscientes -puntos C y D, capítulo VII- siempre alertas, dispuestos en todo momento a procurarse expresión cuando se les ofrece la oportunidad, “por así decir inmortales”, comparten el carácter de la *indestructibilidad* con todos los otros actos anímicos realmente *Icc*. Son vías facilitadas de una vez por todas. “Constituyen caminos siempre transitables” tan pronto como una cantidad de excitación se sirve de estas vías, o de estos deseos. “En el inconsciente, a nada se le puede poner fin, nada es pasado ni está olvidado” (10). El deseo pues surge como la única fuerza psíquica pulsionante del sueño en relación a su indestructibilidad, a estas vías trazadas de manera definitiva.

Se ha producido un cierto cambio. ¿El deseo *Icc* como vía siempre transitable quiebra la continuidad? Sin embargo, algo insiste en el punto C del capítulo VII. Hasta ahora, el sueño expresa un cumplimiento de deseo del sistema inconsciente, pues el sistema dominante, el preconscious, permite que se ponga en escena este deseo inconsciente “después de constreñirlo a ciertas transposiciones”. El sueño está autorizado a darle expresión “a un deseo del *Icc* tras toda clase de transposiciones o desfiguraciones, en tanto, el sistema dominante se retira al *deseo de dormir*, lo realiza produciendo en el interior del aparato psíquico las alteraciones en la investidura que le son posibles y, en definitiva, retiene este deseo de dormir preconscious todo el tiempo en que se duerme”.

Así, “otros de los deseos que vienen de lo reprimido se nos escapan”, como en el sueño del niño que se abrasa. Pero como no hay un cambio de pregunta, vuelven la realización de deseo y el deseo de dormir: tal “como prolongó la vida del niño, el sueño también dejó al padre dormir un momento más”. Como señala Lacan, el mayor enigma que Freud propone acerca del mecanismo de los sueños. Pero esta indicación -el deseo de dormir determina la operación del sueño- es completada con otra: “un sueño despierta justo en el momento en que podría soltar la verdad” (11). De nuevo nos despertamos sólo para seguir soñando en la realidad.

Y con el lugar preeminente que le otorga al deseo de dormir recupera los sueños de comodidad pues desde esta perspectiva “todos los sueños merecen esta designación”. Entonces, “es muy fácil reconocer la eficacia del deseo de seguir durmiendo en los *sueños de despertar*, que elaboran el estímulo sensorial exterior de suerte que lo hacen compatible con la prolongación del dormir, lo entretejen en un sueño a fin de privarlo de los derechos que podría reclamar como *llamado* hacia el mundo exterior” (12).

Los sueños de despertar: un llamado hacia el mundo exterior. Antes de 1920 dicho llamado: la intensa tos de la mujer de aquel sueño donde insiste el *Hussiatyn*; el fuego del famoso sueño que está en la introducción del capítulo VII, “Padre, ¿entonces no ves que estoy ardiendo?” La tos persistente que llega de los alrededores o el resplandor del fuego que llega de la habitación vecina constituyen el estímulo exterior como llamado hacia el mundo exterior. En un caso el llamado le dice: “despiértate, tu mujer tiene un ataque de tos”. En el otro, “ve a la habitación vecina que has dejado a un viejo guardián que no está a la altura de velar el cadáver de tu hijo”. Freud acentúa pues, con la función del sueño, esa manera de escapar, vía el deseo de dormir, a ese llamado hacia el mundo exterior.

Pero, al mismo tiempo, esa perturbación, ese breve momento invocante, ese estímulo despertador que irrumpe en ese instante de llamado, también nos permite preguntar ¿quién llama? Si recortamos el deseo inconsciente de ese deseo preconscious, la imperiosidad con que se impone el *Hussiatyn*, esa voz invocante cuyo testimonio es la frase “Padre, ¿entonces no ves que estoy ardiendo?”, podemos interrogar el valor de esos momentos en ambos sueños. No tanto ese llamado hacia el mundo exterior. Si alguien se despierta al mundo exterior y está en la vigilia, una vez despierto, tal como señala Lacan, puede seguir soñando. Al poner entre paréntesis esa función secundaria del sueño y el mundo exterior, se insinúa un cambio de pregunta. En ese soplo no habitable del llamado, del estímulo despertador, del golpe del despertar, de la perturbación: ¿quién llama?

Con el llamado se introduce un punto de exterioridad en relación al campo del principio de placer. “Un sueño (*rêve*) -a pesar del deseo de dormir freudiano- es un despertar (*réveil*) que comienza” (13). Ese instante fugaz y esa temporalidad del instante que adelantan la discontinuidad.

La cabeza de Maury separada del tronco duplica-velando esa hiancia. El ruido ocurre excesivamente rápido para ambos estados freudianos, el dormir y la vigilia (segundo esquema), y sólo nos queda el despertar que se origina cuando se vuelve inasimilable ese otro llamado del tribunal superyoico. Con esa fantasía pierde la cabeza. Se trata de ese “abrir y cerrar de ojos” en el que el sujeto se despierta presa de indecible angustia. Ya despierto, escapa a esa hiancia. Pero dicho intervalo en el texto freudiano

todavía no responde. Hacen falta los sueños de la neurosis traumática. Sólo produce una ruptura con esa aparente continuidad en la cual se ubica esa fantasía ya lista.

En el sueño del niño, la comodidad del padre se sostiene, en ese breve tiempo que dura el sueño, en quedarse *viendo* la imagen del hijo otra vez con vida. "Dejemos que siga el sueño (que prolonga la vida del niño y deja al padre dormir un momento más) o tendré que despertar". Pero lo que lo perturba, el estímulo despertador, el llamado, es lo que oye: esa *frase-golpe-del-despertar* que introduce la discontinuidad y que no quiere escuchar: "sólo su voz -Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?-" se hizo oír" en el sueño (14).

6. Los sueños de angustia

En 1901 Freud diferencia los sueños según la manera que tienen de comportarse con respecto a la realización de deseo. Ubica los sueños de tipo infantil que representan *no disfrazadamente* un deseo *no reprimido*, los sueños que expresan *disfrazadamente* un deseo *reprimido* y los sueños de angustia que por cierto escenifican un deseo *reprimido*, pero "*sin disfraz* o con uno insuficiente".

Distinción que enuncia en términos universales el principal resultado del análisis de los sueños; su fórmula dice que son realizaciones de deseo, y más específicamente: realizaciones *encubiertas* de deseos reprimidos, cuando también entran en la cuenta los sueños infantiles.

En *Sobre el sueño*, como comentamos, cuando se interroga por la función del sueño y lo reconoce como *guardián del dormir* tiene dificultades con los "casos fronterizos en los que el sueño ya no puede mantener su función de precaver de interrupciones al dormir".

Sin *disfraz* o con uno insuficiente dichos sueños van acompañados de angustia, que los interrumpe. La angustia es el *sustituto* de la transposición *-entstellung-* y es el trabajo onírico el que la evita en aquellos sueños que permiten la prosecución del dormir.

Freud permuta la función de prolongar el dormir, cuando el sueño no la puede sostener, por otra, la de cancelarlo a tiempo, y ya no halla objeción alguna contra la concepción que reconoce al sueño como *guardián* del dormir: procede "como el concienzudo vigilante nocturno, quien primero cumple con su deber aquietando las perturbaciones para que no despierten a los ciudadanos, pero después lo continúa, despertándolos, cuando las causas de la perturbación le parecen graves y no puede habérselas con ellas por sí solo" (15).

Los sueños, o prosiguen el dormir -prestamos creencia a las imágenes del sueño diciendo: "sí, sí, tu tienes razón, pero déjame dormir"; mientras que en situaciones más difíciles decimos: "es sólo un sueño" y continuamos durmiendo-, o lo prolongan todavía un efímero momento -"Padre, entonces ¿no ves que estoy ardiendo?"-, o despiertan a la vigilia pero, siguiendo la concepción freudiana de la *Traumdeutung*, para borrar el *fugaz instante del despertar*.

Se salva de esta manera, si uno despierta a la vigilia para seguir soñando, postergando la interrogación por el despertar, la función que entonces Freud le atribuye al sueño.

Y a pesar de las perturbaciones del dormir que vienen de lo reprimido se mantiene la fórmula universal pues la realización de deseo se da la mano con el deseo de dormir.

"El sueño procura una suerte de finiquitación psíquica al deseo *caído en el fondo* (*unterdrückten*) o formado con el auxilio de lo reprimido, presentándolo como realizado, pero también contenta a la otra instancia, puesto que permite la prosecución del dormir".

No obstante, los sueños de angustia deslizan una diferencia que se sostiene en la represión al marcar un antes y un después: *lo "que ahora nos depara en el sueño una angustia fue otrora un deseo, desde entonces sometido a la represión"* (16).

Extraño encuentro en *Sobre el sueño* entre el deseo icc y la angustia sustentado en la operación de la represión.

De allí que "el mayor interés teórico recae -en la *Traumdeutung*- sobre los sueños que tienen la capacidad de despertarnos en mitad del dormir".

¿Por qué se le confiere a estos sueños, "y por tanto al deseo inconsciente, el poder de perturbar el dormir", deseo de dormir "que es el cumplimiento del deseo preconciente"? (17)

En los sueños de despertar, ¿se trata sólo de un llamado hacia el mundo exterior para seguir soñando despiertos?

¿Y el deseo inconsciente? ¿Ese otro llamado, ese "más allá que se hace oír en el sueño"? (18) ¿Cómo el deseo de dormir, al que se aferra el preconciente, le presta su apoyo?

En vez de despertarlo, a causa del resplandor, el sueño dejó al padre dormir un momento más y así prolongó la vida del niño. Sólo así el deseo de dormir le presta su apoyo al deseo inconsciente, como "cumplimiento del deseo preconciente".

Pues, Freud le confiere al deseo inconsciente, en los sueños de despertar, "el poder de *perturbar* el dormir, que es la realización del deseo preconciente".

El soñar, como muestra la experiencia, aunque interrumpa una vez el dormir, es compatible con este último.

Nos *despertamos*, "inmediatamente antes del despertar" pleno, *un instante* - "como cuando, dormidos, espantamos una mosca"- y si no volvemos a dormirnos enseguida, contamos con "el despertar a la vigilia" (19).

"Esto no es más que un sueño", es la fórmula con la que se defiende el soñante. Vale decir, hay una instancia -el preconciente- que no se duerme del todo, que sabe siempre que el sujeto duerme. Esta complicidad pues del deseo de dormir preconciente

con el deseo en tanto que se opone a la realidad, introduce una reflexión: ¿qué ocurre al despertar? “No es, tal vez, nunca, más que un pequeño instante: “*aquel en que se cambia de pantalla*” (20).

Pero aquí pide ser oída una objeción pues ha definido los deseos inconscientes como siempre alertas. “¿Con qué derecho -se interroga- hemos afirmado que el sueño elimina lo que *perturba* el dormir?” ¿Esos caminos siempre transitables, tan pronto como una cantidad de excitación se sirve de ellos, que conducen a la indestructibilidad del deseo?

Con esta objeción, como es natural, introduce el sueño de angustia donde la función del mismo “termina en un fracaso”.

Sin embargo, “no es difícil reconocer que los sueños de displacer y los de angustia son cumplimientos de deseo, en el sentido de nuestra teoría, con igual título que los sueños de satisfacción (*Befriedigungstraume*) lisa y llana”.

Pero, mientras que en los sueños de *satisfacción* el deseo inconsciente coincide con el deseo consciente, en los sueños de *displacer* y de *angustia* se hace patente la divergencia entre lo reprimido y el yo. El yo durmiente reacciona con violenta indignación frente a la satisfacción procurada del deseo reprimido y aún pone fin al sueño mediante la angustia.

“Una realización de deseo -corrige en una nota agregada en 1919- tendría sin duda que brindar placer, pero también cabe preguntar: ¿a quién? ... A quien tiene el deseo. Ahora bien, ... el soñante mantiene con sus deseos una relación sumamente particular: los desestima, los censura; en suma, no le gustan. Por tanto, un cumplimiento de ellos no puede brindarle placer alguno, sino lo contrario. La experiencia muestra entonces que *eso contrario*, que hemos de explicar todavía, *entra en escena en la forma de la angustia*” (21).

En el agregado del 19 retorna junto con el displacer, algo -“eso contrario”- que falta explicar, que vuelve a ligar el deseo con la angustia: deseo-angustia-goce.

En los sueños llamados de *satisfacción* donde aparentemente coinciden deseo icc-prcc, el deseo canaliza lo desagradable y así parece acomodarse al principio de displacer. A consecuencia de dicho principio -señala en el punto E, capítulo VII- “*el primer sistema ψ es incapaz de incluir algo desagradable en el interior de la trama de pensamiento*”.

Entonces, dicho sueño (*Befriedigungstraum*), con la experiencia de satisfacción, no responde a la satisfacción de la necesidad. Introduce otra manera distinta de “satisfacción”: la realización alucinatoria de deseo que parece no cuestionar el deseo de dormir. El sistema primario, allí donde el deseo canaliza la pulsión, “no puede hacer otra cosa que desear”.

En los sueños de angustia, a pesar del sistema ψ , la *irrupción* de lo *desagradable* desacomoda al principio de displacer y al deseo de dormir, y no puede impedir con la llamada mudanza del afecto, en el instante del despertar, que no puede ser borrado con

el llamado hacia el mundo exterior, produciendo un giro, el displacer de la satisfacción, vale decir, el goce.

Más aun, allí donde se hace patente la divergencia, la angustia desanuda satisfacción y cumplimiento de deseo, el cumplimiento de deseo no canaliza lo desagradable y lo desagradable es el *resplandor* del encuentro imposible con el despertar, antes del despertar pleno. Hay lugar para la estética del horror, introducida *a posteriori*, distinta de la estética kantiana: en la temporalidad del instante lo *heimlich* se vuelve *unheimlich*.

7. Grito, voz

Un sueño que Freud comenta en el punto D del capítulo VII introduce justamente “el mas horripilante de los sentimientos de displacer”. Se anticipa el displacer de la satisfacción, es decir, el goce del terror.

Se modifica aquello que, unas páginas antes, sostiene sobre los sueños de angustia: que son “realizaciones de deseo” -como anticipamos- con igual título que los sueños de satisfacción lisa y llana.

Un muchacho de trece años -escribe- comenzó a mostrarse angustiado y ensoñador, su dormir era intranquilo y casi todas las semanas se lo interrumpía un grave ataque de angustia con alucinaciones (el pavor nocturnus). El recuerdo de estos sueños era siempre muy nítido. Pudo así contar que el diablo le había gritado: “¡Ahora te tenemos, ahora te tenemos!”, y después había olor a azufre y alquitrán, y el fuego abrasaba su piel. Más tarde, ese sueño lo hacía despertarse aterrorizado; primero no podía gritar, después recuperaba la voz y se le oía decir nítidamente: “¡No, no, a mí no; yo no hice nada!”, o también: “¡Por favor, no, nunca más lo haré!”. Algunas veces decía también: “Albert nunca ha hecho eso”. Después evitó desvestirse “porque el fuego sólo lo sorprendía estando él desnudo” (22).

Descubre que el intercambio sexual de los adultos, tal como le muestra la experiencia cotidiana, se vuelve ominoso para los niños que lo observan y les despierta angustia. Anticipando la construcción de la escena primaria (el sueño de angustia del *Hombre de los Lobos* y del pequeño *Hans*), se trata de una excitación sexual que su comprensión no puede dominar y el sueño no puede ligar, pero que de todos modos tropieza con una repulsa pues en ella están envueltos los padres, y así se muda en angustia.

También en este caso no puede tratarse sino de la *activación* (23) en el sueño, como en el *Hombre de los Lobos*, de mociones sexuales no comprendidas y repelidas, pues un incremento de la libido sexual puede producirse por impresiones excitantes de índole contingente.

Al comienzo surge un sueño demoníaco que, junto con la angustia, redefine el llamado pues aquí también se vuelve imperativo: *¡Ahora te tenemos!*

Más tarde, la repetición de ese sueño lo hace despertarse aterrorizado. Tomado aún por el horror, primero *no puede gritar*; después *recupera la voz* y se le oye decir nítidamente: “*¡No, no, a mí no; yo no hice nada!*”, etc., etc.

Esa voz que modula las frases implorantes que aparecen en el sueño -“*¡Por favor, no, nunca más lo haré!*”-, es un velo insuficiente que no puede impedir, en el relámpago del despertar, el llamado de ese grito inaudible. Vale decir, ese disfraz insuficiente no logra acallar la coacción que ejerce ese perdido grito, del cual solo queda el relato que hace el muchacho de lo que el diablo le grita.

En ese instante horroroso en que el soñante no puede gritar, ese llamado inasimilable se hace oír en el sueño pero cavando el silencio en que se precipita el grito. El grito pues no se oye, es mudo; se atrona en “la garganta que no puede estallar, desencadenarse y entrar así en la dimensión de la subjetividad” (24).

El grito provoca el silencio, lo hace surgir; hace el abismo donde el silencio se precipita. La angustia traumática suficientemente fuerte no encuentra aún una salida en la vocalización.

Entonces, con el giro que se produce a partir de 1963, de ese deseo del Otro como puro llamado no audible, sólo nos queda como testimonio, aunque no logre *acallar* ese grito *silencioso*, la propia voz del sujeto.

El psicoanálisis a primera vista, está mandado a hacer, señala Lacan, para llevarnos hacia un idealismo. Pero basta remitirse a como Freud traza esta experiencia desde sus primeros pasos en la *Traumdeutung* para notar, al contrario, que no se conforma para nada con ese aforismo que la vida es sueño. “Más que ninguna otra praxis el análisis está orientado hacia lo que, en la experiencia, es el hueso de lo real” (25).

Así, en 1964, determina al objeto *a* como el hueso que se atasca en la garganta del sujeto. Y así esa insoportable tensión del grito inaudible encuentra una salida cuando el soñante, en el alivio de la vocalización, “escupe el hueso de lo real” (26). Después de un breve momento -*recupera la voz*-, el sonido resuena, golpea con toda su fuerza y *se le oye decir nítidamente*: “*Albert nunca ha hecho eso*”. Un “grito” vocalizado de manera diferida, vocalizado en ese pequeño instante -aquel en que se cambia de pantalla- en que el sujeto “advierde” su silencio.

Se puede ubicar pues esa esquizia más profunda entre lo que refiere el sujeto en la maquinaria del sueño -la imagen del diablo- y, por otra parte, “aquello que lo causa y en lo cual cae”: ese llamado que ahonda el silencio del grito. El grito, o sea la voz como objeto que no oímos, constituye pues “el abismo donde el silencio se precipita”. Vale decir, “no se perfila sobre el telón de fondo del silencio, al contrario lo hace surgir como silencio”, provoca el silencio (27).

En ese llamado, con ese más allá, recuperamos *eso contrario* al campo del principio: el nudo que conecta al deseo con la angustia, en el instante de la inminencia del objeto (28).

Este muchacho de 13 años “no osaba admitirlo, pero continuamente sentía picazones y sobreexcitaciones en las partes”. Al fin *eso* endemoniado lo exasperaba tanto que varias veces pensó en arrojarse por la ventana del dormitorio. Ese segundo acmé, ese momento de casi “pasaje al acto”, de tirarse, introduce nuevamente el llamado del diablo. Como su sueño, “no está inspirado por *el deseo de dormir* ... lo mueve más bien *el deseo de despertar*” (29).

Del sueño a los ataques de angustia con alucinaciones, resta el olor a azufre y alquitrán, y el fuego que abrasa su piel que sólo lo sorprende -evita desvestirse- cuando está desnudo.

8. Deseo de despertar

En 1932, al descorrer el velo de la amnesia que oculta los primeros años de la infancia, esas primeras vivencias sexuales del niño están conectadas con *impresiones dolorosas* de angustia, de prohibición, de desengaño y de castigo. Su carácter displacentero y la tendencia del sueño a la realización de deseo parecen conciliarse muy mal: “¿qué moción de deseo -se interroga Freud- podría satisfacerse mediante ese retroceso hasta la *vivencia traumática*, extremadamente penosa?”

Entonces, le es preciso concederle carácter traumático también a las vivencias infantiles y no se asombra si se producen *perturbaciones menores* de la operación onírica en los sueños que se presentan en los análisis.

Así, debido a la *compulsión de repetición*, la función originaria del sueño no es eliminar, mediante la realización de deseo de las mociones perturbadoras, lo que interrumpe el dormir. Sólo se apropia de esa función después que el conjunto de la vida anímica acepta, con la exterioridad del más allá, la regulación del principio de placer.

Pero ese “tiempo anterior” a la tendencia no contradice la función del sueño pues “la excepción no cancela la regla”.

Se insinúa un cambio de pregunta. Estos sueños buscan recuperar el *dominio*, por medio de un *desarrollo de angustia*, sobre las impresiones traumáticas *que despiertan*. Con la ambigüedad del despertar, pues cumple un doble servicio, hay lugar para interrogar ¿qué despierta? La pulsión que emerge de la fijación traumática.

Pero, para dar razón de estas objeciones que llevan a la falla de la operación del trabajo onírico, Freud concluye afirmando que “el sueño es el intento de una realización de deseo” (30). De nuevo, *la revisión de la doctrina de los sueños* está inspirada, pese a todo, por el deseo de dormir.

4. Dormir/Soñar—Despertar Pleno || Hiancia

Al contrario, a Lacan, en relación a sus sueños, lo “mueve más bien el deseo de despertar”. No obstante, “en el despertar absoluto hay aún una parte de sueño que es justamente sueño de despertar”.

Sólo el giro que se indica introduce entonces otro resultado: *el sueño es el intento de un imposible despertar*. Como intento no nos despertamos nunca, los deseos mantienen los sueños. La muerte incluso es un sueño. “Es un despertar que participa aún del sueño en tanto el sueño está ligado al lenguaje”. Y cuando un sueño despierta debe relacionarse con el sexo más que con la muerte: el sin-sentido de lo real constituido por la no-relación sexual (31).

De los sueños al despertar: ¿qué es lo que hace obstáculo a la disolución de la neurosis de transferencia? En 1919, la cura como satisfacción sustitutiva. Vale decir, el goce del fantasma.

Un lugar que lo protege al sujeto de la castración del Otro como real. La estructura del deseo que se organiza lo resguarda de la hiancia del despertar (imposible) a lo real. El modo en el cual ese deseo queda ubicado propicia que el soñante este dormido en relación a ese real, y que encuentre en la estructura misma del deseo como deseo del Otro (para salvar la función del sueño) lo que lo salvaguarda de la castración del Otro.

“Pero si ese Otro puede ser supuesto no existir, -en la falla del sueño, la posición del analista apunta a mantener abierto el intervalo- ¿en qué suspenso el estatuto del deseo nos es dejado?” (32)

Más allá de ese deseo, atravesando los bordes de dicho deseo, hay un momento en el cual algo del orden del “despertar” aparece.

Ese despertar no es el despertar dentro del sueño; el despertar dentro del sueño no es sino la satisfacción de la demanda (33). Si no cae, si no se atraviesa el borde mismo de la estructura fantasmática, todo despertar es *interno* a dicha estructura fantasmática, vale decir, al mismo fantasma del analizante. Y así, empujado por la cura misma al “masoquismo” como satisfacción sustitutiva, retorna la ganancia de goce.

Al atravesar dicho borde, aparece la angustia, la estructura del deseo del Otro vacila, la castración comienza a afectarnos. Si la demanda surge en forma interna a la estructura fantasmática del deseo, el sujeto se despierta dentro del sueño. Si, en cambio, como demanda desligada de cualquier abrochamiento fantasmático, se ubica por fuera de la estructura del deseo, algo del orden del sujeto, en relación a la hiancia o intervalo, cambia, y algo en la dirección de los análisis se modifica. No está en juego la interpretación del deseo, ese “despertar” más allá del sueño nos lleva en una dirección distinta que aún pone en juego, en un análisis, “el goce de la marca” (34).

Entonces, cuando inicialmente ubicábamos la diferencia temporal entre el deseo (como deseo del Otro) y el golpe del despertador nos situábamos como analistas en

relación a la hiancia que conduce al despertar. Vale decir, apuntábamos, en la salida de la neurosis de transferencia, a modificar la economía de goce, con el atravesamiento de su borde mismo, de la estructura fantasmática.

“Un discurso es siempre adormecedor, salvo cuando no se lo comprende. Entonces, despierta” (35). Una analizante sueña con una situación pesadillezca. Aplastada no puede gritar. En el horror del despertar escucha que gritan, pero no es su voz. *Se trata de la voz de un poseído, de una voz de adentro ... un grito gutural, de ultratumba.*

Con el grito se vuelve a pasar por la indefensión del Otro (en el punto de partida esa “relación terminal con su corazón mismo”) y por la cesión del objeto (“con su emergencia al mundo el sujeto nada puede hacer con ese grito que escapa de él, nada lo une al mismo”) (36). La voz por consiguiente renueva la cesión del objeto: “un entre-dos”. Pues, ¿quién habla? ¿Otro o sujeto, en esa voz sin cuerpo, imperceptible a los sentidos, surgiendo de ninguna parte?

Se destaca, entre varios, un sólo recuerdo que despierta el relato del sueño: el mismo grito aterrador de las lejanas pesadillas de la tía, muerta hace algunos años.

En ese breve momento recorta una de las dos versiones de un dicho popular y, con ese corte, concluye la sesión: “no se trata de que las almas lo atrapen a uno, es uno el que tiene que soltarlas”.

“*Dejar en paz a los muertos*” -en esta oportunidad, una escansión- no pertenece, en sentido riguroso, al decir; introduce como su soporte la dimensión de la voz. Y la voz, en esta hiancia del despertar y en esta interrupción del decir, “puede ser estrictamente la escansión” (37) con la que resistimos al tiempo del dispositivo.

Retorna la temporalidad: en el horror del despertar y en la escansión del relato. Pero no se trata de la continuidad que sostiene la fantasía del sueño de *Maury* (38). Con la vacilación de la neurosis de transferencia, el grito de ultratumba y el dicho popular, introducen, en su diferencia, intervalo y corte. “El objeto *a* esta ligado a esa dimensión del tiempo”: la discontinuidad. “Es completamente distinto de lo que tiene que ver con el decir” y se sostiene de lo escrito, ese borde de lo real. Aquí nos hallamos en “un camino muy diferente del de la *exhibición* de la voz” (39).

Todos los “por que” de la exhibición de la voz están hechos para satisfacer lo que el analizante supone que el Otro quisiera que él preguntara. Basta que el Otro desee para que se caiga bajo su efecto. Pero en este tiempo de corte (ese *dejar*) donde la interpretación se liga al acto, se suspende el deseo de saber adjudicado al Otro.

En otro análisis se presenta, bastante tiempo después de la caída de la neurosis de transferencia, un *déjà vu* en el interior de un sueño. Un padre “tirado” que aparece como *ya visto* en el mismo sueño un momento antes, conduce al espanto de un rasgo de carácter, hasta entonces mudo, común a ambos. La “flojedad” de ese padre que se “deprimía” en ciertas circunstancias importantes sólo se recorta con la vacilación de ese goce no fantasmático allí anudado.

No es el deseo quien preside el saber, sino, tal como lo introducen estos sueños, el horror. No hay pues el menor deseo de inventar el saber. Es imposible despertar pues el despertar es lo real. Sólo puede haber, en relación a dicho despertar y a la invención, una escritura. Lo que se escribe, como señala Lacan, es *contre-nature*, vale decir, pone en cuestión la “naturaleza” de la posición del analista (40).

Notas y referencias bibliográficas

* Este trabajo se encuentra publicado como “*Revisión del lugar del despertar en la cura*”, en revista Seminario Lacaniano, n°8, Factoría Sur, Bs.As., 1997. Se reproduce aquí con modificaciones.

1. S. Freud, *La interpretación de los sueños* (cap. I), A.E., IV, 32-54, 72-98, 100-3.
2. Idem (cap. VI), V, 491-4.
3. Idem (cap. V), IV, 245-6. En 1955 Lacan distingue fantasma, sueño y ensoñación. La ensoñación (a nivel del yo) es satisfacción imaginaria, ilusoria, del deseo. “¿Cuál es la relación entre esa ensoñación del yo y otra, situada en otra parte, en la *tensión*?”. Con la noción de fantasma inconsciente, que aparece en 1900 por primera vez en la obra de Freud, se observa pues “la complejidad del deseo de mantener el reposo” (J. Lacan, *El Seminario, libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica analítica*, Paidós, Bs. As., 1983, pág. 320).
4. Idem (cap. VI), V, 372-3.
5. Idem (cap. V), IV, 233-45.
6. J. Lacan, *El Seminario, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Bs.As., 1986, pág. 65.
7. S. Freud, *La interpretación* (cap. V), ob. cit., IV, 233-45.
8. Idem (cap. VII), V, 569-71.
9. Idem (cap. VII), V, 544-5.
10. Idem (cap. VII), V, 546 y 569.
11. Idem (cap. VII), V, 562; J. Lacan, *El Seminario, libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs.As., 1992, pág. 60.
12. Idem (cap. VII), V, 562-3.
13. Idem (cap. VII), V, 567.
14. J. Lacan, *Los cuatro conceptos*, ob.cit., pág. 67.
15. S. Freud, *Sobre el sueño*, A.E., V, 656-7 y 662.

16. Idem, 657.
17. S. Freud, *La interpretación* (cap. VII), ob.cit., V, 568.
18. J. Lacan, *Los cuatro conceptos*, ob.cit., pág. 67.
19. S. Freud, *La interpretación* (cap. VII), ob. cit., V, 568.
20. J. Lacan, *El Seminario, libro XIV*, “La lógica del fantasma”, lección del 25-I-67, inédito
21. S. Freud, *La interpretación* (cap. VII), ob. cit., V, 549-50 y 569-72.
22. Idem (cap. VII), V, 575-77.
23. Ver *infra*: 1. “Introducción” y 3. “... *La irreversibilidad de la angustia*”, págs. 16-7 y 42-4.
24. S. Žižek, *¡Goza tu síntoma!*, Nueva Visión, Bs. As., 1994, pág. 146.
25. J. Lacan, *Los cuatro conceptos*, ob.cit., pág. 61.
26. S. Žižek, ob.cit, pág. 146 y 174.
27. J. Lacan, *Los cuatro conceptos*, ob.cit., pág. 78, 34; *El Seminario, libro XII*, “Problemas cruciales para el psicoanálisis”, lección del 17-III-65, inédito.
28. Ver *infra*: 3. “... *La irreversibilidad de la angustia*”, págs. 43-4.
29. J. Lacan, *La tercera*, en *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Bs. As., 1988, pág. 95.
30. S. Freud, 29ª conferencia. *Revisión de la doctrina de los sueños*, A.E., XXII, 27-8; ¿Qué despierta? La prueba irrefutable la proporciona el sueño nocturno, que frente al acomodamiento del yo para dormir reacciona con “el despertar de las exigencias pulsionales” (*Análisis terminable e interminable*, A.E., XXIII, 228-9).
31. J. Lacan, *Improvisación: Deseo de muerte, sueño y despertar*, en *L’Ane n° 3*, Seuil, París, 1981.
32. J. Lacan, “La lógica”, ob.cit., 25-I-67, inédito.
33. “Le réveil se produit en fait quand apparaît dans le rêve la satisfaction de la demande. Ce n’est pas courant, mais cela arrive” (J. Lacan, *Le Séminaire, livre VIII, Le transfert*, Seuil, París, 1991, pág. 438).
34. J. Kahanoff, *Curso para graduados, Psicopatología de la clínica cotidiana*, clase n° 5 del 10-X-95. J. Lacan, *El reverso*, ob.cit., pág. 191. Ver también: “un déjà vu en un sueño”, a continuación, en págs. 165-6.
35. J. Lacan, *El Seminario, libro XXIV*; “L’insu que sait de l’une-bevue s’aile à mourre”, lección del 19-IV-77, inédito.

- 36.J. Lacan, *El Seminario, libro X*, “La angustia”, lección del 3-VII-63, inédito.
- 37.J. Lacan, *El Seminario, libro XXI*, “Les non-dupes errent, lección del 9-IV-74, inédito.
- 38.Sólo como doble del sujeto los objetos no serían percibidos más que en forma *instantanea*. Con la nominación, la palabra responde no a la *distinción espacial* del objeto, siempre lista para disolverse en una identificación al sujeto, sino a su *dimensión temporal*. En 1954 “el nombre es el tiempo del objeto”. En un sueño, en el *instante* en que el mundo del soñante se sume en el mayor caos imaginario puede entrar en juego el discurso como tal, independientemente de su sentido. En el sueño de la inyección de Irma, en el instante del caos y sin que Freud se despierte, la fórmula de la trimetilamina como tiempo del objeto sostiene el dispositivo: introduce el decir. Una voz, “que ya no es la voz de nadie”, hace surgir dicha fórmula: un *Icc* que habla en Freud, más allá de Freud. Aún no se trata del corte. Esta voz pertenece al decir: un significante representa al sujeto acéfalo para otro significante (J. Lacan, *El yo en la teoría de Freud*, ob.cit, pág. 257-9).
- 39.J. Lacan, “Les non-dupes”, op.cit., 9-IV-74, inédito.
- 40.“Le réveil, c’est le Réel sous son aspect de l’impossible qui ne s’écrit qu’à force ou par force, c’est ce qu’on appelle le contre-nature” (J. Lacan, “L’insu”, op.cit, 19-IV-77, inédito).

ANEXO II

DISCURSO PSICOANALÍTICO: SUEÑO Y ESCRITURA¹

Juan Carlos Cosentino

Resumen. Partiendo de las reglas de la lógica y del problema económico del sueño, es decir, el *despertar* de las exigencias pulsionales, interrogaremos los alcances y los límites de la praxis analítica con la inclusión de la *Eindruck* y del *Zeitlos* freudiano, en su relación y diferencia con las huellas mnémicas. Desde 1920, el sueño activa *marcas* no visibles que no pueden provenir de la vida madura ni de la infancia olvidada del soñante. ¿Cómo considerarlas? Como parte de la herencia arcaica que el niño trae consigo (*mitbringen*) al mundo, antes de cualquier experiencia propia, influido por el vivenciar de los antepasados. Se trata del *pasado heredado* y del *pasado asumido por otros*, que paradójicamente no es del pasado. Es herencia por venir. ¿Cómo entenderla? Hace falta adquirirla, inscribir esta adquisición, a partir de un sueño, como producción del análisis. Y sólo se inscribe porque se la adquiere: contingentemente se produce lo singular de una marca que ya no es para todos.

1. El trabajo del sueño

Al comienzo –escribe Freud en 1925– los analistas no se acostumbraban a diferenciar entre texto del sueño y pensamientos oníricos latentes. Dejaban de lado el trabajo de interpretación. Pero, cuando pudieron dar ese paso no distinguían entre pensamientos oníricos latentes y trabajo del sueño.

En el fondo, el sueño no es sino una forma particular de nuestro pensamiento, posibilitada por las condiciones de la situación del dormir. “Es el *trabajo del sueño* el que produce (*herstellt*) esa forma, y sólo él es lo propio del sueño, la manifestación de su especificidad”.

El trabajo específico del sueño, que transforma los pensamientos inconscientes en el texto del sueño, es propio y característico de la vida del sueño. Se desvía de la lógica del pensamiento despierto.

No es que sea más negligente, incorrecto, olvidadizo o incompleto que el pensamiento despierto. Constituye algo cualitativamente distinto y, por tanto, incomparable. “No piensa (*denkt*) ni calcula (*rechnet*) ni juzga (*urteilt*). Se limita a transformar”².

Ese trabajo del sueño, cuyo producto debe sustraerse a la *censura*, se sirve del *desplazamiento* y de la *condensación de las intensidades psíquicas*, mientras que los pensamientos del sueño se reflejan, casi con exclusividad, en el material de huellas mnémicas visuales o acústicas, condición, mediante nuevos desplazamientos, del *cuidado o consideración por la puesta en escena*.

Hay lugar para la temporalidad retroactiva propia del inconsciente: la subversión del sujeto por el sistema de las huellas. Su antecedente: los dos tiempos del trauma.

No obstante, partiendo de esta otra lógica, en 1901, Freud encuentra en el material del sueño recuerdos de *experiencias impresionantes* (*eindrucksvolle*)³

¹ *Discurso psicoanalítico: sonho e escrita*, fue publicado en *A psicanálise e os discursos*, en revista Escola Letra Freudiana N° 34-35, ISSN 1516-5221, Rio de Janeiro, Brasil, Livraria Sette Letras, págs. 101-15.

² S. Freud (1900): *La interpretación de los sueños* (cap. VI, *El trabajo del sueño*, I: “La elaboración secundaria”), GW, II-III 511 (AE., V, 502). Las remisiones corresponden a O. C., Buenos Aires, Amorrortu Editores (AE.), 1978-85. La traducción del alemán remite a *Gesammelte Werke* (GW), Frankfurt am Main, Fischer Verlag, 1999 y *Sigmund Freud Briefe an Wilhelm Fliess*, Frankfurt am main, S. Fischer Verlag, 1986.

³ *Eindrucksvolle*: Größe (*grandeza, importancia, celebridad*), Großartigkeit (*grandioso, magnífico*), Monumentalität (*monumental, contundente*).

Erlebnisse) de la primera infancia, marcas (*Eindrücke*)⁴ visuales, que ejercen un *influjo* determinante sobre la conformación del texto del sueño, obrando como un punto de cristalización, con efectos de atracción y distribución sobre el material onírico. Así, la situación del sueño no es más que una repetición alterada de una de esas experiencias *contundentes* (*eindrucksvolle*); y sólo muy rara vez, una reproducción de escenas reales⁵.

De este modo, el sueño, como repetición o como reproducción, “es el sustituto, modificado por transferencia a lo reciente, de la escena infantil”⁶. No hay lugar aún para el fracaso de la función onírica.

Años después, a partir del material⁷ de los análisis, Freud reconstruye ciertos procesos que escapan a la cadena asociativa: “acontecimientos impresionantes⁸ de la infancia”. Esa reconstrucción de las experiencias infantiles olvidadas siempre tiene un gran efecto; la *Eindruck* producida en el análisis es avasalladora, admita o no una corroboración objetiva, tal como se anticipa en el análisis que conduce, con el sueño del *Hombre de los lobos*: “lo que esa noche se activó del caos de las huellas de marcas (*Eindrucksspuren*) inconscientes fue la imagen de un coito entre los padres bajo circunstancias no del todo habituales y particularmente favorables a la observación”⁹.

Así, esos acontecimientos deben su valor a la particularidad de haber ocurrido tan temprano, en una época en que todavía podían tener un efecto traumático sobre el yo débil. Marcas no visibles que alcanzaron al niño en un tiempo (*Zeit*) en que no era posible asignar receptividad plena a su aparato psíquico¹⁰.

Algo ha cambiado: no hay continuidad entre 1901 y 1926. ¿De qué se trata? De marcas capaces de influir en forma permanente sobre la vida sexual germinal del niño. En primer lugar, observaciones de actos sexuales o experiencias sexuales propias; es decir, intervienen en su alcance traumático, tanto *lo visto* freudiano como las *experiencias* en el propio cuerpo. En segundo lugar, la escucha de conversaciones que el niño entendió en el momento o sólo *a posteriori*, de las que creyó extraer información sobre cosas secretas o siniestras (*unheimlich*); es decir, irrumpe *lo oído* y, junto con ese resto verbal, el objeto freudiano es atravesado por el displacer de la inquietante extrañeza. Y, en tercer lugar, exteriorizaciones y acciones del niño mismo, que comprueban una actitud tierna u hostil hacia otras personas, en otras palabras, el efecto que ejerce desde el inconsciente el complejo nuclear de toda neurosis. Así, en el

⁴ Tanto López Ballesteros como Echeverry traducen *Eindruck* como impresión. Nosotros proponemos *marca* en tanto no visible. Inicialmente, Freud relaciona dichas marcas no visibles con experiencias impresionantes y, a partir del giro de 1920, con acontecimientos impresionantes. Y justamente en “*eindrucksvoll*” reaparece el término “*Eindruck*”. Posteriormente, se agrega su conexión con tiempo (*Zeit*), con lo visto y lo oído y con momento traumático (*traumatischer Moment*). *Druck*: es impresión y también imprenta. *Drucken*: es imprimir o estampar. Y *Eindruck*: es tanto marca, huella, trazo, como impresión.

⁵ S. Freud (1901): *Sobre el sueño* (parte VI), GW, II-III, 672 (AE., V, 641-2).

⁶ S. Freud (1900): *La interpretación de los sueños* (capítulo VII, punto B), ob. cit., 552 (V, 540).

⁷ En *Estudios sobre la histeria* (Psicoterapia, 3): ubica “un material mnémico (*Material*) de diversa índole que en el análisis es preciso reelaborar (*durcharbeiten*)”; y en la *Traumdeutung* (cap IV, parte 2): interpreta el sueño de un analizante con “el material que (le) proporcionó su análisis”. En *Inhibición* (parte IV): “aun en los análisis más ahondados el material es siempre lagunoso y nuestra documentación queda incompleta”.

⁸ *Eindrucksvolle Ereignisse*. S. Freud (1926): *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (cap. IV), GW, XIV, 242 (AE., XX, 202).

⁹ S. Freud (1918): *De la historia de una neurosis infantil* (cap. IV), GW, XII, 63 (AE., XVII, 36). Un poco después Freud aclara: “la activación (*aktivierung*) de esa escena (a propósito evito el término *recuerdo*) tiene el mismo efecto que si ella fuera una vivencia reciente”.

¹⁰ S. Freud (1940): *Moisés y la religión monoteísta* (cap. III, parte II, punto F), GW, XVI, 234 (AE., XXIII, 121).

análisis, “tiene particular importancia hacer que emerja la actividad sexual olvidada del niño, como la modalidad de intervención, que le puso fin, de los adultos”¹¹.

Desde la *primera clínica freudiana*, la cadena asociativa es regulada por la ley de la sobredeterminación y las representaciones inconscientes están infaliblemente¹² articuladas al ámbito del vivenciar sexual, es decir, a lo que fue experimentado por el sujeto, aunque sin tener las palabras para comprenderlo o para decirlo.

Freud lo reafirma en *Moisés*: “los traumas son experiencias en el cuerpo propio o bien percepciones sensoriales, la mayoría de las veces de lo visto y lo oído, vale decir, experiencias o marcas”¹³. Se trata de *Erlebnisse* o *Eindrücke* que ocurren muy temprano, pertenecen al período de la amnesia infantil y se refieren, junto con el masoquismo primario erógeno y la pulsión de muerte autodestructiva, a impresiones de naturaleza sexual y a daños tempranos del yo.

El trauma nombra la imposibilidad de los restos de lo visto y lo oído de ser incorporados en lo simbólico, es decir, su limitación inherente. El encuentro con lo sexual es siempre errado, y el trauma es el agujero en el que convergen las representaciones inconscientes sin poder, en el límite, representarlo. Así, el inconsciente consiste en la operación de sustitución, realizada por la vía de la represión, alrededor del agujero real del sexo, es decir, su punto de fracaso.

Dichos restos¹⁴ nos llevan a la materialidad del inconsciente. Interviene la palabra oída del Otro y, en tanto tal, no sabida. Palabras impuestas, venidas de afuera, con las cuales se puede enunciar que *el inconsciente es el discurso del Otro*. Es decir, en esos acontecimientos impresionantes se produce el encuentro entre estructura de lenguaje e imposición de palabras del Otro. Se trata, para Freud, de restos verbales, muchas veces incomprensibles, que constituyen esos puntos de fijación que forman el núcleo del inconsciente propiamente dicho, ese *núcleo real de nuestra vida anímica*¹⁵, núcleo de la neurosis.

El inconsciente está estructurado como un lenguaje. *Un lenguaje* es el modo como *la lengua* recibe y aprisiona al niño, como el deseo de la madre marca su cuerpo.

En consecuencia, la materialidad del inconsciente está constituida por restos de palabras del Otro que nos afectan y continúan en nosotros, como marcas indestructibles (el deseo indestructible). Son esos surcos que abren caminos (*Bahnen*)¹⁶ definitivos y que nunca quedan desiertos. No sólo marcas de pasaje de cantidad. Ya que “es fácil comprobar en cuán grande extensión la sensibilidad sexual del niño es despertada por tales experiencias, y cómo sus propias tendencias sexuales son dirigidas por unas trazas

¹¹ S. Freud: *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, ob. cit.

¹² “He aquí el resultado más importante con que se tropieza a raíz de una consecuente persecución analítica: no importa el caso o el síntoma del cual uno haya partido, *infaliblemente se termina por llegar al ámbito del vivenciar sexual*” [S. Freud, *La etiología de la histeria*, GW, I, 434 (AE, III, 198)].

¹³ Freud, *Moisés y la religión monoteísta* (cap. III, parte I, punto C, “La analogía”), ob. cit., 179-80 (71-2).

¹⁴ “Cosas (*Dinge*) que había visto u oído y que había entendido a medias” (Carta 12 (24); Viena, 30. 5. 93, en *Sigmund Freud Briefe an Wilhelm Fliess*, ob. cit., pág. 42).

¹⁵ S. Freud (1920): *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, GW, XII, 294 (AE, XVIII, 158).

¹⁶ Ver: E. Vidal: *Proton pseudos*, en “Primera clínica freudiana”, Bs. As., Imago Mundi, 2003, págs. 79-85. *Bahnung* fue inapropiadamente traducido por facilitación; se trata no de vías facilitadas sino del acto por el cual se abre la brecha que produce el camino. O sea, de un abrir caminos decisivo en la estructuración del sujeto, constituyendo una escritura inaugural de cadenas donde la cantidad metafórica la incidencia de un exterior radicalmente Otro. Es decir que opera en el campo del lenguaje y donde el Otro es determinante de su constitución. Un registro de la marca de pasaje de la cantidad. La experiencia de satisfacción es un *Bahnung* de ese orden: consiste en caminos (*Bahnungen*) duraderos que nunca quedan desiertos y que serán reactivados cada vez que se reinvierta la excitación inconsciente. “Sólo pueden ser aniquilados de la misma manera que las sombras del mundo subterráneo en *La Odisea*, que cobran nueva vida tan pronto como bebían sangre”

que abren vías (*Bahnen*) que ya no podrá abandonar”¹⁷. Son también marcas en las que opera un excedente al principio de placer, como lo prueba la ganancia de placer o *Lustgewinn*. Ocurre tanto con la formación de un chiste como con una irrupción, es decir, con una caída en el campo de algo que es del orden del goce: un excedente¹⁸.

2. Los afectos del sueño

En 1900, los *afectos* de los pensamientos del sueño sufren alteraciones o transformaciones menores que sus representaciones. Por regla general son ahogados o restan caídos en el fondo (*unterdrückt*); y donde se conservan, son separados de las representaciones y reunidos o combinados según su homogeneidad, equivalencia o semejanza. ¿Qué ocurre con la llamada transformación del afecto, es decir, con esa transferencia de afecto del sujeto sobre su objeto?¹⁹

La contraparte de la vivencia temprana de satisfacción en la *Traumdeutung* es la *vivencia de terror frente a algo exterior* que anticipa un punto de exterioridad al campo del principio de placer. A su vez, el recuerdo de algo que fue alguna vez penoso proporciona el primer ejemplo de la represión psíquica. Lo que aún no aparece es el punto de falla de la represión.

Así, la tesis de que el sueño es un cumplimiento de deseo es recibida con incredulidad cuando el soñante despierta presa de angustia. Son casi siempre aquellos sueños cuyo texto manifiesto ha experimentado la desfiguración o transposición (*Entstellung*) mínima.

En la *Traumdeutung* “restan todavía los sueños de angustia como subvariedad particular de los sueños de contenido penoso, y cuya aceptación como sueños de deseo tropezará con la máxima renuencia en las personas no esclarecidas. No obstante, puedo omitir aquí los sueños de angustia; no es un nuevo aspecto del problema del sueño el que se nos mostraría en ellos, sino que está en juego la comprensión de la angustia neurótica en general. La angustia, tal como la sentimos en el sueño, sólo en apariencia se explica por el contenido de este. Cuando sometemos a interpretación el contenido onírico, reparamos en que la angustia del sueño no puede justificarse por el contenido de este más que, pueda serlo, por ejemplo, la angustia de una fobia por la representación de que ella depende. Es cierto que podemos caer por la ventana, y por eso hay razones para que nos acerquemos a ella con precaución; pero esto no nos explica el que la angustia sea tan grande en la fobia correspondiente y persiga al enfermo mucho más allá de su ocasión real. Esta misma aclaración vale, entonces, tanto para la fobia cuanto para el sueño de angustia. En ambos casos la angustia solamente está soldada a la representación concomitante, pero brota de otra fuente”.²⁰

¿Cuál es esa otra fuente? Mientras la respuesta espera, la objeción del sueño de angustia, para Freud, no resiste al análisis pues “no se debe olvidar que el sueño es en todos los casos el resultado de un conflicto, una suerte de formación de compromiso. Lo que para el ello inconsciente es una satisfacción puede ser para el yo, y por eso mismo, ocasión de angustia”²¹.

¹⁷ S. Freud (1940): *Esquema del psicoanálisis* (Parte II: VII. Una muestra de trabajo psicoanalítico), GW, XVII, 110-14 (AE., XXIII, 183-87).

¹⁸ Ver J. Lacan (1969-70): *El Seminario, libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Bs. As., Paidós, 1992, pág. 18. “Lo que el análisis muestra es precisamente que no se transgrede nada”.

¹⁹ J. Lacan (1958-59): *El Seminario, libro VI, El deseo y su interpretación*, lección del 17 de diciembre de 1958, inédito. Se refiere a la transferencia del afecto del sujeto, en presencia de su deseo, sobre su objeto. Se trata del “retorno, del reenvío, de esa delegación que el sujeto hace de su afecto al objeto”.

²⁰ S. Freud, *La interpretación de los sueños* (capítulo IV, La desfiguración onírica, parte 3), AE, IV,

²¹ S. Freud, *Esquema del psicoanálisis* (parte I, punto V. Un ejemplo: La interpretación de los sueños), ob. cit, 110-14 (XXIII,).

Pero curiosamente, en esos sueños, la angustia sólo tiene su sede en el yo. No obstante, el fracaso se anticipará con los mismos sueños de angustia.

Ya en 1895, “a causa de ese íntimo enlace de la angustia onírica con la angustia neurótica -Freud- pospone la elucidación de la primera hasta que aborde la segunda”. En un breve ensayo sobre la «neurosis de angustia» afirmó en su momento que “la angustia neurótica brota de la vida sexual y corresponde a una libido desviada de su destinación y que no llegó a emplearse. Desde entonces esa fórmula se mostró cada vez más convincente. Ahora bien, de ella puede derivarse esta tesis: los sueños de angustia son sueños de contenido sexual en los que la libido que les corresponde se ha mudado en angustia”. Más adelante se le presentará la ocasión de reforzar esta tesis mediante el análisis de algunos sueños de neuróticos. Además, en sus posteriores intentos de acercarse a una teoría del sueño habrá de referirse nuevamente a la condición de los sueños de angustia y su compatibilidad con la teoría del cumplimiento de deseo.²²

Así, mientras el sueño se perfila como un compromiso igual que las otras formaciones asiste simultáneamente a los dos sistemas, realizando ambos deseos en tanto sean compatibles entre sí: el deseo inconsciente y el deseo de dormir, de distinto orden. Sirve como válvula o descarga para la excitación del *Icc* y al mismo tiempo preserva el dormir del preconciente.

Pero, de pronto, pueden no ser compatibles entre sí (en ese momento: lo que es placentero para un sistema puede ser displacentero para el otro). La restricción, en relación a la compatibilidad, surge cuando un deseo del inconsciente se agita en el preconciente con tanta intensidad que el preconciente no puede mantenerse en reposo.

En ese caso el sueño rompe el compromiso y deja de cumplir la otra parte de su cometido.

“Al punto es interrumpido y sustituido por el despertar pleno”.²³ Una vez que se establece el despertar pleno, provisoriamente el estímulo despertador queda entre paréntesis, y no hay una pregunta por dicho estímulo perturbador. Vale decir, permanece como un punto de interrogación que, como fenómeno onírico, insiste. Y como es natural Freud introduce el caso del sueño de angustia: ¿qué angustia?

Entonces, a pesar del sistema primario, con su punto de falla la irrupción de lo desagradable²⁴ o de la vivencia de horror desacomoda tanto al principio de placer-displacer como al deseo del dormir, y no puede impedir, con la *transformación del afecto* en el instante del despertar, produciendo un giro, el displacer de la satisfacción, vale decir, el nombre freudiano del goce.

Con la vivencia de terror y con la transformación del afecto es posible reformular los sueños de angustia. Ocurre, además, que en el momento de falla de la función onírica surge una angustia que no tiene su sede en el yo. Caída de una fórmula con términos reversibles: lo que es una satisfacción para el ello puede ser ocasión de angustia para el yo. Una angustia nueva que sorprende a un sujeto indefenso: la angustia automática o traumática. Hay ruptura de la protección antiestímulo.

En 1919 con *Lo siniestro* anticipa una estética distinta a la estética kantiana, que denomina marginal: la estética del horror. Un espacio diferente al espacio euclidiano para poder ubicar otro objeto en la falla del sueño, que Freud nunca pudo nombrar. Y

²² S. Freud, *La interpretación de los sueños* (capítulo IV, La desfiguración onírica, parte 3), AE, IV,

²³ S. Freud, *La interpretación* (cap. VII), ob. cit., V, 569-71.

²⁴ “A consecuencia del principio de displacer, entonces, el primer sistema ψ es incapaz de incluir algo desagradable en el interior de la trama de pensamiento. El sistema ψ no puede hacer otra cosa que desear”. S. Freud, *La interpretación de los sueños* (cap. VII, punto E), ob. cit., 552, 606 (V, 590).

así, no pudo terminar de articular los sueños de angustia, la experiencia de terror, la transformación del afecto, como la indefensión y la angustia traumática.

No obstante, en 1932, al recorrer el velo de la amnesia que oculta los primeros años de la infancia, aquellas primeras experiencias sexuales del niño están conectadas con *marcas* (Eindrücke) *dolorosas* de angustia, de prohibición, de desengaño y de castigo: una extraña satisfacción que va de la pulsión de muerte o destrucción al masoquismo primario. Vale decir, el goce pulsional en su retorno como momento traumático cuando falla y se producen perturbaciones menores de la operación onírica, en los pacientes en análisis.

Dolor y displacer han dejado de ser advertencias para volverse, ellos mismos, metas. Y con ese momento que vuelve, el carácter displacentero y la tendencia del sueño a la realización de deseo parecen conciliarse muy mal: “¿qué impulso de deseo podría satisfacerse mediante ese retroceso hasta la *experiencia traumática*, extremadamente penosa?”²⁵

Conviene, pues, interrogar los alcances y los límites de la praxis analítica con la inclusión de la *Eindruck* freudiana, en su relación y diferencia con las huellas mnémicas.

3. Las reglas de la lógica: el problema económico del sueño

En el *Esquema del psicoanálisis*, al volver a referirse a la interpretación de los sueños²⁶, las reglas decisorias de la lógica no tienen validez alguna en el inconsciente. El *ello inconsciente* es el reino de la alógica (*das Reich der Unlogik*). Aspiraciones de metas contrapuestas coexisten lado a lado sin que surja necesidad alguna de compensarlas. O bien no se influyen entre sí para nada, o, si lo hacen, no se produce ninguna decisión, sino tan sólo un compromiso que se vuelve absurdo por incluir juntos elementos mutuamente inconciliables. Así, los opuestos no se separan, sino que son tratados como idénticos, de modo que en el sueño manifiesto cada elemento puede significar también su contrario, como sucedía en las lenguas más antiguas²⁷.

Las leyes del curso en el inconsciente que de este modo salen a la luz son bastante raras y alcanzan para explicar la mayor parte de lo que en el sueño nos parece ajeno.

Y al referirse al problema de la responsabilidad por el texto del sueño, en tanto se presenta como una fachada, Freud señala que no merece la pena tomar muy en serio sus atentados a la moral ni sus infracciones a la lógica y a la matemática.

La novedad en el *Esquema* es que todo sueño en tren de formación, conjuntamente con esas infracciones a la lógica, eleva al yo, con ayuda del inconsciente, una demanda de satisfacer una pulsión, si proviene del ello.

En *Más allá* Freud se refiere, con el fenómeno de la transferencia y la compulsión de destino, a ese problema económico. Introduce una disputa: la cura quiere poner a su servicio a la compulsión, aunque, cuando logra sostenerse en el principio de placer, es conquistada para su causa por el yo. En *Inhibición...* una de las resistencias es operada por el yo, que quiere evitar el displacer que trae la irrupción de lo reprimido. De

²⁵ S. Freud (1932): 29ª conferencia. *Revisión de la doctrina de los sueños*, GW, XV, 31 [AE, XXII, 28]].

²⁶ S. Freud, *Esquema del psicoanálisis*, ob. cit.

²⁷ Opuestos como fuerte-débil, claro-oscuro, alto-profundo se expresaban originariamente por medio de una misma raíz, hasta que dos diversas modificaciones de la palabra primordial separaron entre sí ambas significaciones antagónicas.

esta resistencia de represión se separa la de transferencia, que es la que opera en el análisis.

En *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* recupera esa pregunta clave que formula y agrega lo que allí faltaba:

“En *Más allá* me he ocupado de este problema económico: ¿cómo es que experiencias de todo punto penosas del período sexual de la primera infancia se conquistan, a pesar de todo, algún tipo de reproducción (hecho que constituye todo un problema económico)? Me vi obligado a otorgarles una pulsión que asciende de intensidad extraordinaria, como una *compulsión a la repetición* capaz de vencer a la represión que pesaba sobre ellas al servicio del principio de placer. Sin embargo, esto no ocurre antes de que *el trabajo que propicia la cura haya atenuado la represión*. Aquí cabe agregar que es la transferencia positiva la que presta ese auxilio a la compulsión a la repetición. De esta forma, se llega a una alianza entre la cura y la compulsión; al comienzo, dicha alianza se dirige contra el principio de placer, aunque su propósito último es instaurar el gobierno del principio de realidad. Tal como señalé en esa oportunidad, ocurre, con gran frecuencia, que la compulsión a la repetición se libera de las obligaciones de aquella alianza y no se contenta con el retorno de lo reprimido en la forma de imágenes oníricas”²⁸.

Pues bien, en el capítulo V de *Más allá* la compulsión a repetir, en la transferencia –cuando en un análisis se *activan* las tempranas experiencias infantiles produciendo *perturbaciones menores de la función del sueño*–, se ubica del otro lado del principio de placer. Nuevamente, se anuncia otra forma de retorno.

Los sueños de las neurosis traumáticas son las únicas excepciones genuinas de la tendencia a la realización del deseo implícita en el sueño, mientras que los sueños de castigo son sus únicas excepciones ¿aparentes?

Más bien, el sujeto encuentra en la formación del sueño de castigo un recurso – de renuncia pulsional paradójica: la satisfacción del padecer²⁹– que le permite evitar la perturbación del reposo³⁰.

¿Debemos considerarnos responsables por nuestras mociones oníricas “malas”? ¿Qué deberíamos hacer, entonces, con ellas?

“Si el texto del sueño no es el envío de un espíritu extraño, es una parte de mi ser; si, de acuerdo con criterios sociales, quiero clasificar como buenas o malas (*maus*) las aspiraciones que encuentro en mí, debo asumir la responsabilidad por ambas, y si para defenderme digo que lo desconocido, inconsciente, reprimido que hay en mí no es mi «yo» (*Ich*), no me sitúo en el terreno del psicoanálisis, no he aceptado sus conclusiones. Puedo llegar a averiguar que eso desmentido (*Verleugnen*) por mí no sólo «está» en mí sino en ocasiones también «produce efectos» desde mí”³¹.

En el sentido metapsicológico estricto eso reprimido malo no pertenece a mi «yo», sino a un «ello» sobre el que se asienta mi yo. Así, este yo que se ha desarrollado desde el ello, está sometido a sus influjos y obedece a las incitaciones que parten del

²⁸ S. Freud (1923): *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* (punto VIII), GW, XIII, 310-11 (AE, XIX, 119-20).

²⁹ S. Freud (1919): *El yo y el ello* (V. Los vasallajes del yo), GW, XIII, 279 (AE., XIX, 50). El sentimiento *icc* de culpa: se trata de un factor por así decir «moral», de un sentimiento de culpa que halla su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo del padecer.

³⁰ S. Freud, *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* (IX), ob. cit.: “En los de castigo ningún elemento de las ideas oníricas latentes es incorporado al contenido manifiesto, apareciendo en su lugar algo muy distinto, que debe ser concebido como *formación reactiva* contra los deseos oníricos, como *rechazo y contradicción completa* de los mismos. Semejante intervención en el sueño sólo podemos atribuirla a la *instancia crítica* del yo, cabiendo aceptar, pues, que ésta, irritada por la satisfacción inconsciente del deseo, vuelve a erigirse transitoriamente aun durante el estado del reposo. Bien podría haber reaccionado frente a estos contenidos oníricos desagradables haciendo despertar al sujeto”.

³¹ Freud (1925): *Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto* (B. La responsabilidad moral por el contenido de los sueños), GW, I, 567 (AE., XIX, 135).

mismo. Se entiende, pues, que la alteración del yo (*Ichveränderung*), allí donde no es fecundo separar el yo del ello y del superyo, sea producida por los mismos mecanismos de defensa³².

En todo sujeto hay un poco de eso³³: su «conciencia moral» es tanto más puntillosa cuanto más moral sea la persona. Se trata de la paradoja freudiana: la conciencia moral misma es una *formación reactiva* frente a lo malo sentido en el ello, como réplica a la renuncia pulsional. Tanto más intensa la supresión de eso malo, ya que la exigencia pulsional se ha desplazado, tanto más susceptible la conciencia moral.

Así, el desenlace de una cura analítica depende en lo esencial de la intensidad y profundidad de arraigo de las *resistencias de la alteración del yo*, consecuencia de los mecanismos de defensa.

4. Las pruebas de la participación del ello inconsciente

En 1933, al referirse a las pruebas de esa participación en la formación del sueño, Freud escribe nuevamente que en el *ello* se percibe con sorpresa la excepción al enunciado kantiano según el cual espacio y tiempo son formas necesarias de nuestros actos anímicos. “En el ello no se encuentra nada que corresponda a la representación del tiempo, ningún reconocimiento de un curso temporal y ninguna modificación del proceso anímico por el transcurso del tiempo. Impulsos de deseo que nunca han atravesado el ello, pero también marcas que fueron hundidas (lo caído en el fondo) en el ello, son virtualmente indestructibles, se conducen durante décadas como si fueran sucesos nuevos”³⁴

Hemos sacado muy poco provecho para nuestra teoría analítica –concluye Freud en el *Esquema*³⁵– de ese hecho comprobado fuera de toda duda: que el tiempo no altera lo reprimido, es decir, la inalterabilidad, invariabilidad o inmutabilidad de lo reprimido por el tiempo (*der Unveränderlichkeit des Verdrängung durch die Zeit*).

Desde 1900, se puede sostener que la memoria del sueño es mucho más amplia que la del estado de vigilia, ya que el sueño trae recuerdos que el soñante ha olvidado y le eran inalcanzables en la vigilia. Y también que el sueño usa sin restricción alguna unos símbolos lingüísticos cuyo significado el soñante desconoce. Para Freud se conjuga su procedencia de fases anteriores del desarrollo del lenguaje, el sentido antitético de las palabras primitivas (las lenguas más antiguas se comportan como los sueños; al comienzo poseen una sola palabra para los dos opuestos, como fuerte-débil, que se expresan por medio de una misma raíz), con la equivocidad³⁶ de ciertos elementos del texto del sueño.

La memoria del sueño reproduce también *marcas* no visibles de la primera infancia del soñante, que no sólo han sido olvidadas, sino que se tornaron inconscientes por obra de la represión. Así el sueño se vuelve casi imprescindible para reconstruir la primera infancia del soñante.

³² Retorna el problema económico y el alcance del factor cuantitativo: por un lado, un agotamiento de la plasticidad, una suerte de entropía psíquica, vale decir, la resistencia del ello; por otro, la necesidad de castigo y la resistencia del superyo.

³³ S. Freud, *Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto*, ob. cit. “La experiencia muestra que como no es lícito desdeñar lo “malo” del ello, estoy compelido a hacerme responsable, de algún modo. La neurosis obsesiva lo ejemplifica: el yo se siente culpable de toda clase de impulsos malos de los que nada sabe”.

³⁴ S. Freud (1933): 31ª conferencia. *La descomposición de la personalidad psíquica*, GW, XV, 80-1 (AE., XXII, 68-9).

³⁵ S. Freud, *Esquema del psicoanálisis*: parte I, punto V. Un ejemplo: La interpretación de los sueños, ob. cit.

³⁶ S. Freud, *La interpretación...* VI. D. El miramiento por la puesta en escena, ob. cit., 346, (V, 346). “La palabra, como punto nodal de múltiples representaciones, está por así decir predestinada a la equivocidad”.

Además, el sueño trae a colación *marcas* que no pueden provenir de la vida madura ni de la infancia olvidada del soñante. ¿Cómo considerarlas? Como parte de la herencia arcaica que el niño trae consigo (*mitbringen*) al mundo, antes de cualquier experiencia propia, influido por el vivenciar de los antepasados.

Se trata del *pasado heredado* y del *pasado asumido por otros*³⁷, que paradójicamente no es del pasado. Es herencia por venir. ¿Cómo entenderla? Hace falta adquirirla, inscribir esta adquisición como operación, a partir de un sueño, del análisis, como producción del análisis. Y sólo se inscribe porque se lo adquiere: es pasado por venir.

Con la dirección regrediente, el tiempo de la excitación en la *Traumdeutung* le permite dar cuenta de la formación del sueño. Se destaca la indestructibilidad de la fuerza pulsionante. Hay lugar para la discontinuidad: la temporalidad del instante (*Zeitpunkt*).

Así, el sueño constituye, respecto de la prehistoria humana, una fuente no despreciable, como Freud señala al referirse al sueño del *Hombre de los Lobos*. Ya entonces introduce la dimensión de un fuera de tiempo (*Zeitlos*)³⁸: para un tipo particular de importantísimas experiencias filogenéticas, es imposible despertar un recuerdo. Es filogénesis por venir. Cuando acontece un sueño, como ocurre en el célebre sueño de los lobos, se trata de la *activación* de la escena primaria cuando, en ese breve momento, falla la función onírica que opera como un nuevo trauma.

En 1920 el hecho de que la *Erlebnis* original no haya producido placer en su tiempo no sirve como experiencia (*Erfahrung*) –no hay progreso–, resurge la repetición operando como una *Erlebnis* nueva³⁹.

¿Cuál es la razón dinámica por la cual el yo durmiente asume la tarea (*Ausgabe*) del trabajo del sueño?

Con ayuda del inconsciente, si proviene del ello, todo sueño en formación eleva al yo una demanda o exigencia (*einen Anspruch*) de satisfacer una pulsión. No obstante, el yo durmiente está acomodado para retener con firmeza el deseo preconciente de dormir, siente esa demanda o exigencia como una perturbación y procura cancelarla. En el *Esquema*, Freud utiliza el término *aufheben* que significa suprimir, eliminar, cancelar o abolir y, al mismo tiempo, conservar.

¿Cómo lo consigue? Mediante un acto de aparente tolerancia, contraponiendo un cumplimiento de deseo (inofensivo bajo esas circunstancias) a la demanda o exigencia, para suprimirla pero conservándola. Esta sustitución de la demanda por un cumplimiento de deseo constituye, cuando el deseo puede ligar la pulsión, la operación esencial del trabajo del sueño.

¿Cómo poner en descubierto la fuerza pulsional inconsciente y, eventualmente, su cumplimiento de deseo?

³⁷ S. Freud, *Esquema del psicoanálisis*, Parte I, punto I. El aparato psíquico, ob. cit., 69, (145).

³⁸ J. C. Cosentino, *Variações do horror: o destino da neurose*, en “O estranho na clínica psicanalítica”, Río de Janeiro, Contra Capa, 2001. El fantasma o la frase superyoica al canalizar un goce que resta inasimilable es el modo en que se presentifica lo real de un tiempo sin historia. Las lagunas de la verdad del sujeto introducen un objeto no tanto atemporal sino, con esa referencia a una verdad prehistórica (*prähistorischer Wahrheit*) que Freud realiza, a-histórico. Los fenómenos de ruptura (la “falla” del sueño), a diferencia de la vacilación fantasmática, introducen, por un brevísimo lapso, en la inminencia del objeto, un fuera de tiempo (*Zeitlos*). Se trata de fenómenos que agujerean el campo fantasmático en el que el sujeto habitualmente se reconoce, y dejan a la intemperie su soporte. Instante fuera de discurso y de fantasma, pero no fuera de estructura.

³⁹ S. Freud, *El giro de 1920*, Bs. As., Imago Mundi, 2003, págs. 48-9.

Si la demanda o exigencia del inconsciente (demanda pulsional no fantasmática) se vuelve demasiado grande, a punto tal que el yo durmiente ya no es capaz de defenderse de ella con los medios de que dispone, este resignará el deseo de dormir y regresará a la vida despierta. Justificará todas las experiencias diciendo que el sueño es siempre un intento de eliminar la perturbación del dormir por medio de un cumplimiento de deseo; siendo, por tanto, el guardián del dormir. Ese intento puede lograrse; también puede *fracasar*, y entonces el durmiente despierta, por obra —a pesar de Freud— de lo que *se despierta* en ese mismo sueño.

“La prueba irrefutable de ese conflicto la proporciona el sueño nocturno, que frente al acomodamiento del yo para dormir, reacciona con el *despertar* de las exigencias pulsionales”⁴⁰. ¿Qué despierta? Las exigencias pulsionales.

Anticipemos que la satisfacción pulsional que se inscribe entonces, es otra que la del periodo previo a 1920. A partir de *Más allá* se introducen, la pulsión de muerte, el masoquismo primario erógeno, lo no-ligado. Y ocurre una transferencia de la psicología individual a la de masas. Con este giro, se vuelve “patrimonio común saber que las *experiencias* de los primeros cinco años adquieren un poder de mando sobre la vida, al que nada posterior contrariará”⁴¹.

Así, aquello que los niños han experimentado, “sin entenderlo entonces”⁴², pueden no recordarlo luego nunca salvo en sueños”, y sólo mediante un tratamiento psicoanalítico. Con esa otra modalidad de satisfacción y con la transferencia a la psicología de masas se redefine también la función del sueño.

El inconsciente, estructurado de esta manera, obedecerá a una lógica donde domina el Uno (*Ein*), ya que cada *Eindruck* es una. Podemos referir las huellas a la pura diferencia que cada una introduce en relación a sí misma y a otra; en cambio, la *Eindruck* nos indicará que el inconsciente no hace un todo. Esa *Eindruck* vale como un Uno que no completa un universo. Para Freud no hay *Weltanschauung* que provenga del discurso psicoanalítico. Sosteniendo la experiencia del Uno, el analista escuchará algo nuevo cada vez: uno que no tiene equivalente.

Así, *Eindruck* no es una huella entre otras. Esa marca no visible como *Uno* dejará atrás, ampliando los límites del campo analítico, que sólo del entre—dos es posible suponer al sujeto.

5. El nuevo conflicto

La condición del conflicto en la *Metapsicología* es la sexualidad infantil. Ahora es la pulsión de muerte y lo no-ligado en su oposición a lo ligado, que se está redefiniendo. Así, a partir de la introducción del masoquismo erógeno, se produce un nuevo cambio que se independiza de la intensidad del trauma o de la magnitud de la suma de excitación.

Un paso ulterior en la experiencia analítica —*Análisis terminable e interminable*— lo lleva a resistencias de otra índole, que ya no puede localizar y que parecen depender de condiciones fundamentales dentro del aparato anímico.

A una parte de esa fuerza Freud la ha individualizado. Por un lado, cierto grado de inercia psíquica, cuando el trabajo analítico ha abierto caminos nuevos al impulso

⁴⁰ S. Freud (1937): *Análisis terminable e interminable*, GW, XVI, 70 (AE., XXIII, 228-9).

⁴¹ S. Freud, *Moisés...* (cap. III, parte II, punto F: “El retorno de lo reprimido”), ob. cit., 233-36 (121-23).

⁴² Idem. Y que, “en algún momento posterior irrumpe en su vida con impulsos obsesivos, dirige sus acciones, les impone simpatías y antipatías, y con harta frecuencia decide sobre su elección amorosa, tan a menudo imposible de fundamentar con arreglo a la razón”.

pulsional, es decir, la resistencia del ello y el masoquismo femenino. Por otro, como conciencia de culpa y necesidad de castigo. Aquello que es ligado por el superyó y por el masoquismo moral.

Pero “de esa misma fuerza pueden estar operando otros montos (*Beträge*), no se sabe dónde, en forma ligada o libre”⁴³: la presencia en la vida anímica de un poder que, por sus metas, es denominado pulsión de agresión o destrucción y deriva de la pulsión de muerte originaria, es decir, los fenómenos del masoquismo inmanente de tantas personas.

Así, “se tiene toda la impresión de que la tendencia al conflicto es algo especial, algo nuevo que, independientemente de la *cantidad de libido*, viene a sumarse a la situación. Y semejante tendencia al conflicto, que aparece de manera independiente (de la intensidad del trauma o de la magnitud de la suma de excitación), difícilmente se pueda atribuir a otra cosa que a la intervención de un *fragmento de agresión libre* que derivamos de la pulsión de muerte originaria, propia de la materia animada”⁴⁴, es decir, interviene, como novedad, lo *no-ligado*.

Ha cambiado la condición del conflicto: de la sexualidad infantil, cuyo campo operatorio es la relación principio de placer-principio de realidad, a lo no-ligado.

Surge un punto fuera del territorio del principio. Como consecuencia de la ruptura de la barrera, se produce lo no-ligado que le abre paso a algo que no se reduce al campo en que se produce: se presenta como un exterior, siempre excluido.

6. La presentación del objeto

¿Cómo temporalizar, pues, ese tiempo perdido (*Zeitlos*), es decir, ligar lo no ligado freudiano? La repetición de la *huella* de determinados procesos psíquicos, al contrario del transcurso-del-tiempo, muestra que lo indestructible pero no inmodificable, “que lo duradero aunque no inalterable”⁴⁵ es la *investidura* que acompaña a la representación desde 1894.

Son inequívocos dos puntos con relación a esos sucesos decisivos de la primera infancia, que llevan a la formación de neurosis:

“En primer lugar, por lo remoto en el tiempo, diferenciado como el genuino factor decisivo, ¿como clasificar el estado particular del recuerdo de estas vivencias infantiles? En segundo lugar, el acento no recae sobre el tiempo, sino sobre el proceso que va al encuentro de ese suceso, es decir, sobre la reacción frente a este. Debido a esa remota vivencia se eleva una *demanda pulsional* que pide satisfacción. Se instala la represión. Sin embargo, el proceso no concluye con esto. Renueva entonces su demanda pulsional hacia una satisfacción llamada *sustitutiva*. Así nos aproximamos a los problemas de la renuncia de lo pulsional. Sale a la luz como un sueño o como un síntoma o como una alteración del yo, sin la aprobación del yo y sin que el yo entienda de qué se trata”⁴⁶.

Del deseo indestructible nos deslizamos, en el material de los sueños de los analizantes, a las marcas o trazos hundidos en el ello, virtualmente indestructibles, es decir, a esa afinidad de la marca con el goce. El pasado por venir, “dispuesto siempre a hacer valer sus reclamos y a empujar hacia adelante, y por cualquier rodeo, hacia su satisfacción”⁴⁷.

⁴³ S. Freud, *Análisis terminable e interminable*, ob. cit., 88-90 (244-6).

⁴⁴ Idem.

⁴⁵ S. Freud, *Nota sobre la “pizarra mágica”*, GW, XIV, 4 (AE., XIX, 244).

⁴⁶ S. Freud, *Moisés y la religión monoteísta* (cap. III, parte II, punto F), ob. cit, 235 (122).

⁴⁷ S. Freud, *Escritos breves* (1919): “Prologo a Theodor Reik”, GW, XII, 326 (AE., XVII, 256).

Es preciso, entonces, concederle carácter traumático también a las vivencias infantiles que producen perturbaciones menores de la operación del sueño: la *tyche* como *azar* despierta. Pasaje en el texto freudiano⁴⁸: de la *Zufall* de la *Psicopatología* (hecho inesperado, imprevisto) a la *Schicksal* de *Más allá* (destino, hado, sino).

Y la novedad es que la experiencia del *Icc* no es la experiencia de un no-saber sino la de un saber regulado por la resistencia interna del sujeto, es decir, por lo no-ligado. El saber está, pues, vinculado a lo sexual y la resistencia indica el anudamiento, en lo no-ligado, del saber al goce. Sólo podrá existir un acceso a ese saber si el sujeto elabora (*Durcharbeiten*) las condiciones de esa resistencia.

Pese a todo, Freud concluye sosteniendo que el sueño es el intento de un cumplimiento de deseo. Para todo sueño se cumple la función (2). La excepción no cancela la regla (1). Los sueños, cuando falla la función, los ubica fuera del universal.

Propuse, hace algún tiempo, una modificación a esa tesis: un sueño es el intento de un imposible despertar a lo real. Se trata de la ex-sistencia (3). Así, no-todo sueño cumple con la función (4).

$$\begin{array}{c|c}
 \begin{array}{c} \text{---} \\ (1) \exists s \quad fcd \end{array} & \begin{array}{c} \text{---} \text{---} \\ (3) \exists s \quad fcd \end{array} \\
 \begin{array}{c} (2) \forall s \quad fcd \end{array} & \begin{array}{c} \text{---} \\ (4) \forall s \quad fcd^{49} \end{array}
 \end{array}$$

El hombre habla. Podemos comprobarlo: el analizante vuelve a la hora acordada a la consulta. “No se sabe por qué cree en lo universal, pues es como individuo particular que se entrega a los cuidados de un psicoanalista”⁵⁰. Como sueña —“en los procesos de sus sueños se ejercita para la vida venidera”⁵¹— el psicoanalista debe intervenir. ¿Se trata de despertar al paciente? “En ningún caso es lo que éste desea: al soñar preserva la particularidad de su síntoma”⁵².

El analizante dice lo que cree verdadero. El analista sabe que no habla sino al margen de lo verdadero, porque lo verdadero, lo ignora. Freud imagina que lo verdadero, es el núcleo traumático. Y, en realidad, es *lalengua*. “Cualquiera que ella sea, es una obscenidad, la *obtrescena* ... la otra escena que el lenguaje ocupa por su estructura”⁵³.

Momento no de la representación sino de la *presentación* del objeto: la herencia por venir, como imposible de escribir... esperando que se escriba. Lo que, en un discurso, se produce por efecto de lo escrito, tal como Freud propone, citando a Goethe:

⁴⁸ De la *Zufall* (casualidad, hecho inesperado, imprevisto, no intencional, cuya falla no resulta reconocible (raíz: *fall*, caída, algo que cae encima) de la *Psicopatología*, XII. Determinismo, creencia en el azar y superstición, AE., VI; a la *Schicksal* (destino, hado, sino, fatalidad; esta determinado por una fuerza superior (raíz: *schicken*, enviar), de *Más allá*, cap. III, AE., XVIII.

⁴⁹ (s = sueño; fcd = función de cumplimiento de deseo de un sueño)

⁵⁰ J. Lacan, *El sueño de Aristóteles*, Conferencia pronunciada en el servicio del profesor Deniker en el Hospital Sainte Anne (París) en el año 1978, publicado en “Estudios Psicoanalíticos” N° 2, Madrid, 1994..

⁵¹ J. L. Borges, *Libro de sueños*, Bs. As., Torre Agüero, 1976, pág. 79.

⁵² J. Lacan, *El sueño de Aristóteles*, ob. cit.

⁵³ J. Lacan (1976-77): *El Seminario, libro XXIV, L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*, lección del 16 de noviembre de 1976, inédito: *L'obrescène*: equívoco entre *obscenité* (obscenidad), *autre* (otra), *scène* (escena).

«Lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo», a partir de esta nueva función que han alcanzado los sueños. Cada vez que se franquea el paso de un discurso a otro, que se cambia de discurso⁵⁴, hay emergencia del discurso psicoanalítico. Con la activación de la “herencia” que ocurre en algunos sueños, sólo se inscribe porque se la adquiere: contingentemente se produce lo singular de una marca que ya no es para todos; “lo que deja de no escribirse”.

⁵⁴ J. Lacan (1972-73): *El Seminario, libro 20, Aún*, Bs. As., Paidós, 1981, pág. 25. En otros capítulos leemos: “a partir del discurso analítico se vislumbra que, acaso, tengamos alguna probabilidad de encontrar algo al respecto, de cuando en cuando, por vías esencialmente contingentes”; “lo real ... es el misterio del cuerpo que habla, es el misterio del inconsciente”.

ANEXO III

DEL PEQUEÑO HANS A HERBERT GRAF*

En 1972, la revista *Opera News* publica en cuatro entregas (5, 12, 19 y 26 de febrero) una entrevista que Francis Rizzo le realiza a Herbert Graf (1).

Nos enteramos, a poco de comenzar, que se trata, ya adulto, del pequeño *Hans*.

En el centro del círculo progresista de la Viena de 1903 surge su padre, Max Graf: musicólogo, crítico, erudito en literatura y estética, analista político, hombre universal y, al mismo tiempo, auténtico vienés. Para Herbert: “un hombre extraordinario”.

Miembro del círculo íntimo de Freud, vale decir, de la Sociedad Psicológica de los Miércoles por la Noche, es el primero en llevar el método psicoanalítico al estudio del proceso creativo en su trabajo *Wagner, el holandés errante*, publicado en *Schriften zur angewandten Seelenkunde*. Como orador de la reunión científica del 11 de diciembre de 1907 presenta para su debate, en relación a dicho proceso, la “Metodología de la psicología de los poetas”.

La referencia a su cura documentada por Freud en 1909 como *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* es comentada cuando Max Graf, un temprano defensor de sus teorías, es presentado, también, como el primer analista freudiano. “Freud me hizo un examen preliminar y luego dirigió el tratamiento con mi padre como intermediario”.

No recuerda nada de su cura hasta años más tarde, cuando se encuentra de casualidad con el artículo de 1909 en el estudio de su padre y reconoce algunos de los nombres y lugares que Freud había conservado sin modificación. Cuenta entonces con 19 años.

Un poco antes, a los 16 años, a raíz de una tarjeta de presentación que le da su padre, Max Graf, dirigida a su viejo amigo Arthur Kahane para asistir a una función de *Reinhardt*, se inicia un cambio concluyente en su vida.

Luego de saborear por primera vez la magia de Reinhardt quiso ver mucho más que una sola función e imitó con otras tarjetas varias veces la letra de su padre: -“llegué a ver casi tres meses de producciones”-.

Cuando llegó el momento de regresar a Viena y visitó a Arthur Kahane para agradecerle por su gentileza es descubierto: “(...) no tenía necesidad de copiar su tarjeta; le habría dado las entradas de todos modos”.

Luego del verano de Reinhardt, y a pesar de estar avergonzado por el episodio con Arthur Kahane, “quiere llegar a ser” *régisseur*: “fue el *momento decisivo* de mi vida”.

La profesión de director de escena de ópera, tal como sucede ahora, no existía en ese entonces. “Es más -comenta H. Graf- no había escuela, ni indicaciones para su estudio. Tuve que inventarla. Sentí que era mi misión hacer por la ópera lo que

Reinhardt había hecho por el teatro hablado”. Muy pronto intenta duplicar las maravillas que había visto en la ópera, primero con un teatro de juguete que construye en su casa con la ayuda de su hermana y luego, en producciones en la escuela.

Tres años después se produce en el estudio paterno el encuentro inesperado con el artículo *Análisis de la fobia....* Visita a Freud y se presenta, en un estado altamente emotivo, como el pequeño *Hans*. Pero ya había comenzado, a partir de ese *momento decisivo*, a servirse de los “restos” de la antigua fobia. “Por azar”, su vida profesional corre paralela a la aparición del director de escena. De modo que al contar su propia historia, a la vez, traza “el curso cambiante de la práctica operística moderna”.

En los comienzos de su carrera Gustav Mahler, famoso compositor y habitual huésped de su casa, se constituye en su guía.

También por esa época, a sugerencia de su padre, reúne y resume una exhaustiva bibliografía referente a Wagner, pero ninguno de los libros consultados trata sobre “su técnica de aproximación a los problemas de escenificación”. Para 1925 escribe *Richard Wagner als Regisseur*, y como recompensa a su esfuerzo recibe una invitación del hijo de Wagner, Siegfried, para asistir al festival de Bayreuth.

A la edad de 22 años, con *Fígaro* y con la novedad para su puesta del *escenario giratorio*, se lanza su carrera profesional. Unos años después en París, en Viena o en Salzburgo puede leerse en los afiches de los distintos teatros: “Director de escena Herbert Graf”.

En 1936 viaja a los E.E.U.U. En la temporada 36-37 le ofrecen un contrato con el *Met*. Comienza su primera década como director de escena del Metropolitan de Nueva York. Permanece allí hasta el año 1960.

Publica tres libros, *The opera and his future* (1941), *Opera for the people* (1951) y *Producing opera for America* (1961), y numerosos artículos sobre el tema.

Forma parte del grupo pionero de la *NBC* de productores de televisión, como director de las actividades musicales. En 1944, cuando sólo había alrededor de cinco mil aparatos en uso, investiga con resultados favorables, el potencial operístico de la T.V.

Luego del final de la segunda guerra empieza a permanecer más y más tiempo en Europa. Florencia, Roma, Nápoles, Verona, Palermo y Venecia, con más de sesenta producciones.

En 1960 Zurich marca el final oficial de su larga estadía en los Estados Unidos. Dirige el *Stadttheatre*. En 1965 se muda a Ginebra invitado para la administración del *Gran Theatre*. En 1967 con la apertura del *Centre Lyrique* cuenta con la escuela de ópera con la que había soñado durante tanto tiempo. En los últimos años realiza videograbaciones de algunas de sus producciones en Ginebra con un montaje teatral compatible, vía escenario giratorio, con la grabación televisiva.

En 1971 abre un segundo centro en el Festival de Salzburgo, un encuentro mundial de la juventud con conciertos, ópera, teatro, danza. Se realiza en *Hellbrunn*, un castillo en las proximidades de dicha ciudad, como *Schönbrunn* con respecto a Viena,

con un extenso parque y un jardín zoológico. Dos años después muere. Esta entrevista se lleva a cabo un año antes de su muerte. Su proyecto lo sobrevive. (2)

En 1976 Lacan relaciona la fobia del pequeño *Hans* con el descubrimiento traumático del *Wiwimacher*. “El goce que resulta de ese *Wiwimacher* -nos dice- le es ajeno hasta el punto de estar en el principio de su fobia. Fobia quiere decir estar amedrentado por él” (3).

En 1907, ese goce ajeno, en el inicio de su fobia, “no ha conseguido aún domarlo con sus palabras”. Freud apremia al analista -es decir, a su padre- para que diga las palabras que lo calmarán. “Y como nosotros tenemos el propio testimonio del pequeño *Hans* -adulto, vino a los E.E.U.U.-, han conseguido liberarlo perfectamente de su fantasía, de manera que él no recuerda incluso haber sido el pequeño *Hans*”, tal como podemos leerlo en la entrevista que le realiza Francis Rizzo en Nueva York. (4) (5)

Este caso -comenta en estas *Conferencias*- fue un éxito. Vale decir, “el padre con la ayuda de Freud logró impedir que el descubrimiento del pene tenga consecuencias más desastrosas” (6).

Su posición final tal como el pequeño *Hans* la formula en el historial, “ahora yo soy el padre”, se conmueve a partir de ese momento decisivo de su vida: surge su misión por la ópera. Trasciende esa versión del padre de 1908 con su invención: director de escena, síntoma-suplencia.

Desde allí puede reparar su déficit fantasmático. En la “Cañada del lobo”, impedido por la calavera que usa como parte de su vestuario de escuchar las campanadas, permanece -cuando debía desaparecer mágicamente- como solitario fantasma errando por un valle desierto, en la búsqueda de una salida, de un espacio abierto, vistiendo fálicamente su cuerpo de hombre invisible.

“Siempre pensé -responde - que el director de escena es el *hombre invisible* de la ópera. La naturaleza misma de esta labor es permanecer *entre bambalinas* y dejar que la luz se proyecte sobre la obra en sí” (7).

En *Schönbrunn* la angustia resiste la prueba del paseo con la madre y en 1907 se constituye la fobia. En 1971 en *Hellbrunn* se puede con los “restos” de la fobia crear puestas en escena de otro tipo.

¿Por qué, después de todos estos años, una sola frase -“*¡Ach, möcht' ich Sohn meine Mutter sehen!*”-, recuerdo de infancia del segundo acto de Siegfried (8), permanece tan vívidamente en su recuerdo?

Notas y referencias bibliográficas

- * Este trabajo se encuentra publicado en revista Seminario Lacaniano, n°7, Factoría Sur, Bs.As., 1996. Se reproduce aquí con algunas modificaciones.
1. Francis Rizzo, *Memorias de un Hombre Invisible*, “H. Graf recuerda medio siglo de vida en el teatro”, en revista Seminario Lacaniano, n° 7, Factoría Sur, Bs. As., 1996, págs. 8-22.
 2. Idem.
 3. J.Lacan, *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*, en Intervenciones y textos 2, Manantial, Bs. As., 1988, pág. 28.
 4. Francis Rizzo, *Memorias de un Hombre Invisible*, ob.cit.
 5. J.Lacan, *Conferencias y encuentros en las universidades norteamericanas*, en Scilicet 6/7, Seuil, París, 1976, pág. 23.
 6. Idem.
 7. Francis Rizzo, *Memorias de un Hombre Invisible*, ob.cit.
 8. Esta frase aparece en el segundo acto de “Sigfrido” de Richard Wagner. “¡Ay! ¡Si hubiese podido conocer (ver) a mi madre!”; y a continuación el joven exclama: ¡Oh madre mía! ¡Mujer al fin! (*Meine Mutter - ein Menschenweib!*). Ver C.J.Duverges, *Sigfrido*, Institución Internacional Wagner-Argentina, Ediciones de Arte Gaglionone, Bs. As., 1983, pág. 161.



materiales de cátedra
psicología

A partir del enigma freudiano sobre el "origen" de la angustia, revisamos las diferentes versiones de su teoría. Con el cambio de pregunta que se instala en el momento en que la angustia se anticipa a la represión queda abierto el trayecto que inicia Lacan. Es posible situar el lugar propio de la angustia y, en consecuencia, diferenciar su fenómeno.

Las fobias extienden los límites del campo analítico y, por lo mismo, las operaciones posibles en el marco de la transferencia, al no coincidir con la estructura del fantasma.

La misma estructura del deseo salvaguarda la función del sueño y protege al sujeto de la hiancia del despertar. Pero es imposible despertar: el despertar es lo real. Sólo puede haber, en ese borde, una escritura que cuestiona la "naturalidad" de la posición del analista.




eudeba

Secretaría de Cultura
Facultad de Psicología
Universidad de Buenos Aires